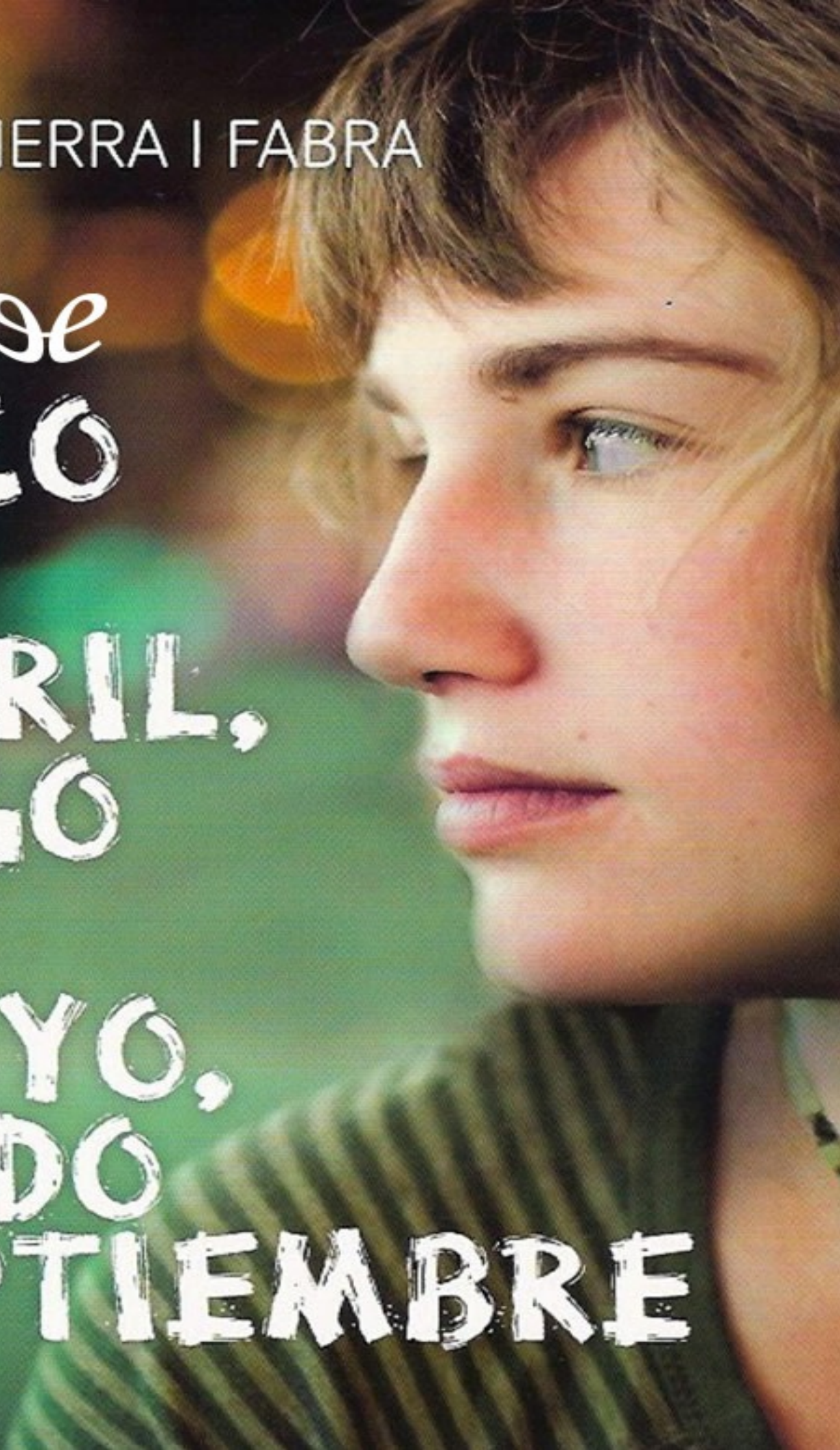


JORDI SIERRA I FABRA

UN *se*
POCO
DE
ABRIL,
ALGO
DE
MAYO,
TODO
SEPTIEMBRE



Para Olga el amor es lo más importante, su única salvación. Solo tiene diecinueve años, pero su vida se ha visto truncada por la enfermedad. Pese a que las estadísticas van en su contra, decide luchar por su sueño: el amor. Como cualquier otra persona, busca a alguien como ella, alguien con quien compartir el resto de su vida... y decide poner un anuncio en el periódico. Jaime busca un amor de verdad. Tiene el corazón roto y está jugando con fuego. Responde al anuncio de Olga y se enamora perdidamente en cuanto la ve. Pero tiene un secreto que pondrá a prueba la frágil conexión que ha nacido entre los dos. Quizá un poco de abril, algo de mayo y todo septiembre sea todo lo que necesita el amor para fraguar...



Jordi Sierra i Fabra

Un poco de abril, algo de mayo, todo septiembre

Por un puñado de besos

ePub r1.0

Titivillus 29-07-2019

Título original: *Un poco de abril, algo de mayo, todo septiembre*
Jordi Sierra i Fabra, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



El anuncio «Chico busca chica seropositiva, simpática, no importa físico, con espíritu y amor, para rehacer la vida, amistad y disfrutar del tiempo. Barcelona. Apartado de Correos 7640» fue publicado en el diario *Avui* el 2 de abril de 2001.

Este libro está dedicado a quien lo insertó, y a quienes respondieron. Con todo mi amor.

UN POCO DE ABRIL

1

Inicios

Abrió la puerta del bar lanzando el último suspiro y sin saber si entraba en el cielo o el infierno.

El lugar era como tantos, y estaba lleno de gente dada la hora. Una barra a la derecha, con el personal arracimado en torno a los vinos y las tapitas, y las mesas a la izquierda y al fondo. Las paredes estaban decoradas con motivos rurales y fotografías antiguas, muy antiguas, de comienzos del siglo XX. El recinto tenía sabor, un sello muy personal, entre caduco y añejo.

No se movió de la puerta mientras la buscaba.

Pasó de la barra. Imposible que estuviese en ella. Primero las mesas cercanas, después las más alejadas. Por un momento pensó que no había acudido a la cita; que o bien todo era una broma o a última hora no se atrevió a llegar hasta el final.

Entonces la localizó.

Estaba en la mesa más alejada, al fondo, en el ángulo de la izquierda. Apostó algo a que llevaba allí mucho rato, desde antes de que se llenara el local al cierre del horario de oficinas, precisamente para tener aquel lugar protegido y discreto.

Por entre las risas y, a veces, los gritos de los más exaltados, por entre el humo de los que aún no conocían el respeto a los no fumadores, y por entre aquella pequeña marea humana que los separaba, pareció abrirse un camino, un canal de comunicación.

A él empezó a latirle el corazón muy rápido.

Buscó un poco más, por si se equivocaba. Pero no, no había error posible. Tenía el libro en la mesa, y leía el periódico que también debía servir de contraseña. Justamente quedaba medio oculta por sus páginas.

Fue como si la llamara.

Ella volvió la cabeza y le miró.

A Jaime se le paralizó el corazón.

—Dios... —gimió.

Era guapa. No una belleza radiante, espectacular y provocadora. Solo guapa, preciosa, de rasgos delicados, aspecto angelical, un rostro bellamente dibujado por la mano de un artista sensible.

Tuvo que ponerse en marcha.

Forzar una primera sonrisa, no demasiado aparatosa.

Se dio cuenta de que ella también le estudiaba mientras cruzaba el local, por entre las mesas, los camareros y la gente que se movía de un lado a otro. Trató de parecer normal pero no supo si lo consiguió. Seguían pendientes de sus ojos, de sus respectivas miradas. A medida que se aproximaba vio su cabello corto, negro, el óvalo de su mejilla, los labios deliciosamente rosados, los ojos tan oscuros como pozos...

Se detuvo frente a ella.

En lo último que pensó fue en la paradoja del destino.

¿Cómo era posible que aquel ángel...?

—¿Olga?

—Sí.

—Soy Jaime.

—Bien.

La primera sonrisa.

Se sintió turbado.

—¿Puedo... sentarme?

—¡Oh, sí, claro, perdona! —logró reaccionar Olga.

Ocupó la silla frente a la suya. Ni se dieron la mano. No pudo decir nada porque en ese instante el camarero que pasaba por su lado le preguntó qué iba a tomar. Se fijó en que ella estaba tomando un simple vaso de leche. Pidió un refresco de limón.

Luego volvieron a mirarse, ahora sin disimulo.

De cerca era más guapa, más intensa. Tenía un cuerpo bonito, de pechos pequeños. Llevaba una camiseta ligeramente ajustada. Los brazos eran largos y las manos perfectas, con las uñas cortas y cuidadas, sin pintar. No llevaba maquillaje así que se le antojó natural, un ramalazo de la primavera que se había estrenado un par de días antes.

Entonces se dio cuenta de algo más.

En el fondo, egoístamente, en plan machista, hubiera deseado que ella no fuese guapa.

Ahora sintió pena, y rabia. Se le antojó como algo increíble que ella fuese...

«No va a ser fácil», fue lo único que se dijo a sí mismo.

—¿Soy como esperabas? —Rompió el silencio porque de lo contrario habría salido corriendo.

—No importa demasiado, ¿no crees?

—Sí, sí importa.

—Me gustó tu carta. —Su voz era dulce y sonaba reposada, cargada de dolorosa ternura—. Esa fue la clave. Era muy bonita.

—Gracias.

—Escribes bien. Sabes emplear las palabras justas en el momento adecuado.

—Tengo facilidad —reconoció Jaime.

—¿Has escrito algo?

—Por afición.

—Me gustaría leerlo. —Se puso un poco roja—. Bueno, si...

—Sí, claro.

Había sido un pequeño gran coloquio para romper el hielo. Apareció una primera pausa en la que reacomodaron sus sensaciones. Jaime pensó que aquello iba a ser más complicado de lo que hubiera imaginado en un primer momento. Ya no solo era curiosidad.

Era como si en un abrir y cerrar de ojos algo hubiese cambiado, en él, en su mente, en su alma, en el mismo corazón.

Olga suspiró.

—Escucha, esto es nuevo para mí, ¿entiendes? Ni siquiera sé... No, en realidad sí sé, pero no quiero precipitarme.

—Yo tampoco —reconoció Jaime.

—Se trata de algo importante.

—Lo sé.

—Hoy charlamos un rato, nos conocemos, y si nos parece bien probamos una segunda cita y así.

—Vale.

—No creas que tengo a alguien más y estoy haciendo pruebas.

—No importa.

—No lo tengo —quiso dejar claro ella—. No quiero jugar.

—Perdona.

Por primera vez advirtió una gota de humedad en sus ojos, como si empezara a desarmarse vencida por el final de la tensión.

—No estés nerviosa —le pidió Jaime.

—¿No lo estás tú?

—Un poco.

—¿Tienes veintiséis, como dijiste?

—Sí, ¿y tú...?

—Diecinueve.

—De todas formas la edad no importa mucho.

—Tal vez, por gustos, afinidades...

Jaime se hundió en sus ojos. Diecinueve años. Tragó saliva.

—¿Sabes por qué te escogí? —preguntó Olga.

—No.

—En tu carta decías que el tiempo es solo la forma en que gastamos la vida. Y también que eres Sagitario.

—¿Crees en los signos?

—Yo soy Leo, fuego, como tú. Sagitario es el payaso del zodiaco, de buen rollo. Y para mí lo más importante en un hombre es que me haga reír.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sin secretos, ¿recuerdas?

—¿Te escribió mucha gente?

—Una asociación católica para darme ayuda espiritual y renunciar a esto, un hombre de treinta y nueve años, otro de veintidós, y por supuesto dos anónimos que decían lo típico.

—¿Qué es lo típico?

—Que si lo tengo es porque me lo busqué.

—¿Y solo por Sagitario y por esa frase...?

—El de treinta y nueve me pareció mayor. El de veintidós tenía un pasado con drogas y no me atreví.

—¿Cómo se te ocurrió escribir ese anuncio?

—¿Te importa que algunas cosas las dejemos para más adelante?

—No.

—No es que me importe dar razones, pero ponerme a recordar mi vida así, de pronto... Prefiero que esto solo sea un primer contacto, que hablemos de cine o libros. Aun suponiendo que congeniemos, hemos de meditarlo bien.

—Estoy de acuerdo.

—De todas formas, ¿puedo preguntarte yo a ti por qué me escribiste?

—Aún no estoy seguro, pero tu anuncio fue... revelador.

—¿Tú no lo habías pensado?

—No.

—¿Por qué?

—No creía que nadie quisiera estar conmigo.

Olga bebió un sorbo de su vaso de leche. Jaime hizo lo mismo con su limonada. Descubrió que tenía la boca seca y no se había dado cuenta. Cuando ella lo dejó en la mesa, su tono se hizo más adusto.

—No quisiera ser grosera, pero me gustaría ver un certificado médico o algo que...

—Sí, lo he traído.

Lo extrajo del bolsillo de la chaqueta y se lo entregó. Olga desplegó la hoja y la leyó detenidamente. Sus ojos destilaron una mezcla de tristeza y resignación, pero también de calma.

Ninguna pregunta.

Se lo devolvió.

—Yo también he traído uno. —Hizo el gesto.

—No es necesario.

—Léelo, por favor.

Lo sacó de entre las páginas del libro. Jaime hizo lo mismo que ella, leerlo, aunque sus sensaciones eran muy distintas. Sentía los ojos negros de Olga en los suyos. Parecía frágil, pero empezaba a ver que no lo era.

No si había sido capaz de hacer todo aquello, aunque fuese por desesperación.

Jaime siguió atrapado por los datos del certificado.

«Vete. Estás a tiempo. Echa a correr», le gritó su mente.

¿Además de diferente, hubiera preferido que fuese una estúpida, borde, loca... o que se echara a llorar, o...?

La cabeza empezó a darle vueltas.

—Bueno, venga, hablemos de gustos, ¿te parece bien? —propuso Olga con una sonrisa de ánimo en los labios.

2

Jaime cerró la puerta de su piso y solo entonces fue capaz de reaccionar.

O más bien lo hizo su cuerpo.

El sudor frío, la mente del revés, la sensación de vacío, la limonada bailando en su estómago y produciéndole arcadas a causa de los nervios que, de pronto, se disparaban por todo su cuerpo...

Qué absurdo.

¿O, justamente aquello, era lo lógico?

Jugaba con fuego. ¿Qué esperaba? Ahora no había vuelta atrás. Seguir o renunciar.

Y todo menos renunciar. Se había jurado no hacerlo jamás. Llegar siempre hasta el final.

Nadie podía saber lo que había en ese final. Lo esencial, siempre, era seguir.

Venció la arcada, trató de respirar hondo y, sin encender la luz, caminó hasta su habitación. Lo primero que hizo fue desnudarse, por completo. La primavera había traído un primer ramalazo de calor. Dejó la ropa en el suelo. Después de todo no había apenas nada en su sitio. El suyo era el típico piso de soltero, con montañas de platos sucios en la cocina, ropa por todas partes y una sensación de caos generalizado. La mujer de la limpieza acudía una vez por semana, y eso sería a la mañana siguiente, así que era su último día de desorden antes de que ella lo organizara todo de nuevo y él tuviera otra semana para volverlo a dejar igual.

Se metió en el cuarto de baño, bajo la ducha, y abrió el grifo del agua fría. Aguantó el primer ramalazo de gelidez y se mantuvo quieto mientras contaba hasta diez. Luego sí reaccionó, se frotó el cuerpo con ambas manos arrancándole de nuevo la vida y permaneció un largo minuto liberando su tensión.

Aunque sin apartar la mente de ella.

¿Cómo era posible?

—Mierda... —jadeó.

Cerró el agua, salió de la ducha y se secó con una toalla grande. El espejo le devolvió su imagen. Era relativamente alto, un metro setenta y cinco, cabello negro, rostro firme, labios grandes, nariz recta, mentón cuadrado. Algunas le encontraban atractivo. Y se cuidaba en la medida de lo posible. Hombros anchos, pectorales y abdominales marcados, en forma por si era necesario. Por si le enviaban a cualquier parte del mundo donde necesitase algo más que resistir lo normal.

Siguió mirándose en el espejo.

A veces se preguntaba quién diablos era el tipo que tenía delante.

¿Lo conocía?

—Eres un cabrón —se dijo.

Sabía por qué lo había hecho. Sabía por qué respondió al anuncio. Pero ahora, después de conocerla, no sabía por qué seguía. Y esa era la gran pregunta, el interrogante. Tenía que responderle cuanto antes o metería la pata... si no la había metido ya.

—Vamos —le dijo a su otro yo reflejado en el espejo—. ¿Por qué vas a hacerlo?

¿El trabajo? ¿La sensación? ¿Cuántas veces perseguía al cabo de un mes o un año la gran exclusiva?

—Es ella, ¿verdad? —continuó hablándose—. Te ha atrapado como la araña a la mosca, en un abrir y cerrar de ojos. Solo que en este caso la araña eres tú y ella la pobre mosca.

Bastaba con no volver a verla.

Habían congeniado, sí. Habían vuelto a quedar, sí. Era perfecta, sí. Todo encajaba. No.

Nada encajaba.

Él no encajaba.

Ella era de verdad, él no.

¿Y si Jonathan le despedía? Estaba demasiado cerca del abismo. Si no le hubiera prometido algo realmente sorprendente y diferente...

—No lo hagas, Jaime —fue como si le dijera el del espejo—. No jodas a esa chica.

—Dios... ¿la has visto? —le respondió él—. Es preciosa.

—No es una chica, ni es preciosa: es la condena.

Cerró los ojos.

La condena.

Pero continuó viéndola como si la tuviese delante, tan natural, fresca, radiante. Siguió apreciando su belleza, la fuerza de sus labios, el misterio de sus ojos tristes pugnando por sobrevivir y mostrar un atisbo de esperanza. Siguió percibiendo su calor, su intensidad, aquella latente magia que desprendían sus gestos, su voz, su energía...

¿Cuántas veces se había enamorado a la primera, a simple vista? Muchas. ¿Y con cuántas acabó liado? Neli a los diecisiete, Sonia a los veinte, Almudena... ¿Y cuántas veces se tiró de cabeza a la piscina para descubrir demasiado tarde que en el fondo no había nada, solo cemento? Más aún: ¿por qué le pasaba siempre? ¿Por qué conocía a alguien y... ¡zas!, todo se le ponía del revés? Ya no era un crío.

¿Tenía que ver con su ambición, con su forma de tomarse la vida, siempre al límite, rápido, como si le persiguieran los demonios?

—Ella te ha gustado —reconoció—. Ahora buscas una excusa para seguir.

Salió del cuarto de baño y volvió a su habitación para vestirse. Se quedó sentado en la cama viendo el desorden, pero también las partes vacías de su armario, o los cajones no menos vacíos de la cómoda. No había tocado nada, todo seguía igual. Y habían pasado ya cinco meses. Una eternidad.

Almudena jamás volvería.

Estaba solo.

Necesitaba llenar algo más que aquel armario o los cajones de la cómoda. Necesitaba llenar su vida.

Siempre estaba bien cuando estaba enamorado.

El resto del tiempo no existía.

Pese a todo, el amor lo completaba. Y sentir la compañía de alguien.

Miró el lado vacío de su cama. Nunca se tendía en él. No podía.

De noche aún creía que Almudena estaba allí. Alargaba la mano y al tantear su ausencia comprendía la verdad. Entonces se desvelaba, o recordaba sus noches de amor y era peor. El eco de su voz y de su risa permanecía oculto en los rincones más secretos.

—Eres un imbécil —volvió a decirse.

Un imbécil que hablaba solo, así que, además, estaba empezando a volverse loco.

Tan loco como para mezclar un trabajo imposible y arriesgado con los sentimientos y el absurdo de aquella vieja y a la vez nueva sensación que tan bien conocía.

—Es un trabajo, nada más.

De pronto ya no lo era. Ahora ella tenía un rostro, un corazón, unos sentimientos...

—Si te atrapa...

No habría vuelta atrás.

Y entonces ¿qué?

—Ni siquiera lo pienses, ¡olvídala! —rezongó en voz alta—. ¡No puedes!

Podía perderlo todo. Jonathan le pondría de patitas en la calle. Se la jugaba. Se la jugaba y encima resultaba que Olga era un cielo, un ángel...

El ángel de la muerte.

Sin futuro.

3

Olga pronunció el nombre nada más abrir la puerta del piso.

—¿Gloria?

No le llegó ninguna respuesta. Tampoco había luz, ni bajo la puerta de la habitación de su compañera ni en el baño, la cocina o la salita. Estaba sola.

Muy propio de su mejor amiga. Abandonarla en un momento como aquel. Sonrió.

Ni siquiera sabía qué habría hecho en aquellos meses de no estar con Gloria, de no haberla tenido cerca, compartiendo algo más que las paredes de un pisito lleno de libertad.

Dejó la chaqueta en el perchero de la entrada, las llaves en un platito de cerámica situado sobre la rinconera de madera adosada al ángulo de la pared, y se quitó los zapatos. Con ellos en la mano fue a su habitación, tan pequeña como lo era todo el piso en sí. No entró en ella. Los tiró al suelo desde la puerta y fue al baño. Mientras regresaba a su casa, a pie, le sobrevino la urgencia de orinar. Más o menos como si su cuerpo despertase tras aquella larga hora compartida con Jaime, un tiempo en el que todo, todo, misteriosamente, se había detenido.

Cumplió con su necesidad y se lavó las manos. El espejo frontal le devolvió su rostro. A veces se le antojaba demasiado puro, de porcelana. Temía romperlo con hacer solo una mueca. Y esa era una de las veces.

Hizo la mueca.

No pasó nada.

—Tonta —se dijo.

No quería pensar en él. Todavía no. Se resistía. Una simple cita no bastaba. Una charla informal no suplía la falta de un conocimiento mayor. Que la prisa fuese obligada no significaba que la cosa adquiriera tintes de urgencia.

No, no era urgente.

Solo necesario.

Como respirar.

Olga acercó su rostro al espejo. Examinó sus ojos, las pupilas, el iris, el contorno de los párpados. Siempre los había tenido vivos y expresivos. Ahora todos decían que no había cambiado nada, pero no era verdad. Sabía que en su mirada ya no titilaba aquella chispa.

Había muerto.

Y quería recuperarla, como fuera.

Salió del baño y vaciló. En la sala encendería el televisor y se tragaría cualquier estupidez después de hacer *zapping* compulsivamente. Eso si no se quedaba colgada del informativo y de sus desgracias. En la habitación se tumbaría en la cama y no evitaría pensar, evocar la charla que acababa de sostener con Jaime, reflexionar sobre cada palabra, cada punto de inflexión, hacerse preguntas.

Regresó a su habitación.

Prefería hacerlo ahora, en caliente. Las primeras impresiones eran las más esenciales, cuando el sexto sentido entraba en acción, o el instinto, o la intuición, o todo a la vez. Y quería llenarse de él, sentirlo, vivirlo en su interior, porque habían fijado ya la siguiente cita y esa sería mucho más importante.

Se sentó en la cama y miró lo que la rodeaba. Sin poderlo evitar pensó en su otra habitación, la de su casa, la de sus padres. La comparación era irresistible. En ella, a través de la ventana veía un jardín, árboles, una calle cercana y el mar a lo lejos, y oía el silencio de un mundo exclusivo y distante. Allí, por contra, la ventana daba a un patio de luces y siempre la mantenía cerrada para evitar no tanto las voces que fluían desde todos los pisos como los olores que se le colaban dentro impregnando la ropa y las paredes.

En apenas seis meses...

Seis meses.

Se tumbó sobre la cama boca arriba, con los brazos por detrás de la cabeza y los ojos mirando el techo. No los cerró. Odiaba la oscuridad. Era un preludio demasiado claro de la muerte.

Y lo que más deseaba era vivir.

Evocó a Jaime, su rostro abierto, su voz, sus gestos. Le habían gustado sus ojos, sus labios y sus manos. Se le notaba tenso, pero sabía que no más de

lo que estaba ella. Una cita a ciegas era siempre curiosa. Pero aquello era mucho más que una cita a ciegas.

Si salía bien y pasaba el resto de su vida con él...

El resto de su vida.

—Jaime —pronunció el nombre en voz alta.

Le gustó. Jaime y Olga. Olga y Jaime. La diferencia de edad no era problema. Decían que ella era mucho más adulta de lo que su edad representaba. Y él tenía algunas cosas de niño. Veintiséis y diecinueve. Los números no importaban.

Otras cosas, sí.

—Nunca has tenido suerte —se recordó a sí misma.

Cierto. Nunca. Se equivocaba siempre. A Juan se lo quitó Nerea, su mejor amiga de entonces. Iñaki la dejó cuando hubo conseguido lo que quería. Y Darío...

Todo en cuatro años.

Quería llenarse de Jaime pero el simple hecho de pensar en Darío la desarboló.

Ya no le amaba, eso seguro. Sentía pena, rabia, dolor. Por los dos. Ni siquiera lo odiaba. No podía.

«No odies a quien hayas amado», decía el poema.

El odio era un sentimiento que no deseaba sentir y un lujo que no podía permitirse, no quería que le amargase justo los momentos en los que lo que más necesitaba era todo lo contrario.

Además, fue culpa suya, la única que no lo vio.

Se lo dijeron, la advirtieron, la previnieron, y no les hizo caso. Vieron en Darío lo que ella no supo ver, ciega desde el primer día.

No quiso llorar. Llevaba por lo menos casi un mes sin hacerlo. Justo desde el día en que decidió cambiar, romper con la catarsis, escribir aquel anuncio y jugarse el futuro a cara o cruz. Desde entonces se sentía mejor, más libre, más consciente de las pequeñas cosas, de la bendición de cada amanecer y la paz de cada anochecer. El amor también era una ansiedad tanto como una necesidad fisiológica.

Incluso había algo de romanticismo en lo que había hecho.

Estaba segura.

Amor por carta, a la desesperada, al límite.

Nadie estaba tan solo como para que no hubiera alguien parecido en alguna parte. Otro hijo de la desventura.

—¿Te gusta o crees que te gusta? —se dijo despacio.

Gustar.

Qué extraño. Antes se creía exclusiva, particular. Quería escoger. Se sentía fuerte para decidir. Ahora en cambio ya no podía.

—Bueno, sí, escogiste una carta —musitó.

Una carta entre seis, y solo tres de ellas sinceras.

Logró apartar a Darío de su cabeza. Volvió a Jaime.

Tal vez lo habría conocido igualmente, y aunque de otra forma, habrían sentido algo el uno por el otro.

Tal vez.

Alargó la mano, abrió el cajón de su mesita de noche y extrajo la carta de Jaime. Estaba encima de todo, abierta. La había leído una docena de veces, y lo haría una docena más, o dos, o tres. Las que hiciera falta. Con cada lectura descubría algo nuevo, una inflexión diferente, una luz más radiante. Y ahora que lo conocía...

Era como si escuchara su voz.

«... porque el tiempo es solo la forma en que gastamos la vida, y a veces hay que ponerse una venda en los ojos para no ver el reloj ni mirar el calendario. O romperlos. Basta con dejarse llevar, y sentir, y gastar esa vida a manos llenas para que no quede nada en el último adiós. En la vida real el amor es un sueño para dos, en el que frecuentemente uno sueña y el otro se deja soñar. Nosotros en cambio soñaremos y nos dejaremos soñar, al mismo tiempo, juntos...».

Buscó aquel otro párrafo.

«En el funeral de Lady Di, en verano de 1997, alguien pronunció una frase que me viene a veces a la memoria, pero que nunca, hasta ahora, había sabido comprender y valorar. La frase dice: “El tiempo es demasiado lento para los que esperan, demasiado rápido para quienes tienen miedo, demasiado largo para los afligidos, demasiado corto para los alegres, pero, para

los que aman, el tiempo es una eternidad”. ¿Por qué el amor siempre va relacionado con el tiempo? Créeme que he entendido tu grito publicado en el periódico. Lo he escuchado. Aunque no me escojas a mí, me gustaría conocerte. Alguien dijo otra frase en cierta ocasión: “Los poetas crean castillos en el aire, los locos los habitan, los psiquiatras cobran el alquiler”. Podemos crear un castillo y habitarlo. Y por supuesto pasando de psiquiatras».

Había sido una carta diferente. Las otras dos, la del hombre de treinta y nueve años tanto como la del de veintidós, eran mucho más desesperadas. Hablaban de muerte, no de vida.

Empezaba a pensar que había tenido suerte.

Una extraña forma de verlo así, por supuesto.

4

El timbre del teléfono le arrancó de su abstracción. Estuvo a punto de no contestar. Finalmente lo hizo con la mano derecha mientras con la izquierda anulaba el volumen del televisor. La familiar voz de Sandro, su mejor amigo, le hizo volver a la realidad.

—¿Jaime?

—Ah, hola.

—Venga, suéltalo. ¿Qué tal?

No tenía que habérselo contado. Un momento de debilidad. Ahora era demasiado tarde.

Ya le había llamado de todo antes, así que ahora...

—Aún no estoy seguro.

—¿Cómo que no estás seguro?

—Hemos hablado un rato y hemos vuelto a quedar, nada más.

—¿Descríbela?

—Metro sesenta y cinco, muy delgada, poco pecho, cabello corto, unos ojos y unos labios preciosos, angelical...

—No sigas —lo detuvo Sandro—. ¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Edad?

—Diecinueve.

—¡Un bombón!

—¿Qué esperabas, que tuviera treinta o cuarenta?

—Pues sí. Su anuncio decía «rehacer la vida». Lo de «rehacer» indica un pasado, una experiencia, mucha historia por detrás.

—Pues ya ves.

—¿Así que vas a seguir?

—Es lo que me estoy planteando.

—Te lo dije: eres un cerdo. Si antes me parecía mal, ahora que se trata de una cría de diecinueve años...

—Eso no cambia nada.

—Jaime...

—¿Qué? —le dijo al ver que no seguía.

—¿Me da que te ha gustado?

—Bueno, es preciosa, sí, pero...

—Mira que estás vulnerable, y que a ti hay cierto tipo de chica, casualmente como la que me estás describiendo, que te pone siempre el cerebro del revés...

—Vamos, Sandro, no estoy tan loco.

—Tú estás loco —le rectificó él—. Lo malo es que tus locuras siempre arrastran a los demás. Recuerda cuando acabé en un calabozo toda una noche por una de tus gracias.

—Vale.

—No, vale no. Eso fue hace ocho años. Ahora ya no somos unos críos. ¿De verdad crees que un reportaje merece esto?

—No va a pasar nada —le aseguró—. Nos hemos dado unos días de margen, volveremos a vernos y entonces cortaré o se lo diré o... ¡joder, no sé!

—Yo sí sé. Vas a pringarla. —La voz de Sandro sonaba seria y sincera—. Eres el mejor amigo del mundo, pero en cuanto se te mete algo entre ceja y ceja, y más si tiene que ver con el trabajo... entonces eres un cabronazo, tío. Vas a meterte hasta el fondo, ya lo verás.

—Tú estuviste saliendo tres meses con aquella chica que tenía problemas de esclerosis en una mano.

—¡No es lo mismo, por Dios!

—Pero sabías que no ibas a llegar a nada con ella.

—¿Es que piensas llegar a algo? —se horrorizó Sandro.

—¡No! ¡Y no me líes! ¡Joder, acabo de conocerla, y aún estoy un poco conmocionado! ¡No es lo que me esperaba y sí, es increíble, una preciosidad!

—Dinamita.

—Me estallará a mí, descuida.

—No, en eso te equivocas: le estallará a ella. Tú siempre caes de pie, ¿recuerdas? ¿Qué te ha contado?

—Nada. Hemos dejado todo lo desagradable para la segunda cita.

—Pero ella... ¿está bien o ya...?

—Está bien.

—¿Y tú? ¿Le has gustado?

—Creo que sí.

—¿Lo ves? ¿No ha sospechado nada?

—No.

—Qué hijoputa.

—No te voy a contar nada más, te lo juro.

—Soy el único que te aguanta. Si no me lo cuentas a mí, ¿a quién lo harás?

—A nadie.

Les sobrevino un pequeño silencio. Por el auricular se escucharon sus respiraciones, agitadas ambas. Jaime vio que en la televisión una muchedumbre corría y gritaba sosteniendo en lo alto el cadáver de un niño cubierto con una sábana blanca sobre unas parihuelas. Todos eran hombres. Ninguna mujer. Se daban golpes en el pecho y en la cabeza. Parecían entregados al dolor y haber perdido el control.

—Jaime, en serio —Sandro recuperó la formalidad—, Almudena se fue y se acabó. Sal cuanto antes con otra, y pásalo bien, pero ni busques sustitutas ni vayas de héroe romántico ni mezcles el trabajo con...

—No lo haré.

—Es que si esa chica... ¿Cómo se llama?

—Olga.

—Pues si la tal Olga se te pone a tiro...

—¿Me crees capaz de ser tan bestia y aprovecharme?

—No es eso, es que encima puedes palmarla tú.

—Mira, sé de qué va esto. Una cosa es tenerlo y otra desarrollarlo.

—¿Lo ves? ¿A quién estás defendiendo, a ella o a ti?

—Mira, no te soporto en plan «hermano mayor» —se cansó Jaime.

—Yo a ti sí. Y ojalá hubiera salido mal. Me da mala espina, ¿vale? Y por cierto, está entrando Lidia. Será mejor que cuelgue porque si no tendré que explicarle de qué va esto.

—Ni se te ocurra.

—Pues por eso mismo. Mañana nos vemos.

—Vale.

Cortaron al unísono. En la televisión seguían hablando de la vida y la muerte en algún país árabe, tal vez Palestina. Niños y piedras. Gritos y odio. Lágrimas y tanques. Había conflictos en muchas partes, en medio mundo, y aunque deseaba cubrir alguno, marcharse lejos, sobre todo desde lo de Almudena, sabía que sus posibilidades eran mínimas.

Le faltaba demasiado.

Tal vez todo.

Y había guerras en muchas otras partes. Allí mismo.

Él andaba metido en una.

5

Gloria llegó a las once y media de la noche, cansada pero manteniendo su constante sonrisa colgada de los labios. La oyó arrastrarse por el breve pasillito, dejar sus cosas en su habitación, visitar el baño y, finalmente, la vio aparecer por la puerta de la salita.

Intercambiaron una rápida mirada antes de que la recién llegada se dejara caer sobre la butaca libre.

—Escupe —le soltó.

Olga la quería. Y la admiraba. Su capacidad, su personalidad, su fuerza interior... No era guapa, pero no conocía a ningún hombre que no deseara intentarlo. Solía enloquecerlos. Su energía fluía igual que el agua en una fuente. Y era una energía fresca, liberadora y contagiosa. A veces se preguntaba qué tenían en común, máxime para vivir juntas. Gloria era toda una mujer, de carnes firmes y ya peligrosamente abundantes, pecho generoso, caderas rotundas, rostro redondo, ojos brillantes, labios enormes y cabello rojizo por encima de los hombros. Además, iba muy maquillada.

—Hola, ¿qué tal? —bromeó Olga—. ¿Has tenido un buen día? Sí, sí, perfecto. Mira que bien, ¿y tú? Oh, pues, verás...

—Cariño —la detuvo Gloria—, mira la hora que es, me duelen los pies, no he cenado ni voy a hacerlo porque me da grima meterme en la cocina, vengo de trabajar, nada de montármelo con un tío, y lo único importante de hoy, de ahora mismo, eres tú. Así que venga, suéltalo. ¿Qué tal?

—Interesante.

—¿Interesante? ¿Eso es todo?

—Hemos hablado una hora, superficialmente, solo para conocernos y nada más.

—¿Tiene de verdad la edad que dijo?

—Sí.

—¿Es guapo?

—Sabes que no me importa eso.

—¿Es guapo? —repitió Gloria.

—Diría que sí.

—Dirías que sí. —Hizo un gesto de resignación—. ¿En qué trabaja?

—Ni idea.

—¿No se lo has preguntado?

—No.

—¿Por qué? —alucinó Gloria.

—Porque no quiero correr, ni pensaba someterlo a un tercer grado o que creyera... qué se yo. Hoy nos hemos conocido un poco y nada más. Gloria, cariño, él está como yo.

—Está como tú, pero ha sido él quien ha respondido a tu anuncio, no al revés.

—No tenía aspecto de asesino en serie. Y por supuesto me he asegurado.

—¿Te ha demostrado...?

—Llevaba un certificado médico, sí.

Gloria se mordió el labio inferior. Olga sabía que todavía le costaba hablar de ello, emplear la palabra, así que no lo hizo ella. Bastante hacía su amiga con seguir a su lado, con no haberla dejado sola.

Superó el pequeño bajón y continuó con el interrogatorio, igual que una madre preocupada por el bienestar de su hija a pesar de que Gloria solo tenía dos años más que ella.

—Descríbemelo.

Se lo describió, especialmente sus ojos, sus labios, sus manos... Su amiga fue asimilando la información. Mientras lo hacía fue alzando las cejas. Al terminar no pudo evitar decir:

—Oye, esto es un chollo, ¿dónde está el truco?

—No hay truco.

—Cariño, lo que me estás describiendo no abunda, a no ser que lo hayas visto con ojos y gafas de color de rosa.

—Me ha parecido bien. Normal. Es todo lo que puedo decirte.

—Así que vas a arriesgarte.

—Al contrario, es mi último hombre, no puedo arriesgarme —le confió ella.

Gloria lo acusó. Sostuvo su mirada, apenas un parpadeo. Luego se levantó de su butaca y se acercó a la de su compañera. Esta le hizo un hueco

y las dos quedaron sentadas muy juntas y apretadas, con Gloria abrazándola.

—Ya sabes que tengo miedo —dijo mientras la acariciaba.

—Lo sé —convino Olga—. ¿Crees que yo no?

—Ya hablamos mucho de todo esto cuando me dijiste lo que ibas a hacer, pero ahora...

—No puede ser peor que como estaba antes, deprimida y hundida. Al menos esto me da fuerza para seguir. Por favor...

Gloria le dio un beso en la mejilla y la estrechó un poco más contra sí. Olga se arrebujó en sus brazos.

—Estás loca —dijo Gloria—, pero te admiro.

—No digas eso.

—Tienes más valor del que yo jamás llegaré a tener.

—Míralo desde mi punto de vista. ¿Qué tiene de malo intentar ser feliz? Cada circunstancia te da un tipo de felicidad distinta. Y la mía es esta, aquí y ahora. No puedo aspirar a más. No tengo nada más. Y no quiero vivir sola el resto de mi vida. Para eso prefiero terminar antes.

—Calla, por favor —se estremeció Gloria.

—Mira, cada cual es como es y reacciona como reacciona. Tú no puedes saber qué harías si te hubiera sucedido a ti. Sabes que para mí el amor es lo más importante. Darle, recibir... No quiero renunciar a ello. Las oportunidades se han reducido, eso es todo. No puedo pretender ser como las demás, ni conocer a alguien normal o de forma natural. Pero todavía tengo una vida.

Una vida por gastar. Por quemar.

Siguieron así, juntas, inmóviles a lo largo de un puñado de segundos que pronto se convirtieron en minutos. Inmóviles como dos estatuas salvo por dos pequeños detalles: la mano de Gloria que seguía acariciando la cabeza y la mejilla de Olga y las dos lágrimas que silenciosas iban cayendo sobre su corto cabello para hundirse en él sin dejar rastro.

6

Se encontró con la llamada perdida al abrir el móvil y con el número de ella impreso en la pantalla. Lo había memorizado, así que el nombre también aparecía encima de las nueve cifras.

Olga.

Jaime se apoyó en la pared más cercana. Lo había estado pensando, y aun así, el momento decisivo era aquel. Podía olvidarse, no llamar, darle a entender que pasaba. O podía llamarla y abrir una puerta que ya no sería fácil de cerrar.

Una puerta que no conducía a ninguna parte.

También podía decirle la verdad.

—Es mi trabajo, ¿sabes? Lo siento. ¿Por qué no colaboras...?

La verdad no servía de nada. Ya no. La perdería.

Y, por encima de todo, quería volver a verla.

—Le harás daño.

Ya la conocía, el resto lo inventaba y en paz. No sería tan difícil escribir...

Jaime continuó mirando la pantalla del móvil.

¿Por qué tenía que ser ella?

No la había apartado de su pensamiento en aquellos dos días. Peor aún: había soñado con Olga. Paseaba con ella, nada más, los dos cogidos de la mano y charlando, riendo. Ni siquiera hubo algo sexual. Y al despertar, el sabor de boca era tan delicioso como amargo fue el choque con la realidad y su brutal desencanto.

—Te gusta. —Se estremeció.

¿Y qué? ¿Tenía algún sentido?

Volver a verla no les haría daño. Mejor decírselo cara a cara, recibir la bofetada, sentir la herida de sus lágrimas. Había sido un estúpido. Él y su maldito instinto, su afán de protagonismo, sus ganas de subir cuanto más rápido mejor.

Tenía la excusa, se aferró a ella.

Hizo la llamada.

Todavía pensó que el destino le echaría una mano, que ella tendría el móvil desconectado y que ya no volvería a intentarlo. Pero no fue así. Escuchó su voz al otro lado, llena de promesas y música.

—Hola, Jaime.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me alegro de que me hayas llamado ahora. Esta noche he de ir a cenar a casa de mis padres, y ellos no saben nada. No hubiera querido que me llamasess estando yo allí. Me daría corte, ¿entiendes?

—Claro.

—¿Cómo estás tú?

—Todavía un poco... sorprendido.

—Yo también.

—No sabía si querías...

—¿Seguir?

—Sí.

—¿Por qué no?

¿Por qué no?

No supo qué decir y se quedó en silencio a lo largo de unos embarazosos segundos.

—¿Sigues ahí?

—Perdona.

—Tu carta era menos convencional, más apasionada —pareció burlarse ella.

—Sí, se me da mejor escribir —reconoció él.

—Eso es bueno. Admiro a la gente que sabe verter en un papel sus sentimientos. Oye... —Cambió el tono para decir—: No estás convencido, ¿verdad?

—Sí, sí lo estoy. —Jaime cerró los ojos y apretó el puño libre—. Quiero volver a verte.

—Y yo a ti.

Apretó aún más el puño, y los ojos. En la oscuridad vio un millón de lucecitas cambiando de formas y colores. Volvía a tener la boca seca y el corazón al límite.

—¿Cuándo quieres que nos veamos?

—¿Mañana? —propuso Olga.

—Tengo trabajo. ¿Qué tal el sábado? Podemos ir al cine, luego cenamos... Así tendremos tiempo de charlar.

—De acuerdo, el sábado, ¿donde el otro día?

—Sí.

—¿Prefieres a primera hora, a media tarde...?

—A primera hora. ¿Las cuatro?

—Las cuatro, bien. ¿Puedo hacerte una pregunta ahora?

—Adelante.

—¿En qué trabajas?

Fue rápido. No tenía preparada la respuesta, pero aun así fue rápido.

—Soy fotógrafo.

—Suena interesante —reconoció ella.

—He de dejarte.

—Hasta el sábado.

—Sí. Cuídate.

—Y tú.

Cortó la comunicación pero continuó apoyado en la pared de la que no se había movido, en mitad de la calle, rodeado de personas anónimas y el tráfico habitual de cada día. Ni siquiera se había dado cuenta del ruido. Estaba como en una campana de cristal, aislado del mundo entero. Ahora sin embargo todo volvía, y multiplicado por diez. Un estruendo ensordecedor lleno de voces, pasos, motores...

Otra cita.

Jaime frunció el ceño.

Fotógrafo.

Bueno, era lo más parecido a la verdad. Después de todo también hacía fotos cuando era necesario.

Descubrimientos

Salieron de la sala rodeados por la flora y la fauna habituales de la primera sesión de la tarde: silenciosas parejas de novios adolescentes aislados en su paraíso terrenal, chicos y chicas prepúberes riendo y hablando a gritos como si estuvieran solos en el mundo y personas mayores que preferían esa hora a las restantes, mucho más llenas y con largas colas frente a las taquillas de los multicines. Sus brazos se rozaban. Era el único contacto. Este y el de sus miradas, mucho más intensas, mucho más fugaces, siempre buscando encontrar desprevenido al contrario, algo difícil porque chocaban una y otra vez, enredándose entre el misterio, las dudas, las vacilaciones.

Apenas si habían hablado al encontrarse en el bar, salvo trivialidades, y en el cine los dos estuvieron pendientes de la intriga de la pantalla. Tres horas después del encuentro, perdidos de nuevo los nervios iniciales, sabían que era el momento de las revelaciones.

Caminaban sin rumbo.

—Aquí cerca hay un parque —propuso Olga—. ¿Quieres que vayamos?

—Sí.

—Es que así no tendremos ruidos, ni habrá humo —quiso justificarse ella—. Odio el tabaco. No sabes lo que agradezco que no fumes.

Ni siquiera tuvieron que variar el rumbo. Sus pasos les llevaron directamente al parque, todavía con un buen número de madres, abuelas o asistentes cuidando de un enjambre de niños y niñas pequeños en la zona de juegos dado el buen tiempo. Entraron en él y buscaron la parte más alejada de los gritos infantiles. Sobre el césped, por entre los árboles, las parejas o los grupos de chicos y chicas surgían como setas bajo el último sol del día. Cuando encontraron un espacio bajo ese sol, Olga se dejó caer en el suelo y se sentó esperando que él hiciera lo mismo. Jaime la imitó. Las rodillas de ambos quedaron separadas apenas por unos centímetros. Podían tocarse con solo alargar una mano, aunque no era el caso.

La última mirada fue desnuda.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó ella.

Jaime tragó saliva.

Verdades en medio de una gran mentira.

Porque lo único que no podía hacer era...

Estaba bloqueado.

Ella le parecía aún más maravillosa que el día de la cita a ciegas. No era un espejismo.

—¿Qué te pasa?

—Nada —reaccionó—. Es que eres tan... preciosa.

—Gracias —bajó los ojos por primera vez antes de recuperarse—. Venga, va. Empecemos por la familia. Te toca.

Jaime ya no luchó.

—Soy hijo único, mis padres viven, están casados hace veintinueve años. Él tiene cincuenta y seis y ella cincuenta y cuatro. Son muy activos. Papá tiene un taller de artes gráficas y mamá todavía hace de secretaria. Así que... no hay más.

—Mis padres son más jóvenes. Se casaron muy pronto. Ella tiene cuarenta y dos años y él cuarenta y tres. Tengo dos hermanos más pequeños, chico y chica.

—Me dijiste que no lo sabían.

—Cierto.

—¿Por qué?

—Porque ahora no es necesario. Les haría sufrir inútilmente. Cuando llegue el momento se lo diré, y eso no será hasta que se me manifieste la enfermedad.

Aquella naturalidad le hizo daño.

—Si fuiste a cenar a su casa significa que no vives con ellos.

—Me fui de casa cuando lo supe. Vivo con una amiga que se llama Gloria. Es divina. No tiene mucho espacio pero... no hay problemas. Nos llevamos muy bien.

—¿Qué les dijiste para irte de casa?

—Que quería emanciparme, nada más. Pero fue problemático y... bueno, no me gusta mucho hablar de ello. ¿Y tú, dónde vives?

—Tengo mi propio piso.

—Vaya —hizo un gesto significativo con la cabeza.

—Más bien es un agujero, ya sabes.

—Puedo imaginarlo. —No le dejó columpiarse en la vaguedad de la conversación y, tras mirarlo con mayor fijeza, dijo—: Segunda fase. ¿Qué te pasó?

—¿Cómo me...?

—Sí.

Escuchó la primera voz, el grito: «No, no, ¡no!».

Y una docena de voces más: «No lo hagas», «Dile la verdad, ahora», «Si das el paso, ya no podrás volver atrás», «No seas cerdo», «Eres un cabrón»...

—Fue una estupidez. —Su propia voz sonó igual que una derrota, apenas un hilo cargado de sinrazones—. Tuve una relación con una chica y no usé preservativo.

—¿Aquí?

—No, en Santo Domingo. Fue algo... inesperado.

—Pero con una sola vez es muy difícil...

—Lo hicimos varias veces, toda una noche y buena parte del día. Dijo que se quería venir conmigo a España, que era el primer hombre de su vida... Bueno, no sé, pasó y ya está.

—¿Cómo te lo detectaron?

—Un año después. Tuve una etapa de mucha flojera, cansancio, así que me hicieron unas pruebas. Creían que era hepatitis, pero no. Entre todas las pruebas una fue esa y... salió positiva.

—Cuando te conocí, pese a todo, pensé que había sido por un tema de drogas o algo así.

—¿Te di esa impresión?

—No sé, perdona. —Se encogió de hombros.

—Pues no fue por usar una jeringuilla contaminada, ni por ser gay, te lo aseguro.

—Ya sé que no eres gay. Se te nota.

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

—Por cómo me miras.

—¿Cómo te miro?

—Mitad alucinado, mitad sorprendido, mitad embobado.

—¡Vaya por Dios!

—No, si me gusta. Eres un encanto.

—Me habían llamado de todo menos «encanto».

—Siempre hay una primera vez. ¡Eh! —Vio que él bajaba ahora los ojos —. No te enfades.

—No me enfado.

—Soy demasiado directa, ¿verdad?

Estaba inclinada hacia delante. Su mano acababa de posarse en su rodilla izquierda. Sintió deseos de... besarla.

Se enfrentó una vez más a sus ojos, brillantes lo mismo que sus labios rosados y húmedos.

—Escucha, ¿cómo eres tan fuerte?

—¿Fuerte? ¿Qué dices? ¡Estoy cagada de miedo!

—No lo parece.

—¿Porque hablo así, con naturalidad, y de cosas tan importantes como lo que nos pasa? ¿Y qué quieres que haga? Tú también pasaste por ello. Primero te hundes, se te cae el mundo encima, todos tus planes se deshacen como un castillo de arena bajo la lluvia. No hay futuro, no hay nada. Pero queda la esperanza. Nadie sabe cuándo va a morir. Todos creemos que lo haremos de viejos, a los noventa o los cien años, pero a lo peor mañana nos atropella un coche. Nosotros sí lo sabemos, más o menos, tenemos una fecha de caducidad, nada más. Si son diez años, son diez años, y si son cinco, son cinco. Yo no quise rendirme ni tirar la toalla, y tú tampoco, si no, no estarías aquí. Yo reaccioné con ese anuncio y tú lo hiciste respondiéndome con esa carta. Pero reaccionamos, que es lo único que importa. Yo no llamo a eso ser fuerte. ¡Es el miedo el que nos mueve! ¡Pero da lo mismo! ¡Si no, no estaríamos hablando de dar un paso tan importante!

—Olga...

—No, espera —frenó su vehemencia—. Ahora me toca a mí.

Jaime sintió cómo lo desarmaba. No era difícil. La mano de la rodilla, la mirada, el suave jadear de su pecho cuando se emocionaba...

Retiró la mano.

—Me enamoré —susurró igual que si hubiese desvelado un secreto inconfesable.

No podía ser de otra forma. Estaba seguro.

Absorbió cada palabra de ella y la introdujo en su mente.

—Se llamaba Darío. Bueno... se llama. Todos decían que no era trigo limpio, que no era de fiar, que era esto y aquello y lo de más allá. Y yo con la venda en los ojos, como una ingenua, cumpliendo con el ritual y el papel que dice que las tontas entregamos nuestro corazón a quien no lo merece —abrió y cerró las manos en un gesto de impotencia—. Se me puso el cerebro del revés, porque de todas maneras creo que es la única forma de amar, con entrega absoluta. Para mí solo existía él, y claro, lo hicimos. Era... como tocar el cielo con las manos. Me gustaba, ¿entiendes? No sé si te pareceré promiscua, pero para mí el sexo es la suma expresión del amor. Vivía, reía, la vida era radiante. ¡Estaba enamorada! Dios, ¿sabes lo que es eso? ¡Enamorada!

Se detuvo por primera vez, como si reflexionara sobre la dimensión de la palabra. Tardó en volver a respirar.

—Sigue —le pidió Jaime.

—Tomamos precauciones durante casi un año, hasta que me dijo que, puesto que éramos novios, quería hacerlo sin preservativo. Por lo menos algunas veces, cuando yo no estuviese ovulando y todo eso. Yo le dije que sí. Le quería. No pensaba en quedarme embarazada. Confiaba en él. Lo hicimos y a los tres meses él me dejó, se enamoró de otra —sus ojos se endurecieron un poco—. Fue cuando descubrí su doble vida, la forma en que me había estado engañando. Fue sincero al comienzo, en parte, porque también se enamoró de mí y por eso duró tanto. Pero después... Me dijo que no quería atarse, y que conmigo iba de cabeza a eso y que no funcionaría, porque no podía prometerme nada, y menos no intentarlo y hacerlo con otras. Supe que estaba conmigo y al mismo tiempo se lo montaba con una de su trabajo y con otra de su escalera, casada.

—Fue un cerdo.

Acabó de decirlo y la palabra le quemó el alma.

—El día que me llamó para decirme que tenía el sida y que me hiciera el test... fue el segundo peor día de mi vida.

—El primero fue el de los resultados.

—Sí: seropositiva —lo proclamó con firmeza—. Y tuve suerte. Tú debes de saberlo. Hacerte ese test a tiempo y descubrir que tienes el VIH te da más años de vida y más oportunidades. Lo peor es no saberlo y descubrirlo cuando ya es tarde. Si más gente se lo hiciera...

El sol ya se había puesto. Todavía había luz, y una excelente temperatura, pero Olga se estremeció, así que atrapó su chaqueta y se la colocó por encima de los hombros. Cerca de ellos una pareja se besaba sobre la hierba, devorándose el uno al otro, ajenos al mundo entero. No era la única, aunque sí la más expresiva. Otras se limitaban a estar tumbadas, hablar, acariciarse...

—El resto ya lo sabes —concluyó ella—. Por el momento solo soy eso, seropositiva. Lo demás puede tardar diez años.

El límite. Siempre se hablaba de diez años.

Algunos lo superaban, cuidándose, permaneciendo alerta y vigilantes. Otros, quizá la mayoría, no tenían tanta suerte.

—Diez años es mucho tiempo —dijo él.

—No cuando es una cuenta atrás.

—Si descubren la maldita vacuna...

—¿Y quién va a esperar un milagro?

Fue Jaime el que tomó la iniciativa ahora. Alargó su propia mano y atrapó la de ella. Era muy suave. Una caricia. Enredó sus dedos con los suyos y le acarició el dorso con el pulgar. Olga le dejó hacer, sin ninguna resistencia.

—No somos más que tiempo —suspiró la muchacha—. Si no hay tiempo, ¿qué nos queda?

8

Fue en la cena, mientras esperaban el postre, con los restos de las pizzas diseminados por sus platos, cuando Olga retomó el hilo del tema aparcado durante la última hora para volver a hablar de trivialidades, obviedades diversas y gustos, desde libros a cine.

—Jaime, escucha, si esto sale bien...

Se detuvo, algo cortada.

—Sigue —la alentó.

—¿Viviríamos juntos?

Logró sorprenderle. Y algo más: volver a disparar su adrenalina, sus alarmas, el eco de aquellas voces que de tanto en tanto se le comían el alma, mordiéndole con todas sus fuerzas.

Fue incapaz de responder.

—¿Corro demasiado? —preguntó Olga.

—No, no, es que...

Continuó sin saber qué decir.

—¿Te asusta que sea tan directa?

—Sí —reconoció.

—¿Es precaución o miedo?

—Supongo que todo.

—Yo sí tengo miedo ahora, pero no a esto. —Pareció abarcarle a él, y a sí misma—. Mi miedo es a enamorarme, a enfrentarme a la muerte reclamando la vida. Y tengo miedo a no tener una mano que agarrar, una voz que me consuele, alguien que me acaricie y a quien acariciar. Estas últimas semanas... —Logró no llorar, una vez más—. Estas últimas semanas siento como si hubiera echado a correr, y me hubiesen entrado las prisas o algo parecido. De pronto me doy cuenta de que necesito sentirme viva el tiempo que lo esté, porque no es igual estar vivo que sentirse vivo. Para mí, estar sola es todo lo contrario, es negarme esa vida y correr hacia la muerte, abrazarla antes de hora.

—Olga, el amor no puede imponerse.

—A veces la necesidad es más fuerte.

—Eso es desesperación.

—¿Y no estamos desesperados?

Quiso gritar que no, que él solo estaba loco. Pero no pudo.

—Te asusto, ¿verdad?

—No es eso. —Jaime se sintió derrotado.

—Dime una cosa. Cuando leíste mi anuncio y viste la posibilidad de conocerme, pensaste en ti mismo. ¿Tú te habías rendido?

—Es que yo no puedo resumirlo todo en un sí o un no. Para mí es más abstracto. Simplemente no entiendo la idea de la muerte. No la acepto.

—Eres extraño. —Olga sonrió.

—¿Por qué?

—Miro tus ojos y... veo otra clase distinta de amargura.

—¿Ves amargura en mis ojos?

—Mucha.

—¡Oh, Dios! —Se pasó una mano de forma instintiva por ellos.

—¿Qué te pasa?

—Que te he conocido.

—¿Eso es todo?

—Ha sido impactante para mí.

—Gracias.

—Eres todo lo que llevaba soñando en una mujer desde hace... Qué más da. Me habría enamorado de ti nada más verte, en cualquier parte. Pero estoy seguro de que tú jamás te habrías enamorado de mí. A eso me refería antes.

—¿Crees en el amor a primera vista?

—Es el único amor verdadero, el de los sentidos, cuando te alcanza esa fuerza y te desnuda sin más, sin darte tiempo a pensar. Y creo en él aunque me haya ido mal siempre.

—¿Lo ves? Yo también creo en él, en esa descarga única y mágica.

—Olga, ¿sabes qué veo yo en tus ojos? —No esperó a que le respondiera —: Paz.

—Es cierto.

—¿Cómo la has alcanzado?

—Primero sentí rabia, después desesperación, más tarde resignación. Ahora entiendo que todo está encadenado, que en la vida las ruedas giran sin parar para todos, y que hay causas y consecuencias. No puedo vivir con rabia, porque sería desperdiciar lo que me queda. No puedo vivir desesperada por la misma razón. Y no puedo vivir resignada porque eso sería rendirme y no me da la gana rendirme. Si creo en el amor, si él no viene a mí de forma natural, yo he de ir a por él. La gente echa a correr cuando les dices que tienes sida. Si callas, los engañas. Si se lo cuentas, los pierdes. Pero no somos unos apestados. Somos personas normales y corrientes que podemos desarrollar un mal que nos va a matar, como otros tienen cáncer. ¿Y sabes qué pienso? Que tú aún no habías llegado a esta fase, que todavía estabas en la anterior, la de la resignación.

—¿Estaba?

—En estas dos citas algo ha cambiado en ti.

—Entonces... —buscó la forma de serenar su voz, y que las palabras parecieran fluir con naturalidad de su garganta—, ¿crees en serio que tenemos un futuro?

—Depende de ti.

—¿De mí?

—Aún no me has hecho reír.

Tuvo que acompañarla en su sonrisa. Sus manos reposaban sobre la mesa, pero ninguno de los dos hizo esta vez el gesto de querer atrapar la del otro.

Aterrizaron los postres.

—Jaime, si seguimos viéndonos, dejaremos de hablar del sida, ¿conforme?

—De acuerdo.

—Seremos como cualquier pareja y nos comportaremos como cualquier pareja.

—Sí.

—Y para empezar habrá que luchar contra tus fantasmas, aunque no estarás solo. Yo te ayudaré. Si me dejas. ¿Te parece bien?

Se rindió.

«Un poco más —pensó—. Un poco más».

El único fantasma era él.

—De todas formas siempre sucede lo mismo. —Olga suspiró—. En la mayoría de las relaciones hay uno que ama más, por eso es tan difícil. Y el que más ama es más vulnerable.

9

Sus manos se entrelazaron al salir del restaurante, al filo de la medianoche. Fue un acuerdo tácito, un gesto común. Los dos sintieron el contacto, que era como una llave dispuesta a abrir la primera puerta. La de Olga estaba muy fría. La suya muy caliente. No hablaron hasta cruzar la calzada y llegar hasta el siguiente semáforo.

Los ojos de ella brillaban como faros bajo la calma de la noche.

—Estuve en la India con mis padres, cuando tenía catorce años —dijo—. Era la primera vez que hacía un viaje tan largo y fue...

—Fascinante.

—Sí. ¿Has estado allí?

—No, pero la India o te enamora o duele tanto que te obliga a cerrar los ojos y darle la espalda, lo sé.

—Allí vi algo que me marcó. —Le presionó un poco más la mano—. Fue como una conmoción, ¿sabes? Un golpe para el que no estaba preparada desde mi romántica mentalidad occidental.

—¿Qué fue?

—Una boda.

—¿Te invitaron?

—No, solo pasábamos por allí, y lo vimos. Fueron apenas unos minutos. Ni siquiera recuerdo si era un templo o qué clase de lugar. Los contrayentes estaban sentados, y a su alrededor todo era fiesta, una gran celebración. La novia no tendría mucha más edad que yo, quince a lo sumo. Era una cría. El novio era mayor, o al menos a mí me lo pareció. Y cuando digo mayor me refiero a treinta años o más, no sé. Puede que solo tuviera veinte, pero la impresión era la que te digo. Entonces me di cuenta de que todo el mundo reía menos ella. La novia lloraba.

—Y no era de alegría, claro, porque se trataba de un matrimonio clásico: concertado.

—Sí —reconoció Olga—. Cuando vi su rostro, sus lágrimas, su pena... Me quedé impresionada. No tanto por su juventud como por el dolor que

destilaba. Un dolor tan profundo... Mi padre me dijo eso mismo que acabas de decirme tú, que allí los matrimonios se concertaban antes, cuando eran niños, pero que en algunos casos, incluso, la novia no veía a su futuro marido hasta el momento de la ceremonia. Yo me quedé aterrada. Pero más cuando mi padre me explicó que, a lo peor, a ella se la llevaban lejos y ya no volvía a ver a sus padres ni a sus hermanos. Es decir, que en un abrir y cerrar de ojos la obligaban a irse de su casa, de su mundo habitual, tal vez de su ciudad, y encima convertida en esposa de un desconocido al que debía guardar respeto y al que debía entregarse desde aquella misma noche en cuerpo y alma.

—Y sin embargo, esa misma mujer, cuando sea mayor, posiblemente hará que su hija siga sus pasos, le concertará un matrimonio, y hasta le dirá que el amor llega con el roce, porque antes no existe, es una ilusión.

—¡Sí! —casi gritó Olga—. Esa fue la parte final, la conclusión más amarga. Es como lo de la ablación del clítoris en África. Una monstruosidad, pero obligada por las propias madres y abuelas de las niñas. ¡Dios! —Se estremeció—. Nunca he podido olvidar su cara, te lo juro. Creo que desde aquel día, más que nunca, me aferré al sueño del amor como única salvación, casi como si fuera una desesperada forma de entender la vida.

—¿Te das cuenta de que los románticos cada vez somos menos en este mundo?

—No me seas pragmático. Yo creo todo lo contrario: que cada vez somos más. Frente a tanta guerra, tanta estupidez, tanta política, tanta basura en la televisión... ¿Qué nos queda?

Por la otra acera un grupo de forofos cantaba la victoria de su equipo y hacía ondear algunas bufandas y banderas.

—¿El fútbol? —pareció burlarse Jaime.

—¡Tonto! —Olga lo empujó con el codo. Luego frunció el ceño y preguntó alarmada—: Por cierto, ¿te gusta?

—No.

—¡Menos mal! —suspiró—. O me iba ahora mismo.

Ella lo guiaba. Se dio cuenta al notar por segunda vez una presión en la mano al llegar a un cruce. No preguntó nada. Se dejó llevar. Tardaron otra docena más de pasos en cambiar el sesgo de la conversación.

Cada vez que él pensaba en detenerse, abrazarla, decirle la verdad o besarla...

Un contrasentido.

—Jaime, ¿has hecho el amor con alguien desde que lo sabes?

Se le apareció Almudena en la mente.

Fugaz.

—No.

—Yo tampoco —admitió ella.

—¿Lo echas de menos?

—Lo físico, no. Lo emotivo, sí. Siempre hay un momento de fusión... Y no me refiero al orgasmo, sino a ese punto de conexión plena, cuando el amor entre las dos partes estalla y te eleva, te eleva, te eleva...

No parecía estar hablando de sexo, sino de algo mucho más espiritual.

El nirvana.

Temió que le preguntara por sí mismo, por lo que sentía él, y que le hiciera recordar a Almudena de nuevo. Pero ahora Olga se dejaba ir, a tumba abierta. Las palabras fluían de sus labios igual que un encadenado de emociones y sensaciones. Jamás hubiera imaginado que una chica le preguntaría lo que ella acababa de preguntarle. Y de pronto allí estaba otra vez, dando otro giro insospechado a su charla.

—¿Cómo te imaginabas tu vida?

No era una pregunta. Era todo un mundo.

Se olvidó del sexo. Intentó concentrarse en aquel nuevo horizonte.

—Nunca he hecho planes.

—Mientes —le disparó verbalmente.

—¿Yo? ¿Por qué iba a mentirte?

—Porque tú eres de los que va a piñón fijo y se nota. Quizá no lo sepas, o trates de ignorarlo, pero es así.

—¿Eres psicóloga?

—Soy mujer, y no soy tonta. Y además se me han despertado los instintos. Bueno, algunos. Tú eres como eres.

—¿Y cómo soy?

—Libre, independiente —lo dijo con pleno convencimiento—. Seguro que siempre has querido llegar a lo más alto, al éxito, sin renunciar a nada.

—Todos tenemos un camino.

—Eres hijo único, con un signo de fuego y con un punto de egoísmo natural... En eso somos diferentes. Yo me contentaba con existir, sin muchas pretensiones. Nunca he tenido ninguna cualidad especial. Tú en cambio estás lleno de energía, aunque ahora... no estoy muy segura, es como si la retuvieras, o al contrario, como si tuvieras mil grietas y se te escapara por todas ellas. Ni siquiera sabes cómo enfocar esto todavía.

—Sí lo sé. —Consiguió vencer el nudo de su garganta.

—Yo puse el anuncio. Yo te llamé. A muchos hombres aún les molesta que las mujeres tomen la iniciativa.

—¿Y si tengo miedo a enamorarme de ti?

Olga se detuvo. Estaban solos en mitad de una calle. Se le puso delante, le soltó y con las dos manos le cogió el rostro por ambas mejillas. Jaime no tuvo más que saltar al vacío de sus ojos para hundirse en ellos.

Sin remisión.

—Ya te has enamorado de mí —dijo suavemente ella—. Suelo gustar, y les pasa a muchos. —Se encogió de hombros con un tic de dolor—. Y no lo digo por ser pretenciosa.

De cerca, deformada por la proximidad, parecía una niña.

Era una niña.

—Te has puesto pálido. —Recuperó su sonrisa evanescente.

—Olga...

—No, perdona. —Bajó la cabeza y con ella las dos manos—. Supongo que esto es demasiado serio y yo encima estoy intentando frivolizar, o hacerlo más natural cuando no lo es.

—No. —Jaime la retuvo sujetándola por los brazos antes de que ella reanudara el paso, aunque no hizo el menor ademán de ponerse en marcha—. Escucha, tienes razón en lo de que cualquiera se enamoraría de ti a la primera. Cualquiera con corazón, sentimientos... Y quizá yo no los tenga.

—Eso no es cierto.

—No me conoces.

—Todos estamos hechos de verdades y mentiras, pero al final siempre queda lo mismo: una mirada, un roce. —Volvió a cogerle de la mano. Se la acarició—. Y en eso reside la última certeza. No hay nada más.

No supo qué hacer. Ni qué decir.

Verdades y mentiras.

—Bien —musitó Olga—. Por hoy creo que...

—¿Qué quieres decir?

—Ya hemos llegado. —Señaló un poco más allá, en dirección a un viejo portal—. Vivo aquí.

Jaime reaccionó con incertidumbre.

—Vaya.

Sus ojos cambiaron de diálogo.

—Ha sido una tarde muy especial, una cena adorable y un paseo perfecto —dijo ella.

—Para mí también.

—¿Quieres que nos veamos mañana?

Ya no podía escapar. Tenía que llegar hasta el fondo.

El final.

Se lo acababa de decir ella misma: estaba enamorado.

Absurdo. De locos.

—Sí.

—¿Te importa recogerme aquí, en plan cita y todo eso?

—Claro.

—He de comer en casa de mis padres. Es domingo. ¿Qué tal a las cinco?

—Bien.

Fue Olga la que se acercó a él, la que le dio un primer beso en la mejilla derecha, y después otro en la comisura izquierda de los labios. Y también fue Olga la que se separó unos centímetros, le miró a los ojos, volvió a aproximarse y le dio un tercer beso en la boca, apenas un roce, suave, sin ninguna carga sensual pero con todo el amor de que era capaz.

Jaime fue incapaz de moverse.

Luego ella se dio media vuelta, alcanzó el portal de su casa, sacó la llave, lo abrió y desapareció en su interior.

10

Eran las cuatro de la madrugada, y sabía que tanto daban las horas, porque no podría dormir.

No, atrapado en el vértigo de todas sus sensaciones.

«Jugar con fuego». Se había quemado.

Pero a ella podía abrasarla.

Jaime volvió a sentir el sudor, frío, angustioso.

Esta vez no intentó conciliar el sueño. Se rindió a la evidencia. Optó por levantarse de la cama y salir de su habitación. Primero fue al baño, para refrescarse la cara. Después a la cocina, a por un vaso de leche. Por último aterrizó casi sin darse cuenta delante de su ordenador. Lo conectó y esperó a que la pantalla se llenase con sus trabajos.

Todo maquinal.

La carpeta titulada «Sida» destacaba en el mismo centro. La abrió y aparecieron una docena de archivos con títulos diversos, «Historia», «Datos», «Información», «España», «Curiosidades», «Casos personales»... Procedió a la apertura de esta última y surgieron los nombres, las entrevistas, el intenso drama de los protagonistas anónimos de la principal pandemia de la recta final del siglo XX y comienzos del XXI.

Olga no estaba allí.

Olga estaba en su cabeza.

Se sabía casi de memoria todo aquello. Se había metido hasta el fondo, como siempre. Y justo al final, con la guinda que debía coronarlo todo...

No sabía qué hacer.

Ni con la noche, ni con aquello, ni con su vida.

Miró la puerta del Netscape que lo introducía en internet. Ya no necesitaba navegar. También había entrado en un centenar o más de páginas web cargadas de material. Olga era la última frontera.

—¿Qué estás haciendo?

La respuesta le hizo daño.

No todo era trágico en relación al sida. La última noticia incorporada a la carpeta de «Curiosidades» hablaba de un certamen celebrado en Botsuana, el país con más casos del mundo, para elegir a Miss VIH Sin Estigma. Jóvenes hermosas, pero también fuertes y con carácter, desfilando para no ocultar un tema tabú en la sociedad del país y que se aceptase a los enfermos sin marginarlos. La vencedora, Kgalalelo Ntsepe, de treinta y un años, había llegado a estar en los huesos, y gracias al tratamiento con retrovirales su aspecto era inmejorable. Se necesitaba la voz de una mujer joven y bella para gritarle a sus conciudadanos que tener el sida no significaba haber hecho algo malo. Por el concurso habían desfilado catorce mujeres ataviadas con vestidos de noche y trajes tradicionales de diversas tribus hechos de pieles de animales y decorados con mostacillas. Nada de morbo, nada de biquinis. El concurso se convertía en la voz de un pueblo herido, y en un grito para la comunidad internacional. El premio para la vencedora había sido... un juego de cama.

Jaime cerró el archivo de «Casos personales» y la carpeta, aunque no el ordenador. Sus ojos se desviaron hacia el dossier de tapas rojas que descansaba en el ángulo superior derecho de su mesa de trabajo.

Alargó la mano y lo atrapó. De nuevo sus movimientos eran maquinales. Se sabía igualmente de memoria el anuncio detrás del cual había aparecido Olga.

Aun así lo leyó:

«Chica busca chico seropositivo, simpático, no importa físico, con espíritu y amor, para rehacer la vida, amistad y disfrutar del tiempo. Barcelona. Apartado de correos 7640».

Sentía la misma sensación que la primera vez.

Pero ahora ya no era una curiosidad, era algo más. Tenía un nombre, un rostro humano, una voz, una mirada.

Pensó en entrar en internet igualmente, y colarse en un chat, para evadirse. Aunque si lo hacía llegaría el amanecer y seguiría colgado, con lo cual no dormiría nada y por la tarde, en su nueva cita con ella, estaría espeso, en otra dimensión.

La cita.

«No vayas».

Sabía que acudiría.

«No sigas».

Sabía que seguiría.

«No lo hagas».

Sabía que llegaría hasta el final, aunque reventase, sin poderlo evitar, por mucho que se repitiese una y otra vez que era un idiota, y un cerdo, y un idiota, y un cerdo, y un idiota, y un cerdo, y un idiota, y un cerdo...

No podía dejar de pensar en ella.

11

Entró en la cocina anudándose la bata y se encontró con Gloria tomando una taza de café y una ensaimada mientras ojeaba las páginas del periódico sin mucha pasión. Era como si pasease la mirada por encima de los titulares y las fotos, en un primer contacto visual, sin querer comprometerse a fondo en nada más. Sobre la mesa esperaban otras tres ensaimadas con un aspecto fabuloso. A Olga se le hizo la boca agua.

—¡Ensaimadas, qué bien! —Alzó las dos cejas—. ¡Eres un cielo!

—Ya ves. —Continuó pasando las páginas del periódico mientras refunfuñaba—. Los domingos todas las noticias tendrían que ser maravillosas.

Olga pasó del café. Se preparó un tazón de chocolate caliente. Iba descalza.

—Te vas a enfriar —le hizo notar Gloria.

Se sentó en la silla frente a la suya, en la pequeña mesita que tenían ubicada en la cocina, y subió los pies para no tenerlos en contacto con el suelo.

—Has madrugado —dijo Olga.

—Cielo, aún no me he acostado. Acabo de llegar.

—Eres increíble —se burló ella—. Con tu aspecto nadie lo diría.

—Es que desgaste, lo que se dice desgaste, he tenido poco, para que vamos a engañarnos.

No daba la impresión de sentirse muy contenta pese a la presunta noche de juerga. Acabó de pasar la última página del periódico tras echar un vistazo a las películas que se emitían por la noche y entonces levantó la vista y no esperó ni un segundo más.

—¿Qué tal?

Olga sorbía el chocolate. Dejó el tazón sobre la mesa y cogió una de las ensaimadas. No pudo evitar una media sonrisa. No estaba muy segura de si estallar o mostrarse comedida. Conocía los días serios de su compañera de piso. Y aquel lo era. Se ponía bastante borde.

Aun así, fue sincera.

—Me gusta —admitió.

—¿En serio?

—Sí, es muy rico.

—Dijiste que te lo tomarías con calma, que hasta no estar segura...

Olga se encogió de hombros.

—Es que empiezo a ver que la seguridad plena no existe, y que siempre, siempre, hay que arriesgar algo.

—Tú vas a arriesgarlo todo.

—No es demasiado, ¿no crees?

—No empieces, por favor —le reprochó Gloria—. Alguien tiene que hacer de abogado del diablo y me toca a mí. Una cosa es un revolcón. Yo misma te empujaría. Pero esto... ¿Qué te hace verlo ya tan claro?

—Son muchas cosas, su inseguridad, la manera en que me mira, como si jamás hubiese visto a una chica... Parece un gato asustado.

—Lo que faltaba.

—No sé, tiene algo. —Olga pellizcó un pedazo de ensaimada con las manos y se lo llevó a la boca. Estaban recién hechas y el sabor le hizo cerrar los ojos con placer—. ¡Hum... está de muerte!

—¿La ensaimada o él? —le pinchó su amiga.

Olga cogió el dominical del periódico y quiso atizarla con él. Fue tan solo un gesto, porque Gloria seguía hablando en serio, más y más directa.

—No pagues conmigo tu mala noche, ¿vale? —protestó ella.

—¿Mala noche? ¿Quién te dice a ti que he tenido una mala noche?

—Pues chica, si llega a ser peor...

—Deja mi noche en paz y sigamos con lo tuyo. Si he de serte sincera, me preocupa.

—¿Porque vas a quedarte sin compañera de piso?

—Hablo en serio. —La apuntó con un dedo inflexible—. ¿Y si te engañas a ti misma?

—Es un riesgo.

—No, esta vez no puede serlo porque antes te ha pasado siempre lo mismo.

—Gloria, por favor... —Se le atragantó la ensaimada.

—Vale, vale, es tu vida. —Gloria levantó ambas manos con las palmas hacia afuera.

—Lo que queda de ella —apostilló Olga.

—¡No digas eso!

—¡Es la verdad! ¡Y lo afronto! ¡Ahora todo es distinto! ¡Yo no tengo todo eso tan bonito de ver crecer a los niños, envejecer juntos...! ¡Es ahora, mientras mi cuerpo aguante y no manifieste la enfermedad! ¡Y puede que ni siquiera se trate del cuerpo, sino de la mente y el espíritu!

—¿Y él?

—¡Le gusto!

—¡Dios, eres la chica más guapa y dulce que conozco! ¡Claro que le gustas! ¡Eres un regalo, enferma o no! ¿Y si el que va a por el revolcón es él?

—¡No es de esos!

—¿Cómo lo sabes? —se crispó Gloria—. ¿Es que por tener el sida como tú ya es automáticamente una buena persona? ¿Cómo se convirtió en seropositivo?

—Tuvo una relación de contagio.

—¿Así, por las buenas?

—En Santo Domingo. Una locura.

—O sea que la metió donde no debía y sin tomar precauciones —se escandalizó Gloria—. Pues chica, eso no dice mucho en su favor.

—No quiero seguir discutiendo sobre eso —atajó dándole otro sorbo a su taza de chocolate—. Te lo voy a presentar y en paz.

—Ah, no.

—Vendrá a buscarme esta tarde.

—Pues yo paso. No quiero verlo hasta que estés segura por ti misma. Buena estoy yo hoy para echarle el ojo encima a alguien que no me cuadre.

—¿Estás tú segura de Ismael?

—Vale, *touché*, pero es distinto. Yo no puse un anuncio y sé de qué va.

—Todos llevamos puesto un anuncio —repuso Olga de pronto, agarrando la taza con las dos manos como si fuera su único punto de apoyo en el mundo—. Unos dicen «socorro», otros «quiero montármelo», otros «creo en el amor para siempre».

—Tú estás dispuesta a pasar con él el resto de tu vida, dure lo que dure, y eso no es amor, es desesperación.

Sonó implacable. Lo fue. Olga resistió unos segundos más su mirada, hasta que la apartó, tan encendida como agotada. Los ángulos de las mandíbulas se le marcaron formando dos sesgos endurecidos al apretarlas con fuerza. Al otro lado de la mesa su amiga no se movió. Las dos permanecieron quietas, igual que estatuas, una al borde de unas lágrimas que no llegó a verter y la otra sin saber qué hacer después de su última y contundente expresión, a la espera.

Gloria no se excusó.

Olga sabía que siempre hablaba de corazón.

12

La voz de Sandro sonó espesa a través del telefonillo electrónico de la entrada.

—¿Sí?

—Soy yo.

—¿Qué hora es? —Pareció arrastrar cada palabra por un papel de lija.

—La una. ¿Vas a abrir o no?

—¡Joder, macho, que me he acostado a las ocho de la mañana!

El zumbido de la cerradura al ser liberada se confundió con el final de la protesta. Jaime entró en el edificio y pasó del ascensor. Subió a pie hasta el segundo piso, saltando los escalones de dos en dos. Sandro le esperaba en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados. Solo llevaba puestos los calzoncillos.

Unos espantosos calzoncillos blancos con manzanas rojas y un gusano con cara de loco saliendo de cada una de ellas.

—¿Qué pasa? —le espetó con poco sentido de la amistad.

—Nada, pasaba por aquí. —Él se encogió de hombros.

—¡Y un huevo! —Impidió que entrara dentro y le avisó—: Lidia duerme. No hagas ruido.

—Ya te dije que esa chica no te convenía —trató de bromear Jaime.

—Vete a la mierda.

El estudio de su amigo quedaba a la izquierda de la entrada, y el dormitorio justo al otro lado del piso, después de un largo pasillo, así que la privacidad podía darse por asegurada sin olvidar que Lidia no se despertaba ni con un terremoto. Jaime se derrumbó sobre uno de los sacos que servían de asientos y, sin acoplarlo a su cuerpo, apoyó la cabeza en la pared. Sandro se quedó sin saber muy bien qué hacer, bostezando y rascándose la cabeza en mitad de la estancia.

—Me ducho para despejarme y...

—Tengo prisa —lo detuvo Jaime—. Solo pasaba por aquí.

—¿Quieres... hablar? —alucinó su amigo captando la intención—. ¿A esta hora?

—Necesito que alguien me castigue la moral.

—¿Así, en plan masoca?

—Sí.

—Eso está hecho —se apuntó Sandro—. ¿Un café?

—No.

—Pues yo lo necesito, lo siento.

—Venga, Sandro. Siéntate.

—¿Ni un café? —Puso cara de dolor de estómago.

—No.

—Está bien. —Se derrumbó sobre el otro saco y se pasó una mano por los ojos para apartar los últimos restos de sueño pegados a los párpados—. ¿Qué pasa?

—Me gusta.

—Te gusta.

—Más que eso. Ayer me lo dijo ella misma: me he colado.

—¿Cuántas veces la has visto?

—Dos.

—Y te has colado.

—Sí.

—A pesar de que tiene el sida.

—Es seropositiva.

—Llámallo como quieras: lo tiene.

—Sí.

—No puedo creerlo. —Cerró los ojos y él también apoyó la cabeza en la pared—. ¿Para qué quieres que te castigue la moral si lo sabes todo y aun así...?

—Por si me dices algo que yo no sepa.

—Dios, Jaime, estás zumbado.

—Supongo que sí, loco de atar. Pero siempre he preferido vivir y estrellarme a estar cuerdo y ver cómo todo pasa y se mueve a mi alrededor.

—Es que siempre es lo mismo, conoces a una tía y pierdes el culo en un santiamén.

—Esta vez es diferente.

—¿En qué es diferente?

—Si la conocieras...

—Me da igual que sea Miss Universo, un ángel, la tía más sensacional del mundo, con el mejor cuerpo y la mejor cabeza. Tiene el sida. El sida, ¿te suena? La gente muere de forma espantosa. Es peor que el cáncer, peor que todo.

—Sabes que ese no es el quid de la cuestión.

—¿Que no lo es? ¡El quid de la cuestión es que no puedes enamorarte de ella, ni dejar que ella se enamore de ti! ¡Tú no tienes sida! ¿Qué crees que dirá tu ángel cuando sepa la verdad?

—No se lo diré.

—Por favor, no seas absurdo. Y menos a esta hora. —Hizo un gesto impreciso, mitad dolor, mitad agotamiento—. Mierda, si recordara donde puse ayer el cerebro...

—Si ella no lo sabe, no pasa nada.

—¿Y de qué va a ir todo el rollo, del gran amor? —Sandro le miró incrédulo—. Incluso dejando aparte el miedo que debería darte hacértelo con ella, por mucho preservativo que uses y aunque vayas con cuidado, se me ocurren una docena de razones para pedirte que no sigas adelante; por ella, porque la joderás y solo le faltará eso; por ti... Dime, ¿vas a renunciar a todo porque te ha dado un calambre sentimental, cosa que, por otra parte, no te es desconocido? ¿Dejarás de trabajar?

—No.

—No será tan tonta como para no atar cabos.

—Puedo ayudarla.

—¡No me hagas reír! ¿De verdad piensas que es así de fácil? ¡Yo vivo con Lidia desde hace tres meses y te aseguro que es lo más complicado que he hecho en la vida! ¡Compartir es la hostia de difícil! ¡Y por supuesto que es genial, le da un nuevo sentido a todo, pero es que nosotros, pase lo que pase, estamos sanos, y tenemos un futuro! ¿Qué hará Míster ONG cuando a ella se le manifieste la enfermedad?

—Puede que no...

—¿Qué harás?

—¿No lo sé!

—Te lo repito, ¿sabes cómo terminan los enfermos de sida? ¿Cómo son sus últimos meses? ¿No has leído nada, no has visto películas, no has estado trabajando en ese maldito reportaje? ¡Mierda, Jaime, eres periodista!

—Buen intento —reconoció él.

—No voy a convencerte, ¿verdad?

Todo estaba en contra. Por eso se sentía desesperado. Todo. Incluso lo peor de todo: su mentira.

Olga no merecía algo así.

—No quiero hacerle daño —reconoció—. No me lo podría perdonar.

—Pues se lo harás. El peor. Le arrancarás la última esperanza de su vida.

—No si la comparte conmigo.

—¿Qué va a compartir, Jaime, por Dios? —Se inclinó hacia delante para resultar más vehemente—. Y cuando muera... ¿qué harás tú?

—Tal vez sean diez años maravillosos.

—O cinco.

—O cinco.

—O tres, o uno...

—Tú me dijiste que si durabas dos con Lidia ya estarías contento.

—¡Eso era una forma de ver las cosas, y de ser cachondo! ¡Si pasara algo, nos separaríamos y adiós, como tú con Almudena! ¡Pero estamos hablando de morirse! ¡No es lo mismo! ¡Hasta tú puedes entender eso!

—¿Y si finalmente hubiera dado con algo importante en mi vida?

—¿Qué, hacer de santo? Pues siento decirte que no es lo tuyo. Aquí no valen idealismos ni romanticismos. Y tú encima eres un idealista romántico de lo más raro, egoísta...

—Vale, conozco mis defectos.

—¿Defectos? Siempre los has considerado una virtud, tu segunda piel, la coraza de la que te vales para pasar por la vida como un rompehielos.

—Almudena me maduró.

—Almudena te puso del revés, te hizo salir de dentro afuera, y aun así, no supiste verlo ni aprovecharlo. Ella misma te lo dijo: no vas a cambiar. Ni siquiera por un amor de verdad.

Un amor de verdad.

A veces el abogado del diablo pronunciaba justo la frase más oportuna, la opuesta a la deseada.

Sandro acaba de darle un motivo más para seguir.

Su amigo no lo veía igual.

—Te miro y no te veo, en serio. —El tono de Sandro era crepuscular—. Siempre has sido un «vivalavirgen» con agallas, simpático, loco, genial, el mejor colega, pero en esto... Te pasas, Jaime. Te pasas un huevo. Si no por ti, deberías hacerle un favor a ella: olvidarla o decírselo.

Iba a contestar, pero ya no pudo. Lidia, con solo la parte superior de un pijama masculino por encima, apareció en la puerta con el pelo alborotado y todavía más sueño pegado a los ojos del que Sandro le había mostrado al llegar él.

—¿Qué está pasando aquí? ¿A qué vienen esas voces? —protestó la compañera de su amigo—. ¡Jesús, Jaime, es domingo! ¿Te has vuelto loco?

Ya no iba a tener tiempo de comer de forma más o menos decente, o quizá sí, aunque le bastaría con tomar un bocadillo en alguna parte. Tampoco le importaba demasiado. No tenía lo que se dice hambre. El vacío del estómago quedaba sobradamente compensado con el nudo que había empezado a crecer en su pecho y ahora se expandía a la misma velocidad que el universo por todo su ser.

Olga a las cinco.

Pero antes...

La vio aparecer por la esquina opuesta a la suya, con el paso vivo. Las tres menos diez. Almudena siempre había sido centrada, ritual, con horarios inamovibles, disciplina, voluntad. Tanto daba que fuese domingo. Era su hora. Al comienzo esa disparidad fue lo que más le atrajo de ella. Noche y día. Pensó que el reto valía la pena, y lo había valido.

Por lo menos mientras funcionó.

Echó a correr para que ella no entrase en el portal. Si no la detenía antes, su espera no habría servido de nada. No le abriría. Tenía que sorprenderla sin posibilidad de escape. Mientras lo hacía, la observó con aquella vieja devoción que casi creía olvidada. Estaba más guapa, más proporcionada, más entera y más de todo. Llevaba el cabello suelto, desafiante, ondeando bajo el ímpetu y la fuerza de sus pasos, y lucía el vital esplendor de su cuerpo con la naturalidad de quien no tiene nada que ocultar, por generosos que hayan sido los dones de la forja humana. La sensación casi fue la de la primera vez. Los ojos grises, turbios, penetrantes, los labios sensuales, la forma del pecho... Solo que la primera vez fue una conmoción y ahora la conmoción se la proporcionaban los recuerdos, las noches en que ella había sido suya, entre sus brazos, susurrando su nombre, perteneciéndose el uno al otro.

Llegó al portal primero. Almudena caminaba con los ojos fijos en el suelo y el aire ausente del que tiene la mente en blanco o llena de cosas pesadas. No quiso que ella se lo encontrara de golpe, igual que una pesadilla, así que la avisó:

—Almudena.

Ella levantó la cabeza. La sorpresa la conmovió, pero no por ello dejó de caminar. Pareció dispuesta a pasar por encima suyo si no se apartaba. Todo con tal de alcanzar el portal y subir hasta su casa.

—Almudena, por favor... —la detuvo Jaime.

Nunca, ni aquella noche final, la notó más seca.

—¿Qué quieres?

—Hablar cinco minutos contigo.

—No. —Quiso apartarle.

Jaime no la dejó.

—Por favor, es importante.

—No voy a volver, así que olvídalo.

—No es eso.

—Ya. Pasabas por aquí.

—Te juro que no se trata de que vuelvas. Ya no.

—Ah, ¿no? —Se cruzó de brazos y lo desafió con una de sus glaciales miradas.

Le costó creer que fuesen los mismos ojos que había visto llorar de amor, tan dulces como una suave brisa de verano, tan profundos y...

—Esta vez se trata de mí —dijo Jaime.

Logró interesarla.

Pero ella no se traicionó. Siguió tal cual, con los brazos cruzados, odiándole con todas sus fuerzas pero con un atisbo de curiosidad en la expresión.

—Jaime —fue su última rebeldía—, no me interesa.

«No odies a quien hayas amado», recordó él.

—¿Cómo lo sabes?

—Escucha, ya lo dejé claro entonces. ¿Qué más quieres? No funcionó, y ya está, no hay que darle más vueltas. Ni todo tu ángel puede hacerme volver.

—Lo que me dijiste...

—Dije muchas cosas.

—Sobre mí, el trabajo, mi ambición...

—¿No me digas que has reflexionado sobre ello?

—Sí.

—¿Y te ha dado un ataque de responsabilidad de pronto? —Quería herirle, y sabía que él no objetaría nada—. Un poco tarde, ¿no te parece?

—¿Podemos ir al bar de la esquina?

—Ni hablar.

—Entonces de acuerdo. Contéstame a una cosa: ¿te hice reír?

Acusó la pregunta.

Casi pareció divertirse.

—¿Qué?

—Respóndeme, ¿te hice reír?

—Sí, al comienzo sí, cuando eras un encanto y estabas loco, pero de forma sana. Eras divertido, ocurrente, simpático... Y te las ingeniabas para que lo pasáramos bien. Duró poco, pero fue lo mejor. Nunca me aburrí.

—¿Y después?

—Después apareció tu yo real.

—Tú tampoco ayudaste.

—Lo sé, y soy consciente de ello. Pero es que no quise claudicar. Bastante tuve con ver lo de mis padres. Ella toda la vida en casa y mi padre casado con su trabajo. Total para que un buen día le diera la patada. Ni hablar.

—¿Tan mal te lo hice pasar?

—Jaime —se lo dijo con paciente amargura—, siempre había un artículo, un reportaje, una posible exclusiva, un tema apasionante, algo que hacer. Algo más importante que yo. Siempre. Primero hablabas de que eras novato y se trataba de una oportunidad, después porque necesitabas hacer méritos, más tarde porque confiaban en ti. ¿Qué más da? ¡Eres periodista! ¡Siempre lo serás! ¡Venderías tu alma al diablo por un buen trabajo! ¡Te encanta ver tu nombre impreso, y cuanto más grande o de forma más especial, mejor! ¡Estás sediento de éxito, y el éxito es una droga: nunca es suficiente! ¡Ese es el problema más grave por el que no serás feliz, jamás tendrás bastante! —Rebajó su vehemencia, como si estuviese súbitamente agotada, pero no dejó de hacerle estallar en la cara todas sus razones. Las mismas que ya creía haberle dicho meses atrás—. No tienes sangre en las venas: tienes tinta, y una energía que se activa con palabras como «noticia», «reportaje», «artículo»... Esa misma energía que cuando me tuviste empezó a desaparecer.

—Eso no es verdad.

—Yo me sentía así, y para el caso es lo mismo. Quería al Jaime que me emocionaba, que me hacía sentir... algo especial, una diosa. Ese que, como has preguntado, me hacía reír.

—¿Crees que tengo arreglo?

—¿Tú? No. —Fue tan sincera como dura—. Acabarás de corresponsal en una guerra perdida, viviendo a tu aire, siempre corriendo, corriendo sin parar. ¿Y quieres saber algo? ¡Me parece bien! ¡Es tu vida y tienes derecho a vivirla como desees! Pero sin mí. Y probablemente sin nadie que tenga un poco de juicio. Eres un romántico y estás lleno de sueños. Eso también te convierte en un iluso. O sea, que encima eres peligroso. Nunca renunciarás a nada por amor, y menos a esos sueños.

Comprobó los efectos de su bombardeo verbal. Jaime seguía allí, de pie frente a ella, pero su línea de flotación parecía estar bajo mínimos. Almudena encontró un atisbo de piedad en una victoria que para sí misma también tenía mucho de derrota.

Su voz surgió ahora sin apenas fuerzas.

—¿Era eso lo que querías escuchar?

Jaime se apoyó en la pared.

—¿Qué te pasa? —quiso saber ella.

—No lo sé. —Suspiró.

—¿Estás bien?

—No.

—¿A qué has venido?

Tampoco hubo respuesta. No era fácil.

Otro absurdo.

—Dios, Jaime...

—Bueno, a veces en la vida pasan cosas.

—¿Quién es ella?

—¿Ha de haber alguien forzosamente?

—Sí.

La miró despacio, quizá en la última oportunidad de su vida, acariciándola con los ojos, sobreviviendo a su naufragio. No tenía nada que ver con Olga. Pero las dos eran extremos de la misma cuerda.

—Bueno, puede que por primera vez estés mirando hacia tu interior —
reconoció Almudena.

—¿Por qué lo dices?

—Por tus ojos, Jaime. —Ella volvió a ponerse en movimiento, pasó por su lado, alcanzó su portal sin que él hiciera ya nada por detenerla—. Parecen distintos.

Su habitación seguía igual. No habían tocado nada. En el fondo esperaban que regresara.

Olga la miró desde la puerta. Lo hacía cada vez que iba a comer a casa de sus padres. Cuando era niña se le antojaba grande y espaciosa. Ahora la veía minúscula, aunque no tanto como la que tenía en el piso de Gloria. Claro que sin la ropa, los libros, los recuerdos que antes colgaban de las paredes, la sensación era de vacío. Una cápsula en el tiempo.

Sí, las habitaciones eran eso, cápsulas suspendidas en el tiempo.

Fue a la cocina por si su madre quería que la ayudase, pero ya estaba todo dispuesto y la mesa preparada. El único que faltaba era el cabeza de familia, que se retrasaba más de lo normal.

—¡Mira que ir a ver fútbol también el domingo por la mañana! — protestaba su madre—. ¡Que si juveniles, que si infantiles...! ¡Y a tu hermano el fútbol ni fu ni fa, pero...!

Quico tenía doce años, y decía que sería como Indiana Jones, arqueólogo. Pero de momento iba al fútbol con su padre.

Olga miró la hora. Las comidas en su casa siempre se alargaban.

—Mamá, he de irme a las cuatro y media como mucho.

—Hija, ¡qué prisas! Al final ni vendrás.

—He quedado.

—¿Con un chico?

—Sí.

—Bueno, mira, ¿qué tal es?

—Promete, pero ya veremos.

—Si es que a mí eso de que vivas sola...

—No vivo sola, vivo con una amiga. Y no aproveches cualquier cosa para quejarte, ¿quieres? Mira que eres pesada.

—Oh, sí, yo soy pesada. —La mujer puso cara de fastidio—. En cuanto llegue tu padre comemos, descuida.

—No sé porque no tiene móvil.

—No le gustan esas cosas, ya lo sabes. Dice que a la gente se la localiza en su casa o en el trabajo, y que el resto es intimidad.

La dejó y fue al cuarto de baño. Al salir oyó la música que salía de la habitación de Luisa. No supo si entrar o no, recordando lo mucho que le molestaba a ella que la interrumpieran cuando estaba sola en su universo. Iba a regresar a la cocina cuando la puerta se abrió y su hermana pequeña, casi tres años menor que ella, apareció en el quicio.

Le hizo una seña.

—Ven.

Olga entró y Luisa cerró de nuevo la puerta. Su hermana estaba en la última fase «fan», es decir, que todavía tenía la habitación llena de pósters y se refugiaba en la música y en sus ídolos para cubrir todas las necesidades propias de su adolescencia. Era distinta a ella, de rasgos más fuertes y firmes, menos dulzura pero con un rostro muy expresivo. Seguía la moda imperante en todo, así que era un clon de cientos, miles de chicas en el umbral del gran salto hacia delante.

La vida.

—¿Sucede algo? —quiso saber Olga.

Solían hablar, comunicarse. Se querían. Pero notaba el misterio y el secreto en los gestos y en la expresión de Luisa.

—Salgo con un chico —le reveló ella.

—¿En serio?

—¿Que si es verdad o que si salgo en serio con él?

—Bueno, las dos cosas.

—No sé si es serio —reconoció ella—, pero me gusta mucho, es un cielo, y está colado por mí. Él es... diferente, ¿entiendes?

El amor los hacía diferentes.

Luego la naturaleza los cortaba por el mismo rasero.

No quiso ser cínica. Su amargura era suya, de nadie más. Luisa tenía derecho a vivir, enamorarse, cometer sus propios errores.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—Tres meses.

—¿Y?

—Nada, empezamos a vernos, nos gustamos, hablamos y estamos saliendo juntos.

Se le notaba radiante. Mucho. Demasiado. Olga reconoció aquella mirada, y aquella sensación. No pudo evitar un estremecimiento.

—¿Habéis hecho algo?

—¡No! —Supo perfectamente de qué le hablaba.

—¿Te lo ha pedido?

—¡No! —insistió.

—Te lo pedirá.

Luisa parpadeó sorprendida.

—No sé si pareces mamá o mi mejor amiga.

—Ni soy mamá ni soy tu mejor amiga. Soy tu hermana mayor y sé de qué va esto. Si os queréis, si pasan unas semanas más y seguís saliendo juntos, si el amor empieza a haceros daño aquí y aquí —le tocó la frente y el corazón con un dedo—, te lo pedirá. Y entonces, por Dios, Luisa, te diga lo que te diga, usad un preservativo.

—En serio, que no tengo intención de... No estoy tan loca.

—Luisa —la detuvo—, no se trata de estar o no estar loca. Puede pasar en cualquier instante, por la mañana, por la tarde, al anochecer. De pronto todo cambia y lo único que quieres es fundirte con él, formar parte de su ser. Entonces nada ni nadie puede parar lo que se siente. Y no te estoy diciendo que no lo hagas, solo que lo hagas bien, con precauciones.

—Habría de verlo muy claro, o sentirlo mucho, como dices. Y si me lo pide le diré que no, de verdad.

—Si le quieres, no le dirás que no. Si tienes miedo a perderlo o... Qué más da. —Hizo una mueca de dolor—. Todos creemos saber qué hacer, y cuando llega el momento... ¡Pero protégete, por Dios!

—Vale, vale. —Su hermana la miraba con el ceño fruncido—. Cómo te pones.

—Sé lo que me digo.

—Tranquila, que no me pasará como a la prima Sol.

—No todo es quedarte embarazada. —La sujetó por ambos brazos—. Hay tantas cosas que...

No pudo evitarlo. La abrazó. La estrechó contra su pecho, con fuerza, aplastándola. Luisa no se resistió, quedó sepultada por ese gesto y la furia que la empujaba. Ella misma acabó correspondiendo al abrazo de su hermana mayor.

Al otro lado de la puerta oyeron la voz de su padre entrando en el piso, y mucho más la de Quico, gritando a todo pulmón que ya estaba en casa y que se estaba muriendo de hambre.

Siempre le había parecido curioso el comentario de algunas personas accidentadas que aseguraban que, en el segundo final, cuando creían que iban a morir, habían visto desfilarse toda su vida por delante de sus ojos.

Si era así, él iba a morir.

Porque veía desfilarse toda su vida por el interior de su cabeza, y no precisamente en un segundo.

Después de hablar con Sandro, después de hablar con Almudena, en aquella última hora, sin fuerzas para probar bocado, todo iba y venía sin mucho orden ni control, vagando por el infinito de su mente. Cometas cargados de rostros que creía olvidados, de voces que reaparecían. Las lágrimas de Esther gritándole que nunca sería feliz si no se detenía un momento para respirar y mirar a su alrededor para descubrir que no estaba solo, los gritos de Carmen asegurándole que nadie le amaría igual que ella, la sensación de culpabilidad después de haber engañado a Cati para acostarse con ella...

¿Qué le había dicho Almudena?

«¡Eres periodista! ¡Siempre lo serás! ¡Venderías tu alma al diablo por un buen trabajo! ¡Te encanta ver tu nombre impreso, y cuanto más grande o de forma más especial, mejor! ¡Estás sediento de éxito, y el éxito es una droga: nunca es suficiente! ¡Ese es el problema más grave, porque no serás feliz, jamás tendrás bastante! ¡Es tu vida y tienes derecho a vivirla como tú desees, pero sin mí! Eres un romántico y estás lleno de sueños. Eso también te convierte en un iluso. O sea, que encima eres peligroso. Nunca renunciarás a nada por amor, y menos a esos sueños».

Almudena había disparado balas de plata.

Jaime miró la hora. La temía. Pero ya estaba allí.

Las cinco.

Luego miró el edificio, las alturas en las que Olga debía de estar esperándole.

Ahora sí, el momento decisivo.

Subir o marcharse.

Subir para seguir o marcharse para no regresar nunca más.

En el medio, la alternativa que más miedo le daba, porque se sentía cobarde ante ella: la verdad.

«Vete», les ordenó a sus piernas.

No le obedecieron.

Como si existiese una desconexión momentánea entre su cabeza y sus músculos.

La imagen de Olga estaba también allí.

Y su voz, y su sonrisa, y su ternura, y sus ojos, y...

¿Cuántas veces había estado enamorado en la vida?

¿Y cuántas de verdad?

¿Cómo sabía que aquella, precisamente aquella, nacida de la mentira, sin futuro, con una mujer enferma que necesitaba de un anuncio en el periódico para poder dar y recibir cariño, era auténtica?

Volvió a Sandro. Volvió a Almudena. No necesitaba escucharlos en su cabeza para repetírselo. Toda la vida había sido igual, inmaduro, egoísta, ciego, aferrado al trabajo como único norte. Y cuanto más solo se sentía como persona, como ser humano, más se volcaba en él.

Olga era tan distinta...

—¿La quieres de verdad? ¿Sinceramente? ¿Así de fácil?

¿Y si se engañaba? Ella no era como las demás. No tenía tiempo para estupideces.

—Es perfecta, y lo sabes. Enferma o no, es...

Se sintió derrotado al decir aquello en voz alta. Perfecta. Con y sin sida. Perfecta. Y él estaba dispuesto a estropear esa perfección, a darle lo peor y lo único que ella no merecía.

«Vete».

Esta vez sí, sus piernas le obedecieron. Se apartó de la esquina por última vez, levantó los ojos, se despidió de ella con un dolor desconocido atravesándole la razón «Sé feliz», le deseó.

Y justo al dar media vuelta se la encontró, de cara, sonriendo con aquella radiante ternura que tanto le sobrecogía el ánimo, algo congestionada porque acababa de llegar corriendo.

—¡Eh, que solo llego cinco minutos tarde! ¿Adónde ibas?

ALGO DE MAYO

16

Revelaciones

Todavía faltaban treinta minutos para el comienzo de la película, pero las entradas, conseguidas después de una buena cola, eran numeradas, así que no tenían prisa en apurar sus refrescos y salir de la terraza del bar, a menos de cincuenta metros de los cines.

Sentados uno frente al otro, mirándose, de tanto en tanto se veían atrapados en un singular silencio.

Un silencio tan vivo como sus encendidos y apasionados momentos de diálogo.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—Nada.

—Por lo general sois los chicos los que siempre que una chica está callada le preguntáis qué piensa. Y es bastante molesto. Suena a egocentrismo. Pero ya ves, en mi caso es al revés.

—A contracorriente.

—Un poco, sí. Puede que lo único bueno de nuestro estado es que nos da mayor libertad para ser directos, pasando de tonterías.

Jaime no dijo nada.

—Nunca hablas de lo que te sucede, ¿verdad?

—No.

—¿Negación o precaución?

—Las dos cosas, supongo.

—Va, dime, ¿en qué pensabas?

—En nada, en serio.

—Me estabas mirando con una cara así... —Imitó la suya, seria, concentrada—. Y uno no pone una cara así si no piensa en algo.

—Solo te miraba.

—¿Y qué veías?

—A una persona única, especial y maravillosa.

—Estás colado, ¿lo ves? —Olga se pavoneó con indisimulada satisfacción.

Lo desarmaba. Jaime no tenía fuerzas para luchar contra sí mismo y aún menos contra ella. En la esquina estaba dispuesto a irse. Pero ahora ya era tarde. La trampa se había cerrado. Quizá ella le perdonase un día, cuando se lo dijera, cuando ya no hubiese vuelta atrás, cuando...

Quería estar a su lado.

Verla todos los días.

Amarla.

—Vuelve a estar ahí —dijo ella.

—¿El qué?

—Esa mirada, esa sombra.

—Supongo que... no estaba muy preparado para esto.

—No, sigues preocupado. Se te nota.

—Apenas me conoces.

—A veces somos libros abiertos para otras personas. A mí se me han agudizado los sentidos desde que me dijeron que era seropositiva.

—No has vivido lo suficiente para saber cómo terminan esos libros.

—¡Huy, qué agudo!

—Es la verdad.

—Y qué amargo, ¿no?

—No te hago reír. Déjame ahora.

—¿Quieres tener nuestra primera pelea? Te advierto que me encantan las peleas, los gritos, perder el control. Luego las reconciliaciones son preciosas.

—Perdona —se excusó él.

Olga puso sus manos sobre las de él.

—Ya sé que soy muy joven, y tú muy, muy, muy mayor para mí. Pero existe la intuición.

—¿Y qué dice la tuya?

—Que guardas algo dentro de ti, lo cual es normal, porque todo el mundo lo hace, pero que aún no confías en mí. Y no es una recriminación, te lo juro. Me parece bien.

—Sí confío en ti. Más bien en quien no confío es en mí.

Le presionó ambas manos.

—Si no pruebas las cosas, no sabrás si pueden salir bien.

—Olga...

—No, en serio. Para esto sí tenemos tiempo. El otro día te asusté al preguntarte si viviríamos juntos en el caso de que esto... funcionara. Pero podemos vernos, conocernos más, y decidir luego.

—Siempre puedes volver a poner otro anuncio.

Ella retiró las manos.

—No seas cruel —musitó.

—No pretendía ser cruel, solo realista.

—Pues no seas realista. Ya tengo bastante realidad. Lo que quiero es vivir un sueño.

«¿Real o fingido?», estuvo a punto de preguntarle.

Un par de jóvenes, veinteañeros ambos, miraba a Olga desde una mesa vecina. También hablaban de ella, sin disimulo. Jaime les vio la cara de admiración, los ojos en celo, la avidez del depredador. No pasaba inadvertida. No era espectacular pero no pasaba inadvertida.

Atraía.

—No les hagas caso —le dijo ella.

—¿Te habías dado cuenta?

—Claro.

—No he visto que los miraras ni una sola vez.

—He tenido suficiente cuando hemos llegado, y al ir y volver del baño.

—¿Qué hacías estos meses cuando algún chico se te acercaba?

—Pasar.

—¿Sin más?

—No iba a decirle «tengo sida, tío; vete».

—Pensarían que ibas de dura, o de estrecha.

—Es su problema.

—¿Y si te hubiera gustado alguien?

—Eso no sucedió.

—Pero...

—No lo sé. Me sentía demasiado... vulnerable. ¿Cómo iba a ser libre para que me gustase un chico?

—¿Habrías aceptado a alguien sano a tu lado si le hubieras amado?

—Tampoco lo sé. Pienso que no. De todas formas me cerré por completo, así que eso difícilmente hubiera sido posible. Cuando comprendí que no sucedería nunca más, que no dejaría que se me acercasen y que debía partir de cero, puse el anuncio.

—¿Y si nadie te hubiera respondido?

—Sabía que lo harían.

—¿Por qué?

—Porque siempre hay alguien al otro lado, estés como estés, pase lo que pase, por mal que te encuentres.

—Eso es confiar mucho en el ser humano.

—No, eso es confiar en la vida.

—Puede que seas más lista que yo, y que el mundo entero sea tu libro abierto.

—Soy más lista que tú.

—Ah, ¿sí?

—Te he atraído hasta mí, ¿no?

—¿Te das cuenta de que la que me hace reír eres tú a mí?

—Encima.

—¿Encima de qué?

—Soy tu premio gordo, chico. —Le guiñó un ojo.

Se dejaron mecer por el nuevo silencio, más breve que los anteriores. Los dos jóvenes de la mesa próxima estallaron en una carcajada.

Olga acabó empujando los ojos hasta convertirlos en dos rendijas.

—¿Qué te sucedía antes?

—¿Cuándo?

—Al encontrarnos. Me acercaba a ti de espaldas, corriendo, y parecía como si espieras la casa, sin querer subir a ella. Como si estuvieras pensando en... marcharte.

Dominó sus músculos para que no lo traicionaran.

—Iba a dar la vuelta a la manzana para hacer tiempo.

—¿Has subido?

—No.

—Entonces ¿por qué querías hacer tiempo? Eran las cinco.

—No quería que se me notase muy ansioso llegando puntual.

—¿Llevabas mucho abajo?

—Un poco.

Olga sonrió. Le atrapó de nuevo las manos.

—Si hubieras subido te habrías encontrado con Gloria. Tiene ganas de echarte el ojo encima.

—¿Ella también...?

—No, no. Es normal.

Se le escapó. No fue premeditado. Pero los dos se quedaron prisioneros de aquella última expresión.

Aislados del mundo entero.

Jaime sintió la mirada de los dos jóvenes.

Y tuvo ganas de levantarse y emprenderla a golpes con ellos.

—Faltan cinco minutos para que empiece la peli. —La envolvió con una sonrisa de cariño—. ¿Nos vamos?

Fue en el cine cuando se dio cuenta de que Olga le recordaba a Charlize Theron.

No aparecía en la película. No tenía nada que ver con la actriz que la protagonizaba. Fue simplemente una reacción, un descubrimiento casual que apareció de pronto en su cabeza. Tampoco era importante, aunque le hizo gracia.

Hacía tiempo que pensaba que Charlize era la actriz más bella y sensual del momento.

La película era una comedia romántica con un poso de amargura. Se titulaba *Un poco de abril, algo de mayo, todo septiembre*. El chico y la chica se conocían a finales de abril y vivían un apasionado romance que estallaba a comienzos de mayo. Envueltos en sus mentiras y sus juegos, se separaban sin decirse la verdad y él regresaba a su ciudad no sin antes quedar en pasar las vacaciones de septiembre juntos.

En septiembre comprendían que se amaban pero que sus mentiras les ataban sin remisión, así que estaban condenados a separarse de nuevo y, tal vez, confiar en un futuro mejor.

La primera parte de la historia era la suya. Jaime se sintió atenazado. Olga y él se habían conocido a finales de abril y ya estaban en mayo. Su mentira persistía.

¿Tendrían ellos todo un septiembre?

En un momento de la parte final de la historia, ella le preguntaba a él:

—¿Te arrepientes de algo?

Y el protagonista respondía:

—Sí, de haberte conocido.

—Entonces ¿no ha habido nada bueno? —decía la chica llena de tristeza.

—Sí, haberte conocido. Has sido lo mejor que le ha sucedido a mi vida.

Fue cuando Olga le cogió de la mano.

Y ya no abandonó ese contacto en la recta final de la película.

En el último plano, los dos protagonistas, por separado, miraban el teléfono, tal vez pensando en llamar, tal vez esperando la llamada del otro. Un «The End» que tanto podía significar una cosa como otra, una distancia personal, humana, insalvable, o una esperanza.

—¿Tú qué crees, se llaman? —le preguntó Olga al levantarse de la butaca.

—En la realidad puede que no, pero en el cine... Sí, claro que se van a llamar. Es un final abierto.

—¿Y cuál de los dos hace esa llamada?

Lo meditó.

Y reconoció que, dadas las personalidades de ambos en la pantalla, no estaba seguro.

—No lo sé —admitió.

—Yo creo que él.

—¿Por qué?

—Porque la quiere más.

—No me lo ha parecido.

—Sí, él la ama de una forma diferente. Te lo dije el otro día: en la mayoría de las relaciones hay uno que ama más, por eso es tan difícil. Y el que más ama es más vulnerable.

—¿Eres psicóloga?

—No. ¿Qué hacemos?

—¿Qué te apetece?

—Pasear.

Se cogieron de la mano a la vez, y echaron a andar sin rumbo bajo la primera hora de la agradable noche. Pareció como si Olga no quisiera volver a los silencios, cortos o largos.

—¿Cómo algo puede ser lo mejor y lo peor al mismo tiempo? —dijo en referencia al diálogo de la película.

—Porque lo inevitable es a la vez bueno y malo.

—Tal vez. —Lo meditó.

—En el amor suelen darse los dos extremos, por eso dicen que del amor al odio solo hay un paso y viceversa. Es una pasión extrema.

—Me habría gustado hacer una encuesta a la salida del cine, a ver cuál de los tres finales creen que se producirá: no se llaman, llama él o llama ella.

—A la gente no le gustan los finales abiertos. Quieren que se lo den todo hecho, y más en una película romántica. Quieren el beso final mientras la música sube y la cámara se aleja. Necesitan evasión y no tener que pensar en los problemas de los demás cuando ni siquiera saben resolver los suyos.

—Echaba de menos discutir sobre cine, teatro o libros. —Olga le miró de soslayo—. ¿Cuándo me enseñarás tus fotos o algo que hayas escrito?

—Cuando quieras.

—¿Eres un buen fotógrafo?

—Normal.

—No, normal no. Has de ser bueno.

—¿Por qué?

—Se te ve en la mirada, esa determinación. —Puso las cejas rectas y plegó los labios formando un sesgo no menos horizontal en su expresión—. Tú no haces nada a medias o porque sí.

«Soy periodista», dijo una voz en su mente.

«Díselo», apremió otra.

—Nunca me han hecho una buena foto —continuó Olga—. Quiero decir profesional. ¿Dónde las publicas?

—En la prensa.

—¿No puedes ser más explícito?

—Es que no hay mucho que contar, en serio.

«¡Lo intento y no puedo!», le gritó a la voz.

—Hijo, qué parquedad. —Olga suspiró—. Por lo menos, mejor que mi trabajo sí que debe de ser.

—¿Qué haces tú? —De pronto le pareció asombroso que no se lo hubiese preguntado antes.

—Soy telefonista en una empresa. Me paso el día pulsando teclas y diciéndoles a las secretarias-barrera que preguntan por sus amos y a la gente que espere o que le paso. Tope emocionante. Tú por lo menos vas de un lado a otro, ves a personas, hablas de cosas...

Era su segunda afición. Buscaría sus mejores fotos.

Y todos aquellos cuentos medio escritos, o artículos, y...

—Los de la película éramos un poco nosotros, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? —Se envaró.

—Se conocen a finales de abril, llegan hasta comienzos de mayo...

—¿Y qué hacemos con junio, julio y agosto? —Buscó la forma de parecer ocurrente.

—¿No te das cuenta? —dijo Olga despacio—. Vivimos una existencia en la que no tendremos otoño, ni invierno. Llegaremos a septiembre y después...

Se detuvieron en la esquina donde se habían encontrado horas antes. Ya no quedaban más que rezagados por las calles, aprovechando los últimos minutos del domingo con sabor a primavera y promesa de verano. Fue Olga la que se quedó allí, de pronto, y se recostó contra la pared sin dejar de cogerle la mano.

Una larga mirada más.

—No quieres subir a conocer a Gloria, ¿verdad?

—Mejor que no.

—¿Temes que te haga un tercer grado, en plan mamá?

—No.

—Pues es capaz. Es una buena amiga, y le ha dado por protegerme.

Jaime pensó en Sandro.

—Escucha —Olga levantó su mano libre y le acarició la mejilla—, quiero que sepas que, pase lo que pase, me alegro de que fueras tú quien leyera mi anuncio.

—Pase lo que pase.

—Vamos acercándonos, pero todavía nos falta un poco.

—Empiezo a pensar que no.

—¡Uh!, ¿en serio?

—Te quiero.

Desplazó la mano de la mejilla a los labios y se los selló.

—Aún no digas eso, por favor.

—¿Por qué? —farfulló por entre la presión de sus dedos.

—Porque es fácil ver espejismos cuando se está en un desierto.

—Creía que tú también...

—Me gustas, Jaime. —Fue sincera—. Pese a que todavía no te sigo, ni te has abierto a mí, me gustas. Pero amar es otra cosa. Amar lo es todo. Cuando puse el anuncio ni siquiera pensé en el amor, solo en la compañía, en alguien que estuviera a mi lado y viceversa. El amor puede ser sencillo o grande, pero es único.

—No podrías vivir con una persona sin amarla.

—Llegué a creer que sí.

—Tú no eres como esas locas de las películas de catástrofes que van con un cartel diciendo: «No quiero morir virgen». Tú no tienes por qué regalarte a nadie por una caricia.

—¿Ves? —Un crepúsculo luminoso se adueñó de sus ojos—. Todavía no me conoces.

—Sí te conozco.

—No, me sobrevaloras. Aunque eso sí es una prueba de amor.

—Me dueles aquí. —Se tocó el estómago.

Sintió deseos de inclinarse sobre ella y besarla. Tal vez lo esperara. Se frenó una vez más, aunque en aquel instante ella era la viva imagen de la tentación, iluminada por tímidas luces laterales que diseminaban sombras morbosas en su figura. También se la imaginó desnuda, en sus brazos, en su cama.

Aunque allí, más que en ninguna otra parte, siempre serían tres: ellos dos y el sida.

Supo que Olga le leía la mente.

—¿Te da miedo volverte decrepito, quedarte sin fuerzas?

Dijo la verdad, aunque pensando en su vejez, no en la razón por la que se lo preguntaba ella.

—Sí.

—A mí ya no. Solo me asusta el dolor.

—Dijimos que no hablaríamos del sida.

—Perdona. Será la última vez. Necesito...

—No necesitamos nada. Ahora ya no.

Una vida detenida en septiembre. Olga era eso. Una vida con fecha de caducidad.

«Consumir antes de...».

Jaime sintió el zumbido.

—Esta ha sido nuestra tercera cita. Es el punto de inflexión.

—¿A qué te refieres?

—A que ya nos conocemos, sabemos lo que queremos y lo que esperamos, aunque siga viendo en tus ojos tanto miedo y ese algo que me

desconcierta.

—¿Ves desconcierto en mis ojos?

—Sí. Ni el amor que los ilumina ahora lo ha podido borrar.

—Eres increíble.

—No, no lo soy, aunque tampoco quiero parecer idiota, frívola, desesperada... No sabía con qué me iba a encontrar, ¿vale?, y tenía el listón muy bajo, muchísimo. Así que tú has sido más de lo que creía conseguir. Y me alegro. Me alegro tanto que ahora es cuando más miedo me da que salga mal. —Detuvo el intento de Jaime por hablar y su voz estuvo a punto de quebrarse—. Lo que más quiero en este mundo es vivir. Solo te pido que, si estás dispuesto, me ayudes a hacerlo y me dejes ayudarte a ti.

«¡Ahora!».

No fue un grito. Fue un alarido.

«¡Ahora! ¡Díselo! ¡Sálvate y sálvala!».

La quería. Era cierto. Podían intentarlo de otra forma...

—Olga he de decirte algo...

—No digas nada esta noche. —Volvió a ponerle la mano en la boca—. Nos damos dos días, ¿de acuerdo? Dos días para estar más seguros y hablar en serio. Esta noche solo hagamos lo que haría cualquier otra pareja, y más en una tercera cita.

Le quitó la mano de los labios, se acercó a él y lo besó.

Dulce, tierna, con generosa dulzura y a la vez con la mayor de las sensualidades.

Porque no fue un beso, fue una entrega.

Tras él, echó a correr en dirección a su casa.

Norberto estaba con un paciente, así que tuvo que esperar veinte minutos a que terminara con él. La enfermera lo trató con cortés frialdad pese a decirle que era «amigo del doctor» y que por esa razón no tenía hora. Por si acaso, se aseguró.

Ojeó algunas revistas en la sala de espera y también a las dos personas que llegaron después de él. Uno era un hombre joven con aire de despistado. Otra, una anciana de unos ochenta años o más, pero bien conservada. Su mayor signo de senectud consistía en llevar un bastón. Se preguntó qué pensaría Olga de los ancianos, un estado que jamás alcanzaría.

Tenía diecinueve años, con unas expectativas de vida de diez... Ni tan solo llegaría a saber lo que era la madurez.

Jaime se llevó una mano a los ojos.

No servía de nada pensar en ello, mortificarse.

Olga parecía no hacerlo.

Lo único que fluía de ella era amor, deseo, capacidad de dar y recibir.

Acabó con todas las revistas de cotilleo, en las que mujeres imposibles hablaban de sus estabilidad emocional, aunque llevasen enormes carreras de romances a modo de muescas en su alma, y en las que famosos de pacotilla pontificaban sobre lo divino y lo humano. Cuando dejó la última, volvió a observar a la anciana, con su piel apergaminada, porcelana añeja, una elegancia innata. En la época victoriana habría sido una gran dama. En la España de comienzos del siglo XXI era el largo lamento del tiempo.

En su memoria vivían los recuerdos, las imágenes de tantos seres queridos ya perdidos, las guerras de los hombres en forma de contienda civil o mundial, la esperanza de robarle al tiempo un día más, y un mes más, y un año más.

El propio Norberto asomó la cabeza por la puerta de su consulta para hacerle pasar.

—Oye —le dijo Jaime mientras le estrechaba la mano con calor—, si tienes mucho trabajo...

—Los dos que esperan pueden seguir esperando. Descuida. Pero podíamos haber quedado para comer o cenar.

—Hoy tendré un mal día en el periódico.

—Entonces no hay más que hablar. ¿Vienes en plan paciente o aún sigues con lo del otro día?

—Sigo con ello.

—Espero que rompas ese falso certificado médico y el análisis —le advirtió—. Podrías buscarme un lío, ya te lo dije.

—Tranquilo, hombre.

—Oh, sí, yo muy tranquilo —le observó con suspicacia—. ¡Que te conozco, Jaimito! Vamos, siéntate.

Ocupó una de las dos sillas enfrentadas a la mesa y Norberto se sentó en su butaca. Con su bata blanca y su incipiente calvicie no parecía ser de la misma cuerda que él, aunque un año y medio mayor. Habían estudiado juntos hasta la edad universitaria, y después siguieron viéndose, con Sandro. Mariano era el único al que perdieron la pista cuando se fue de la ciudad.

—¿Qué tal te sientes metido en la piel de un sidoso? —disparó el médico.

—Fatal.

—Pues imagínate ellos y ellas. ¿Qué has estado haciendo?

—Hablé con asociaciones, enfermos terminales... ya sabes, lo normal.

—Pero tú querías el test a tu nombre para ver a una mujer que había puesto un anuncio diciendo que era seropositiva.

—Sí.

—¿Y?

—Luego te lo cuento. Primero déjame que te haga unas preguntas.

—Adelante —le invitó.

—Desde tu punto de vista médico, ¿de qué forma crees que los seropositivos tiran para adelante?

—¿En qué sentido?

—Quiero decir con qué moral, qué les empuja y les anima a seguir, sabiendo como saben lo que les espera.

—Bueno, si has hablado con algunos, tendrás una perspectiva...

—Necesito la tuya, la del médico.

—Es difícil decirlo, Jaime. —Norberto adoptó un aire profesional—. No he tratado a muchos, porque no es mi campo. Si pido una prueba y detecto un seropositivo, lo envío al hospital. Pero te diré que como en todas las personas sentenciadas a muerte, sea por un cáncer terminal o por cualquier otra razón, lo que predomina es un gran sentimiento de comprensión una vez superada la rabia inicial, y con la comprensión llega una visión distinta de las cosas, del mundo entero.

—¿Son fuertes?

—Han de serlo. Y mientras la enfermedad no se les manifieste... Viven una vida normal. Vigilan, se cuidan, y ya está.

—¿Y cuando llegan los síntomas?

—Se desmoronan y aparece la segunda fase de resistencia.

—¿Todo eso del cóctel de fármacos...?

—Retrasa lo peor, lo alarga todo, te garantiza un proceso más digno, con efectos menos dramáticos, y hasta contiene en parte lo alarmante del deterioro físico, pero no hay vuelta atrás. Se trata de tener una calidad de vida dentro de los márgenes más humanos posibles. Últimamente se habla de poder reducir la ingestión de fármacos a una sola toma diaria para todos los afectados, pero es complicado. Si a uno le va bien algo, prefiere no arriesgarse. Hasta ahora, solo los pacientes que toman una familia de antivirales, los inhibidores de la transcriptasa, podían reducir sus tratamientos. Leí que hace unos días un comité de expertos de la Agencia de Alimentación y Medicina de Estados Unidos dio el visto bueno al atazanavir, un inhibidor de la proteasa que se toma una sola vez al día. Eso ampliará aún más la oferta de cócteles de dosificación diaria, según los médicos. O sea, que se sigue trabajando en esa calidad de vida antes y después de que la cosa se ponga mal.

—¿Vacuna a corto plazo?

—Una quimera. Hay avances, se progresa mucho, pero todo es muy lento. Desde comienzos de los ochenta se ha recorrido un largo camino, pero aún estamos lejos.

—¿Cómo es su vida íntima?

—¿Te refieres a... sexo?

—Sí.

—Como cualquier persona.

—Pero para las relaciones...

—¿Entre ellos?

—No, una contagiada y una persona sana.

—Preservativo.

—¿Y ya está?

—De entrada, no hay riesgo de contagio por un beso o por el contacto, ya lo sabes. La cosa es por vía sexual o sanguínea. De todas formas, ¿quién va a acostarse con alguien sabiendo que tiene el sida?

—Eso es lo que quería preguntarte. ¿Te acostarías con una mujer si lo supieras?

—¿Yo? No.

—Así de rotundo.

—Cada cual tiene sus cosas. Yo desde luego no soy un héroe. Vamos, es que lo más probable es que ni se me levantara; mira, tú.

—Estás casado con ella, o sin estar casado: es tu mujer, tu novia, tu compañera. La quieres. ¿Qué haces?

—Supongo que sería distinto, pero tendría que saberlo después, no antes, porque si lo supiera antes ya no habría la menor posibilidad de...

—Olvídate de ti. ¿Y la gente?

—No sé. Haz una encuesta. —Su tono era aséptico—. Mira, todo lo que tiene que ver con el sida a la gente le da pánico, así que lo rehúyen, le dan la espalda. Todavía sigue siendo un tema tabú. Es el gran desconocido. De entrada habría que acabar con la falsa idea de que es una enfermedad crónica. Encima, la mayoría aún cree que es cosa de drogas y gays. Si un heterosexual normal dice que lo tiene, cualquiera, en el fondo, piensa en drogas o en que es maricón. Y actualmente el mayor índice de riesgo lo tiene la población heterosexual y no vinculada a las drogas intravenosas. Y mucha gente joven, más de lo que pensamos, porque son los más locos y los que más pasan de todo. ¿Para qué van a hacerse el test si se sienten fuertes y seguros, no sospechan y piensan que no les va a pasar nunca nada? En el Día de la Prueba del Sida que se celebró no hace mucho se hacían tests gratis en plena calle, sacaban sangre y ya está, y los resultados se daban al cabo de una semana. Mucha gente se lo hizo, y luego no fueron a buscarlos. ¿Qué te

demuestra eso? Miedo. Da tanto miedo que prefieren no saberlo, y no entienden que detectar el VIH es fundamental para vivir más y mejor. Si yo fuera joven y promiscuo, me haría un test cada año. El cuarenta por ciento de los diagnósticos de sida actuales corresponden a personas que se infectaron hace años, y lo descubren cuando su sistema inmunológico ya no tiene capacidad de reacción. Esas personas, aunque inicien ahora un tratamiento, no tendrán el mismo pronóstico que quien lo descubre a tiempo. Oye —le miró de hito en hito volviendo al inicio de todo aquello—, ¿y a qué viene eso del sexo con relación al sida? ¿Qué te han dicho los que has entrevistado?

—No se trata de ellos, Norberto, se trata de mí.

—No te entiendo. —Sus ojos se agudizaron aún más, empequeñeciéndose mientras la duda lo asolaba—. Todo esto no es para tu artículo, ¿verdad?

—No.

—Chico, no me asustes. —Se envaró separando su espalda del respaldo del sillón.

Quería decírselo. Necesitaba decírselo. También era un problema médico.

—Me he enamorado del Ángel de la Muerte —manifestó con la mayor de las naturalidades posibles.

En la redacción del periódico el ambiente era el clásico de los lunes. Comentarios acerca de la jornada futbolística y poco más. Ni siquiera el último terremoto, el último atentado en Oriente Medio o la última reunión en la cumbre merecían una mayor atención. Los terremotos, los atentados y las cumbres eran cotidianas. Los goles del fin de semana no, siempre tenían algo de nuevo.

Jaime cruzó por entre las abigarradas mesas donde se escribía, se hablaba y se organizaba el ejemplar del día siguiente, aunque era temprano y los principales contenidos todavía se estaban produciendo en esos momentos tanto en España como en el mundo. De lejos, tras la cristalera del despacho de Elías, vio que el jefe de redacción no estaba solo. Llegó hasta su mesa y se entretuvo cinco minutos sin dejar de lanzar rápidas ojeadas en dirección a su objetivo.

—¿Todavía andas con ese reportaje? —dijo una voz a su espalda.

Volvió la cabeza. Era Juan, uno de los de Espectáculos con el que solía hablar a menudo porque tenían gustos comunes en materia musical.

—Sí, pero es... —Hizo un gesto de desagrado.

—No siempre se escribe de lo que a uno le gusta —se solidarizó Juan—. A mí me toca hoy ir al concierto de una de esas niñas de la tele.

—Ya.

—Te advierto que está fino. —Su compañero señaló el despacho de Elías.

—Pues qué bien.

—Hablamos luego, figura.

Jaime siguió esperando.

El jefe de redacción tardó otros diez minutos en acabar lo que estuviese debatiendo con su interlocutor. Jaime se levantó de su asiento al verlos acercarse a la puerta y ya estaba en ella cuando el visitante abandonó el lugar.

—¿Tienes un minuto? —Metió la cabeza por el hueco.

—A ti quería verte yo. Pasa —lo invitó con sequedad Elías.

Era un buen periodista, un gran profesional. Llevaba veinte años en el oficio y lo conocía a fondo. Que le hablase a su gente de tú no significaba una camaradería de colega, sino una forma de entender un trabajo que no tenía nada de común. En el fondo era el jefe, se hacía respetar, era tan cordial como duro, tan flexible como implacable. Y actuaba bien haciendo de intermediario entre el director y los periodistas, de a pie o de despacho.

Jaime no se sentó.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber Elías.

—Mal —reconoció él—. No creo que pueda escribirlo.

—¿Cómo dices? —La cara del jefe de redacción fue de incredulidad.

—Lo que oyes.

El que se sentó fue su superior, sin dejar de mirarle con fijeza.

—Dijiste que harías un trabajo de fondo, distinto, original, con un enfoque muy directo y personal...

—Sé lo que dije.

—¿Y pues?

No tenía argumentos. Eso era lo malo. Probablemente nunca en la vida un periodista le habría dicho a su jefe que no podía hacer un artículo o un reportaje.

Y menos por motivos tan personales.

—Si te digo que he cambiado de idea, que no puedo... ¿sería suficiente?
—Elías endureció el gesto.

—Escucha, Jaime. Eres bueno, has hecho algunas cosas más que decentes desde que llegaste, tienes ideas, estilo, y llevas esto en la sangre, pero... eso es todo. ¿Me captas? Eso es todo. De momento eres el último de la fila. No puedes abusar de tu suerte, ni proponer algo, tomarte un montón de días para desarrollarlo, y luego desdecirte. Todavía no eres quién como para hacer algo así.

—Lo sé y lo siento.

—No, no lo sabes. —Elías fue categórico—. Y me importa una puta mierda que lo sientas. Ese reportaje era el especial del dominical para dentro de dos semanas, y salía en portada. Tu primera portada. No me vengas con hostias. ¿Qué pasa?

—Es personal.

—Mira, Jaime —le apuntó con un dedo—, el trabajo de calle requiere estómago, y después mucha energía, y finalmente, cuando estás en el ordenador escribiendo, mucha pasión para digerir la frialdad y mucha frialdad para no dejarte llevar por la pasión. Cabeza despejada. Muy despejada. ¿La tienes tú así?

—Sí, pero no para esto.

—¡Joder, no es más que un reportaje sobre el sida en España en la actualidad, quiénes lo tienen, cómo viven, qué sienten! ¿Se puede saber qué te sucede?

—Por favor, Elías.

—¡No me vengas con chorradas! ¿Por favor? ¿Qué te crees que es esto, la facultad? ¡Creía que querías esa portada y ese trabajo! ¡Fue idea tuya!

—Ya lo sé.

—¡Y creía que matarías por él!

—Lo habría hecho. —Se sintió rendido.

Elías frunció el ceño.

—¿Te has involucrado?

No hubo respuesta.

—Jaime...

—Dame esta semana, ¿de acuerdo?

—¿No vas a contármelo?

—Ahora no puedo.

El jefe de redacción se rindió. Apretó las mandíbulas, se acodó sobre su mesa y respiró con mucha fuerza, desparramando un chorro de invisible aire entre él y su reportero.

—Aguirre se ha puesto enfermo —dijo con sequedad—. Maxi te pasará las notas de un suceso. Escríbelo.

—Elías...

—Ahora —le cortó.

Jaime acató la orden. El jefe de redacción ya estaba ocupado haciendo otra cosa. Salió del despacho en silencio, cabizbajo, con todas sus contradicciones cruzándose en torno a su centro de gravedad, y se dispuso a concentrarse como fuera en el artículo que le tocaba escribir.

Si además perdía el trabajo y se quedaba sin nada, sería peor.

21

¿Cuánto hacía que no cantaba?

Gloria se sorprendió al oírla. Cerró la puerta despacio, sin hacer ruido, y se acercó a la salita. Olga estaba limpiando, con el pijama ya puesto pese a no ser más que las ocho de la tarde y una expresión muy dulce en su rostro infantil.

Porque con aquel pijama rosa parecía una niña, una pequeña pantera como la de los dibujos, llena a rebosar de una deliciosa feminidad.

—¡Ah, hola!, ¿ya estás aquí? —la saludó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gloria.

—Claro, ¿qué pasa?

—Nada, nada.

Volvió sobre sus pasos y se metió en su habitación. Se desnudó, se puso cómoda, pasó por el baño y regresó a la salita. Olga estaba ahora en la cocina.

—Creía que volverías más tarde. Iba a preparar ensalada para acompañar lo que sobró ayer.

—Olga.

—¿Sí?

—Me das miedo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estás aquí. —Gloria puso la mano en posición horizontal a la altura de su frente para indicar lo alta que estaba ella.

—¿Y qué?

—Pues que de aquí —agitó la mano sin moverla de donde estaba inicialmente— hasta aquí —apuntó al suelo—, hay mucha distancia y el batacazo puede ser enorme.

—Gloria, por favor. —Olga hizo un mohín de disgusto—. No me estropees este momento.

—No te hagas la niña. —Su amiga se puso seria.

—¿Qué quieres? —Se cruzó de brazos.

—Que tengas los pies en el suelo.

—¡Ya tengo los pies en el suelo!

—No, no los tienes.

—Esto es lo que hay. —Volvió a separar los brazos y a mostrarle sus manos desnudas—. Me siento bien, y feliz.

—Sigo pensando que te has aferrado a un sueño.

—Y yo pienso que tienes más miedo tú que yo. ¡Ni siquiera lo conoces! ¡Te lo presento y juzgas!

—No.

—¿Por qué?

—¡Va demasiado rápido, y no quiero verme metida en medio, involucrada...!

—¡Ya lo estás! ¡Eres mi mejor amiga!

Eso fue contundente. Gloria se sintió acorralada.

—Le has visto tres veces, por Dios. No puedes estar tan loca.

—Mis padres se conocieron una mañana, por la noche se besaron, tres días después hicieron el amor y a la semana eran novios.

—¡Eran otros tiempos!

—Siempre son los mismos para el amor.

—¡Es que no es amor! ¡Es un espejismo! ¡Tú tomaste una decisión al poner ese anuncio, y ahora te aferras a ella, dispuesta a todo! Por lo que dices, él no lo tiene claro.

—Me quiere.

—¿Ya? ¿Así? —Chasqueó los dedos.

—Las circunstancias lo hacen todo excepcional.

—Olga, a ti te quiere todo el mundo, les gustas a todos, el vecino del quinto babea por ti, mi amigo Fran no hace más que preguntarme, por la calle te miran. ¡Les caes bien! ¡Eres dulce, tienes imán...!

—Y si supieran lo que me pasa echarían a correr.

—Solo digo...

—Sé lo que quieres decir, y ya lo hemos hablado mil veces. La palabra sida espanta, es tenebrosa. Puede que Jaime y yo estemos viviendo un sueño, atrapados por una ilusión. Pero nos ha devuelto la esperanza. Él no corre porque es como yo. Lo único malo es que aún no se ha enfrentado a la

verdad. Está desorientado. Parece como si no entendiera que lo tiene, se resiste.

—¿Y si está desesperado?

—¿En qué sentido?

—En el de pasar de todo, tratar de vivir al límite, odiar al mundo entero por lo que le sucede.

—Jaime no.

—Si se aprovecha de ti...

—¿Aprovechase? —Olga abrió unos ojos como platos—. ¿Estás loca? ¿Cuántas chicas seropositivas hay ahí fuera dispuestas a compartir algo como esto? Incluso tenemos una ventaja: nosotros sí sabemos cuánto durará lo nuestro y podemos aprovecharlo, mientras que las restantes parejas del mundo se unen sin saber si durarán toda la vida o acabarán matándose en unos años.

—¿Por qué no lo hablas con el médico?

—¿Qué he de hablar? ¡Es mi vida! ¡O lo que me queda de ella! ¡Dios!, ¿por qué no me ayudas?

Pareció a punto de llorar.

Gloria se sintió culpable, pero aun así...

—Sigue sonando a amor imposible —musitó.

La respuesta de Olga fue rápida y directa:

—No hay amores imposibles, solo idiotas con prejuicios.

Gloria vaciló. No supo si seguir, destrozando el buen ánimo de su amiga, arriar velas y claudicar, o abrazarla y pedirle perdón, aun yendo en contra de sus convicciones, de su miedo y de su inquietud. Todo lo que, desde el exterior, le hacía contemplar aquello con una profunda prevención.

No hizo nada ya que en ese instante sonó el teléfono de la casa.

Fue la primera en reaccionar, porque estaba en la puerta de la cocina. Caminó hasta la salita y regresó al minuto para avisarla.

Su cara era todo un interrogante.

—Es la madre de Darío —le dijo a Olga.

Jaime se pasó una vez más la lengua por los labios, en busca del sabor de Olga, tratando de recuperar una porción de su entrega perdida en algún recoveco de su piel, intentando capturar y retener toda la esencia de aquel primer y único beso.

Un único beso y, sin embargo, todo un mundo.

La puerta abierta.

Por primera vez en muchos días, sin necesidad de esperar a la mujer de la limpieza, había ordenado su habitación, arreglado la casa. Como si la esperase. Como si Olga pudiera materializarse allí en un segundo o, simplemente, llamar a la puerta.

Y no solo era la casa.

Había llenado los vacíos dejados por Almudena, en el armario, en la cómoda.

Después, mirando la cama, se había imaginado a Olga allí, con él, llenándolo todo con su vitalidad.

El beso le ardía en los labios, pero más en el alma.

Nunca había deseado tanto a una mujer.

Extrajo el móvil de su bolsillo. Habían quedado en darse cuarenta y ocho horas, dos días, y únicamente se encontraba a la mitad de ese tiempo. Disponía de veinticuatro horas para decidir, una vez más. Para callar su verdad y seguir con la mentira o contárselo todo a ella confiando en su perdón. En lo último que pensaba ya era en lo que en realidad debía ser el fiel de la balanza.

El sida.

El terror de los ochenta, la angustia de los noventa, la pandemia de comienzos del nuevo siglo. Media África se moría sin remisión y sin medicinas, el setenta por ciento de los contaminados en la Tierra se concentraban en el continente negro. Setenta mil niños nacían ya seropositivos en Sudáfrica cada año y uno de cada diez habitantes del país tenía el virus; una cuarta parte de la población de Botsuana estaba infectada,

cinco millones en Sudáfrica, tres millones y medio en Nigeria, un millón trescientos mil en la República Democrática del Congo, dos millones trescientos mil en Zimbabue, dos millones y medio en Kenia, dos millones cien mil en Etiopía, un millón y medio en Tanzania, un millón doscientos mil en Zambia, un millón cien mil en Mozambique, ochocientos mil en Costa de Marfil... En Zimbabue el sida había dejado también a setecientos ochenta mil niños huérfanos, seiscientos sesenta mil en Sudáfrica, quinientos setenta mil en Zambia... Fuera de África, la espiral seguía; como los diez millones de casos destapados en China tras años de bloqueo informativo, secretismo, marginación, horror y espanto. Cada país tenía sus propios secretos. Y la espiral no se detenía.

Continuó mirando el móvil, sentado en su cama.

—La cosa ya no está en si tú te arriesgarías, sino en si ella te querría sin estar a su altura, sin estar enfermo.

¿Qué clase de amor podía existir entre una persona sana y otra condenada a muerte? ¿De qué forma ella lo resistiría? ¿Y él?

La guerra de voces le hizo daño. La cabeza le estalló.

«Déjala», «No, si la pierdes perderás tu gran oportunidad. Es ella», «Nunca la tendrás», «Calla», «Habla», «Inténtalo»...

Tuvo un sobresalto al sonar el timbre del móvil. No lo esperaba. Lo aferró con la mano y comprobó el número en la pantalla. No le sonaba de nada. Alguien desconocido, o cuyo nombre no tenía memorizado. Abrió la línea y se lo llevó al oído mientras cerraba los ojos y buscaba un punto de inflexión para recuperarse.

—¿Sí?

—Hola.

Una voz femenina, juvenil, alegre, desconocida.

—Hola —dijo.

—¿Qué tal, monstruo?

—¿Quién eres?

—A ver si lo adivinas.

Odiaba ese juego. Solía colgar cuando alguien le empezaba a vacilar o no le daba una respuesta concreta. Pero ahora no cortó la comunicación. Esperó. Sentía curiosidad.

—No tengo ni idea.

—Piensa.

—¿Penélope Cruz?

—Las ganas. Yo soy mucho más asequible.

—¿Carmen, María, Marta, Pilar...?

—Conoces tú a muchas chicas... —le espetó la voz.

—No, pero son los nombres más comunes. Ahora dime quién eres o se acabó. Uno, dos, tres...

—Soy Soledad, bobo.

Sole. Tonteaba con ella antes y después de liarse con Almudena. Y ella con él aunque tenía un novio de gimnasio, pulido a base de horas y horas quitándose la mierda a base de sudor y esculpiendo abdominales a base de ejercicio. Siempre le decía que era perfecta salvo por ese detalle: el novio. Y ella le decía lo mismo cuando ya vivía con Almudena.

Simple juegos.

O tal vez no.

—Vaya, qué sorpresa —admitió.

—¿Cómo estás, golferas?

—Bien.

—Pues anda que yo...

—¿Tú qué?

—Superior.

—Me alegro por ti y por... ¿Cómo se llama?

—Se llamaba.

—Ah.

—¿Por qué te crees que estoy superior, tonto?

No, tal vez no habían sido juegos. Él ya no tenía a Almudena. Ella ya no tenía al cachas. Todo aquello de «si fueras libre» y «que pena que sea fiel»...

—Así que has roto.

—Ajá.

—¿Cuándo?

—Hace un mes.

—¿Y se acabó el luto?

—Ni una lágrima, tú. Pero me he dado cuenta de que cuando te retiras de la circulación, a poco que pasa el tiempo te desconectas.

Jaime pensó que él no lo llamaría circulación, sino escaparate.

—Y quieres a alguien para que te conecte de nuevo.

—Tal vez. —El tono acentuó su coquetería.

Tuvo deseos de reír. Y de llorar. Unos días antes ya estaría bajando por las escaleras para correr al encuentro de Sole y todas sus posibilidades, que eran muchas.

Ahora no.

Se dio cuenta entonces, con Soledad al otro lado, con aquella puerta abierta que, por primera vez, no sentía deseos de cruzar.

Tenía la cabeza llena de Olga.

Quería a Olga.

—Estoy liado, cariño. Lo siento. —Quiso ser amable.

—¡Huy, lo que te pierdes!

—Lo sé.

—¿No habrás vuelto con tu ex?

—No.

—Ya me decía mi madre que los periodistas y los abogados erais mala gente.

—Haz siempre caso de tu madre. —Suspiró—. Te llamaré.

—Eso suena a largas.

—Es lo que hay.

—Estabas en el número uno de mi lista.

—Seguro que es muy larga.

—Mira, eso sí, ¿ves?

—¿Y quién es el afortunado número dos?

—Que te lo voy a decir, hombre.

Se echó a reír. Y también ella.

Luego ya no hubo más que agregar. La despedida fue rápida. Se desearon lo mejor.

Lo mejor.

Jaime se quedó mirando el techo, perplejo, reflexivo.

Mitad en guerra, mitad en paz.

Unos segundos o una eternidad después se guardó el móvil en el bolsillo y se levantó de la cama. Fue directo a su mesa, pero no conectó el ordenador. Prefería escribir la carta a mano.

Hablando con Soledad lo había visto todo claro.

Ya no más mentiras.

Ninguna vida podía sustentarse en una mentira.

Venciendo la punzada en la sien, la opresión en el pecho y el vértigo que le proporcionaban la angustia y el miedo, su mano empezó a trenzar sobre el papel las palabras que le dictaban su razón y su corazón.

Olga respiró hondo antes de llamar a la puerta.

Jamás, ni en un millón de años, se habría imaginado allí de nuevo.

La vida era extraña.

Sabía lo que se iba a encontrar al otro lado. Sabía que se asomaría a su futuro, a su propio destino como persona condenada. Lo sabía todo y más. Y sin embargo estaba allí. Hubiera podido decirle que no, que pasaba, que bastante daño le había hecho ya, pero la madre de Darío apenas si le había dado opción. Primero aquel «Ven» dramático. Y después las lágrimas. Gloria había vuelto a decir que estaba loca.

—¿Por qué has de ir? ¡Él te contagió!

Pero loca o no, necesitaba verle por última vez.

Y saber por qué la llamaba en la recta final.

La madre de Darío parecía haber envejecido mil años. Estaba muy delgada, casi en los huesos, y ya vestía de luto anticipado, toda negra de pies a cabeza. El cabello se le había vuelto gris, las bolsas de los ojos eran dos globos hinchados, los labios apenas un sesgo horizontal sin carne. Con los pómulos tan salidos y la piel pegada al cráneo su aspecto era el de un cadáver ambulante.

Se emocionó al verla.

—Hija...

La había querido. Olga lo reconocía.

—Señora Amalia...

El abrazo fue denso, todavía con la puerta abierta. Cuando se separaron y la cerró, no se movieron del recibidor. La madre de Darío la observó con atención, buscando algo que no encontró y pareció aliviarla.

—Gracias por venir. —Suspiró rendida.

—¿Cómo está?

—Mal —reconoció ella—. Todo está siendo muy... rápido.

Le cayeron dos lágrimas por las mejillas. Resultaba extraordinario que todavía le quedaran. Olga pensó en su propia madre dentro de unos años,

cuando le tocase a ella.

—Lo siento, señora Amalia.

—Si muriendo él pudiera reparar el daño que te ha hecho, que Dios se lo lleve, pero... ¿Cómo estás tú?

—Bien, muy bien.

La mujer la tomó de ambas manos. Las tenía muy frías, mientras que las suyas estaban calientes.

—No sé para qué quiere verte —dijo expresando su desconcierto con el rostro—. Le dije que no vendrías. Dios... —le acarició la mejilla con la mano derecha—, fuiste lo mejor de su vida, y ya ves.

Tanto amor para nada.

Tanto daño para nada.

Ya no hubo más. La señora Amalia tiró de su mano y la arrastró sin esfuerzo. La habitación de Darío estaba al final del pasillo, junto a la cocina. La dejó en la puerta. La casa olía como siempre, pero con algo más, igual que si el fantasma de la muerte dejara un rastro a su paso.

—Os dejo solos. —La mujer suspiró.

Olga no dijo nada. Esperó a que la madre de Darío desapareciera y puso la mano en el tirador de la puerta. Allí mismo se había entregado a él. En aquella habitación convirtieron su sorpresa inicial y su pasmo en amor y sentido. Cruzaron el umbral. Ella misma llegó a creer que era el último.

Sueños.

Abrió la puerta conteniendo todas sus emociones y lo vio.

¿Podía gritarse en silencio? ¿Podía el alma echar a correr sin que el cuerpo se moviera? Ella gritó y echó a correr, y sin embargo no se oyó nada ni se movió de donde estaba. Por entre la penumbra dolorosa, postrado en su cama, intuyó más que vio los restos de la forma humana del hombre al que había amado.

Darío era guapo. Era. Ahora sus restos formaban una incierta forma que apenas si tenía ya nada de lo que en otro tiempo la fascinó. A ella y a las demás. Olga había visto enfermos de sida en películas, pero no en la vida real. Tuvo que tragar saliva y reunir un valor del que creía carecer. Dio un paso, dos, tres, y se detuvo junto a la cama sin saber muy bien qué hacer.

Cuando superó el desconcierto y el pánico, el asco y el impacto de aquella imagen lacerante, se le doblaron las rodillas y se sentó en la cama.

Darío entreabrió los ojos.

La miró.

Tardó en reconocerla, o en hablar.

—Olga...

—Hola, Darío.

—Gracias... por... venir.

La última vez que le había visto fue para abofetearle, para decirle que era un asesino, que su análisis también daba positivo.

—Necesitaba... irme... en paz —musitó el enfermo.

Olga no supo qué decir.

—Nunca te... pedí... perdón, ¿sabes? Nunca...

Intentó evitar las lágrimas, pero por primera vez en mucho tiempo no lo consiguió. Fueron dos, grandes, torrenciales, que se abocaron a sus ojos y resbalaron por las mejillas vencidas tanto por la caída como por su tamaño y peso.

Continuó quieta, sin moverse ni para limpiarse la cara.

—He tenido tiempo... de reflexionar... —dijo Darío—. Yo... lo siento, Olga. Lo siento...

—Yo también.

—¿Me odias?

Recordó una vez más el poema. Ahora con más motivo: «No odies a quien hayas amado».

Pero eso no era más que un poema.

—Sí —dijo de pronto—. Creo que sí, pero no por lo que te imaginas ni como te imaginas.

—Solo hay... una clase... de odio.

—Y es una palabra que debería borrarse del diccionario.

—Si pudiera... No sé...

—Pasó, y ahora es tarde para pensar en lo que pudo ser y no fue. Todo es distinto, aunque no sé si peor. Yo por lo menos he aprendido a valorar otras cosas. Veo la vida de otra forma.

Darío respiraba con fatiga. Daba la sensación de que cada suspiro pudiera ser el último, o como si fuera a fundirse de un momento a otro, extinguirse y desaparecer. Sus ojos estaban fijos en ella.

Idiota o no, la quiso.

Olga siempre lo supo.

—Me duele tanto... irme —manifestó el enfermo.

—Puede que nunca estuvieras aquí.

—Cariño...

Solía llamarla cariño. Olga sintió frío.

El mismo frío de su muerte que la alcanzaba a ella.

—Gracias por pedirme perdón. Lo necesitaba. Y gracias por hacerme venir.

—¿Por... qué?

—Porque ahora quiero vivir mucho más, y voy a luchar, y mantendré la esperanza cada minuto mientras pueda y la enfermedad no se me manifieste.

—Siempre fuiste... especial.

—Lo sé. Tan especial que te quise a ciegas y confié en ti.

—Fuiste... lo mejor de mi vida.

Olga pensó que ser lo mejor de una vida tan corta debía significar casi el todo.

Darío no ocultó la fatiga. Probablemente no había hablado tanto desde hacía días. Pugnó consigo mismo por mantener los ojos abiertos, y por permanecer consciente, hablar...

—No sé qué más... decir —exhaló.

—No digas nada —le pidió ella.

—Me gustaría... verte... sonreír por... última vez.

Ni siquiera lo intentó. Sabía que no podría, que jamás sería capaz de tanto. Le había perdonado sin dejar de odiarle. Estaba allí para escucharle y enfrentarse a lo que la esperaba. Pero era incapaz de sonreír.

Se enfrentó a sus ojos mientras él los cerraba despacio, sin dejar de respirar fatigosamente.

Luego se puso en pie.

—Adiós, Darío —susurró.

Bajó en la parada del autobús y echó a correr. No tenía por qué hacerlo, anochecía, ninguna prisa la empujaba, pero sentía la imperiosa necesidad de correr y correr, sentir sus piernas ágiles y veloces, el aire en el rostro, el corazón batiendo la sangre con intensidad a causa del esfuerzo.

Correr.

Y no huía. No podía escapar. Ni siquiera de la imagen de un Darío que ya la acompañaría el resto de sus días. Su carrera no tenía nada que ver con él, solo consigo misma.

Correr libre. Viva.

Pensaba en Jaime.

Pensaba en él más y más, queriendo que llegase el día siguiente para decirle que, después de todo, habían perdido dos días, que ella ya estaba dispuesta, que todo dependía de él.

Lista y preparada.

¿Y por qué esperar al día siguiente?

No tenía más que detenerse, sacar el móvil y llamarlo.

Olga se detuvo.

Pero no para extraer el móvil, sino para mirar a su alrededor, a cuanto la envolvía. Personas, coches, motos, casas, tiendas, árboles. Tuvo tantos deseos de gritar, de abrir los brazos y gritar a pleno pulmón, que le costó dominarse.

Gritar porque ella todavía tenía una oportunidad y se sentía feliz.

Extraordinario: feliz.

Venía de ver la muerte y lo que sentía era justo lo contrario: la vida. Y la esperanza. Jamás lo hubiera creído. En el corazón de las sombras latía una luz, y con ella crecía una ilusión.

Darío no la había sepultado en el dolor, al contrario, la había disparado hacia la vida.

—Jaime...

Sacó el móvil. Lo tenía bajo de batería, pero alcanzaba para hacer una llamada. Aún jadeaba por la carrera, así que primero atemperó su respiración.

Marcó el número despacio sin saber muy bien qué decirle ni cómo. ¿Y si él se sentía presionado, agobiado? Lo desechó. Lo apartó de su mente. Pulsó la última cifra y se lo llevó al oído. Un hombre que pasaba por su lado se giró para mirarla. Una pareja que se arrullaba en un portal no se dio cuenta de nada que no fuera la fusión de sus ternuras. En un escaparate unos letreros bastante cutres anunciaban que en mayo todo eran ventajas y grandes descuentos «porque la primavera nos vuelve a todos locos».

Jaime tenía el móvil desconectado.

Le salió el buzón de voz.

Vaciló un segundo, sin saber qué hacer o decir. No quería dejarle todo lo que sentía en un maldito mensaje. Pero tampoco quería cortar sin más. Encontraría la llamada perdida y se extrañaría de no escuchar su voz. Cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

—Te quiero —suspiró.

Le salió del alma. No pensaba en algo así. Pero lo dijo.

Luego cortó la comunicación y, aunque se guardó el móvil, continuó quieta en mitad de la calle, cerca de la pareja, del escaparate, y de otros hombres que, al pasar, volvían la cabeza para mirarla.

«¡Tengo el sida!», les gritaba su mente.

Reanudó el paso, ya sin correr. Estaba emocionada, sentía vértigo. Nadie sería capaz de entenderla. Gloria, la primera.

Gloria.

¿Y si tenía razón ella?

¿Amor o espejismo? ¿Magia o desesperación? ¿Realidad o necesidad?

Olga se miró en el espejo de un escaparate. Era ella misma, la de siempre, solo que ahora, en su cuerpo, había algo más. Su fragilidad, aquel aspecto de niña dulce, todo jugaba en su contra. Nunca sería fuerte más que para sí misma. Pero la fortaleza se medía con algo más que la resistencia frente a la derrota. En su caso la resistencia también dependía de no estar sola. Amaba el amor, así que lo necesitaba. Y estaba segura de que no se estaba imponiendo el de Jaime. Segura. Aunque para muchos, unos pocos días no fueran nada.

Jaime era distinto a ella, nada más.

—Vives de prestado —le dijo a la imagen del espejo—. Ya no tienes una vida, tienes un epílogo.

Se llevó la mano a los labios.

El beso había sido definitivo. Casi siempre bastaba con eso, con ese primer beso que disparaba los sentidos o los dormía. Después del beso lo tenía claro.

De acuerdo, estaba loca.

Loca por ser normal, o creerlo. Loca por vivir.

Reemprendió la marcha y pasó por aquella esquina donde le sorprendió esperándola. Flotaba. Nadie diría que venía de ver a la muerte. Nadie diría que estaba llena de aquel horror ni del espanto que producía. Sonreía y en esa sonrisa latía el desafío final. Llegó a su casa, subió a su piso y entró en él dispuesta a quemar la última espera.

Se encontró con Gloria, de pie.

—Hola, ¿qué haces aquí tan temprano?

—Te esperaba.

No le gustó el tono, ni la expresión.

El tono era adusto, amargo. La expresión, de resignado dolor.

—¿Qué pasa?

—Ven.

—Gloria, ¿qué pasa? —insistió Olga.

Llegaron a la salita. El periódico estaba encima de la mesa. Su compañera de piso se colocó a su lado sin llegar a cogerlo.

—Tu Jaime. ¿Qué te dijo?

—No es mi Jaime...

—Olga, ¿qué te dijo?

—¿De qué?

—De su trabajo.

—Que es fotógrafo.

—¿Solo fotógrafo?

—Sí.

—¿Jaime Torras Pastor?

—¡Sí!

Gloria extendió la mano y ahora sí atrapó el periódico. Estaba ya doblado por una de las páginas interiores. Se lo tendió a Olga. Lo primero que vio fue un titular acerca de un hombre que había estado propinando malos tratos a su

mujer desde hacía veinte años, sin que ella lo denunciara. Junto a la noticia y el artículo se incluían dos recuadros con informes y datos.

—No entiendo nada —reconoció.

—Mira la firma.

Miró la firma: Jaime Torras Pastor.

Olga frunció el ceño.

—¿Pero...?

Se puso pálida al comprenderlo de golpe.

—Es periodista, no fotógrafo —dijo Gloria, aunque ya no era necesario—. ¿Por qué iba a mentirte si...?

No concluyó sus palabras.

Olga volvió a mirar el periódico, aquella firma, aquella certeza. Pensó que no significaba nada, pero se dijo que lo significaba todo. Sus manos temblaron. Ahora sí, como en casa de Darío, sus rodillas amenazaron con doblarse y hacerla caer al suelo.

Se aferró aún más al pliego de hojas llenas de noticias y verdades.

—Lo siento, cariño —dijo Gloria.

El taxista aminoró la velocidad para buscar el número.

—Es ahí, a la izquierda —le indicó Jaime—. La casa del portal negro.

El hombre se arrimó al bordillo y detuvo el coche con suavidad. El importe destacaba con dígitos rojos en la pantallita del contador. Le entregó un billete de diez euros y esperó el cambio.

Ni una palabra de más.

Jaime se apeó y se quedó en la acera, con la carta en la mano.

Pesaba una tonelada.

No quería arrugarla, así que la llevaba tal cual, con los dedos doblados por encima del sobre. Pudo haber cogido un periódico para meterla dentro, o incluso una carpeta, pero no pensó en ello. La última hora se la había pasado mirándola, interpretando el futuro en clave de respuesta. Se la sabía de memoria.

«¿Y ahora qué?», se dijo.

Tenía dos opciones, dejarla en el buzón y cruzar los dedos, o subirla al piso, dársela en mano y hacer que la leyera estando él presente. Dos opciones muy distintas: la del cobarde y la del justo.

Era un cobarde.

Pero actuó de acuerdo con la justicia.

Se acercó al telefonillo para pulsar el timbre del piso cuando la puerta se abrió y por ella apareció una adolescente con un perro que tiraba desesperado de la correa para alcanzar la calle cuanto antes. La chica lo miró sin disimulo. Tendría unos dieciséis años, el desparpajo propio de la edad, y se sabía guapa, muy atractiva. Jaime sostuvo la puerta para que no se cerrara y ella pasó por su lado.

—¡Ya vale, Tresky! —le gritó al perro.

O a él.

Entró en el vestíbulo y miró los buzones. Una inercia final. Pasó de sus cantos de sirena y alcanzó el ascensor. Cada paso era una aproximación al

abismo. Ya no estaba seguro de nada, salvo de que la verdad era su única salida.

Una verdad difícil.

Mientras subía metro a metro cerró los ojos. No creía en dioses, verdaderos o falsos, pero sintió la extraña tentación de suplicar. Incluso de rezar. Pedir un milagro.

«No quiero hacerte daño».

¿Cómo se medía ese daño, en tiempo, en oportunidad, en un «después» incierto o en un «ahora demoledor»?

La cabeza empezó a darle vueltas.

Y más cuando la cabina se detuvo en la planta y tuvo que salir de su abstracción abriendo la puerta, empujando la carta.

Se le antojó que estaba muerto, y que veía la escena desde fuera, desde un estadio superior, con su cuerpo inerte actuando igual que un autómatas sin más voluntad que la de su inercia. Se vio a sí mismo llamando al timbre, y esperando, y escuchando los pasos al otro lado, y...

Al abrirse la puerta volvió a fusionarse.

Y a sentir.

Su corazón se disparó, se adelantó a sus reflejos. Fue incapaz de hacer o decir nada.

Olga.

Ella, cara a cara.

Envuelta en un halo de luz blanca que le confería una imagen hipnótica, casi celestial. La piel pálida, los ojos tristes y quebrados, los labios apenas esbozados. Llevaba una camiseta de un suave color amarillo y nada más. Le alcanzaba hasta la mitad de los muslos e iba descalza.

Un ángel, más que nunca.

Pero un ángel roto.

Fue la estatua de porcelana la que reaccionó primero.

—Solo te haré tres preguntas, y quiero la verdad.

Jaime se sintió atravesado por sus ojos, pero más por su voz. Atravesado y desnudo. La imagen de Olga le robó hasta el último aliento.

Levantó la mano con el sobre.

Olga ni reparó en él. Sus ojos seguían hundidos en los suyos.

—¿Eres el Jaime Torras Pastor que escribe en el periódico?

Jaime quiso gritar.

Echar a correr.

No hizo nada. Siguió quieto, sosteniendo el sobre que Olga se negaba a ver.

—Respóndeme, ¿quieres?

—Escucha...

—¿Eres tú? —le cortó ella igual que un flagelo.

Ya nada tenía sentido, salvo la verdad.

—Sí.

—¿Eres periodista?

—Sí.

—¿Eres seropositivo?

—No.

El silencio fue un disparo. Un disparo en el espacio de su breve universo personal. Los separaba apenas un metro de distancia, pero de pronto esta creció, y creció, hasta hacerse infinita. La mano que sostenía el sobre con la carta vaciló por penúltima vez.

Quiso cruzar aquella puerta y no pudo.

En primer lugar, porque estaba muerto. En segundo lugar, porque Gloria apareció por detrás de Olga y le puso las dos manos sobre los hombros.

—Vamos, cariño —le pidió su amiga.

—Por favor, espera... —Jaime rompió demasiado tarde su catarsis.

Le tendió el sobre.

El temblor final.

Ni Olga hizo nada por cogerlo, ni Gloria se apercibió de la desesperación de su gesto.

—Ya tienes tu reportaje —le despidió esta última.

Luego le cerró la puerta en las narices.

TODO SEPTIEMBRE

26

Sensaciones

La comida estaba en su recta final, los postres.

Sin televisión, hablando de cuanto se les ocurría, con la ventana abierta para resistir el incipiente calor. Un domingo apacible. Por mucho que cada vez le costara más ir a casa de sus padres, reír, fingir que todo iba bien, hacerse la despreocupada, resistir los ataques o las indirectas de uno y otra, con el único soporte de su hermana pequeña. Incluso Quico la pinchaba siempre de una forma u otra.

Prefería estar sola, en su piso, o meterse en un cine y evadirse durante dos horas.

A veces se preguntaba qué harían cuando tuvieran que cuidarla.

Olga engulló el último pedazo de helado. Cada comida de cada domingo era igual. No tenía hambre. Comía por comer, a fuerza de voluntad, a base de no desayunar por la mañana ni cenar la noche anterior. Y aun así seguía sin apetito. Su madre ya hacía algo más que insistirle en lo delgada que estaba.

Si cuando se pusiera enferma seguía igual, su cuerpo apenas ofrecería resistencia.

«Tengo tiempo», se decía a veces, y se lo repetía hasta la saciedad: «Tengo tiempo. A mí no me pasará rápido. Si el promedio o lo máximo son diez años, yo lo superaré. Yo sí».

Iba a levantarse de la mesa pero la pregunta de su padre la detuvo.

—¿Qué tal tu compañera de piso?

—Gloria, papá. Se llama Gloria.

—Es que nunca lo recuerdo.

—Ya.

—Te lo digo en serio —se defendió el hombre.

—Si vinieras alguna vez a mi casa, a cenar, o aunque fuera fingiendo que pasabas por allí...

—Olga.

—Sí, mamá. —Replegó velas. Y dirigiéndose a su padre respondió a su pregunta inicial con un lacónico—: Bien.

—¿Sigue igual?

—¿Igual cómo?

—Tan divertida, original... no sé.

Nunca pensó que Gloria fuese divertida u original.

Aunque eso era lo de menos.

—Sale con un chico. Se llama Ismael.

—¿En serio?

—Sale. Si va en serio o no... es otra cosa.

—Mamá, que hoy en día esto es distinto —intervino Luisa—. Salir con alguien no significa tener novio, y mucho menos pensar en boda o en vivir juntos.

—Sí, ya sé que me estoy quedando anticuada —espetó la mujer—. Según las películas, ahora a estar con una persona se le llama «tener una historia», y cuando preguntan «¿Estás saliendo con alguien?» se refieren literalmente a si se están acostando con él o con ella.

—¿Sales con alguien, Olga? —bromeó con agudeza Quico.

La patada por debajo de la mesa no lo encontró porque el chico ya la esperaba.

—Quico, no seas burro —le soltó Luisa, que era la que más fuerza tenía sobre él.

—¿Y qué harás si Gloria se casa o...?

—¿Quieres decir si me quedaré en la calle en el caso de que él se vaya a vivir a nuestra casa, mamá?

—Bueno... pues...

—Si Gloria se va a vivir o se casa con él, lo más seguro es que fuera ella la que se marchase, y yo me quedaría con el piso y otra compañera. Y si no, me lo buscaré yo. Será que no hay oferta.

Su madre hizo un gesto ambiguo.

—Ya —se limitó a decir.

Olga miró a su hermana Luisa.

¿Por qué les había costado tanto de aceptar? ¿Por qué su marcha había tenido que ser un trauma? La mayoría de los padres deseaba que sus hijos se

emanciparan y se fueran de casa. Bueno, ellos le dijeron que a los veintidós, veintitrés... lo habrían entendido, pero que a los diecinueve...

Demasiado joven para vivir, demasiado vieja para morir.

No, demasiado joven para todo, vivir y morir.

—Olga, antes de irte quiero enseñarte algo. —Ella captó la intención de la mirada de su hermana.

—¿Ya te vas? —se asustó su madre.

—No, mamá —repuso ella—. Hasta dentro de media hora.

—Media hora, ya ves.

Nunca los haría cambiar. A veces resultaban insoportables. Pero los quería. Al menos ella tenía a alguien.

Las dos hermanas se levantaron. Quico hizo el gesto, pero a Luisa le bastó con una de sus miradas para fulminarlo. Ella le dejaba discos, algún juego, y eso lo mantenía a raya. Salieron del comedor y se dirigieron a su habitación. Nada más cerrar la puerta, Olga suspiró:

—Cada semana igual, por Dios.

—Mamá se cree que tienes novio, o que sales con alguien que no quieres que ellos sepan.

—¿En serio?

—Más o menos.

—¡Jesús! —alucinó.

—De todas maneras es verdad que quería hablar contigo. Ven.

Se sentaron en la cama, y automáticamente Luisa bajó la voz para evitar que alguien, desde el pasillo, captara la palabra equivocada. Su tono se revistió de un ligero aire conspirador.

—¿Recuerdas lo que hablamos a comienzos de mayo?

—¿Lo tuyo con...?

—Sí.

—¿Ha pasado algo? —se preocupó Olga.

—No, mujer. —Luisa hizo un gesto lleno de naturalidad—. Pero tenías razón.

—¿En qué?

—Me lo ha pedido.

No dijo nada. Miró a Luisa. Solo eso. Quiso abrazarla pero se quedó quieta, a la espera.

—Va más rápido de lo que pensé —repuso la chica manteniendo su tono más normal y distendido—. Ya no se trata tan solo de besos y caricias.

—¿Lo habéis hecho?

—¡No! ¡Qué manía!

—¿Hasta dónde habéis llegado?

—Toqueteos, ya sabes.

—O sea, el uno al otro...

—Sí.

—¿Y cómo lo ves?

—No estoy segura —vaciló Luisa por primera vez.

—¿Le quieres?

—Me gusta mucho, sí.

—No te he preguntado si te gusta, sino si le quieres.

—Le quiero —afirmó con paciencia.

—Tienes dieciséis años —le recordó Olga.

—Cumpló diecisiete el mes que viene.

—Como si tuvieras dieciocho.

—¡Mujer!

—Oye, lo hagas con quien lo hagas, siempre será el primero, y vas a recordarlo el resto de tu vida. De ti depende que sea un recuerdo hermoso, aunque no llegue a nada después, o que sea un mal recuerdo, como les sucede a la mayoría por precipitarse.

—Yo no me precipito.

—A mí me parece que sí, pero eso es cosa tuya. No voy a ser yo la que te diga que lo hagas o no lo hagas, porque es tu decisión. De todas formas me siento orgullosa de que hayas confiado en mí. Las amigas no sirven para eso.

—¿Por qué no?

—¿A que la mayoría de tus amigas te han dicho que ya lo han hecho y que es fantástico?

—Todas, no, pero... casi. —Luisa sonrió.

—La mitad miente. Tienen unas ganas locas pero siguen tal cual. Y la otra mitad sí, es posible que lo hayan hecho, pero ya se están arrepintiendo y

no quieren reconocerlo. Por eso alardean de lo bueno que es y lo que sintieron y que no les dolió y...

—Caray. —Su hermana pequeña se estremeció.

—Pues eso.

—Es que lo dices como si... no sé... Como si fuera una guerra.

—No es una guerra: es muy bonito, si se hace con la persona adecuada y en el momento adecuado. La persona adecuada es la que amas, pero sin dudas ni segundas intenciones, sin reservas, no por probar o porque piensas que ya es hora o lo que sea. Y el momento adecuado es con una buena planificación, para saborearlo antes, disfrutar la espera. Esos a los que les da el sarpullido a las cuatro de la mañana, porque han bebido o han tomado algo, y se meten en un coche, con lo incómodo que debe de resultar, o en el suelo de un cuarto de baño... ¡por Dios!

—¿Por qué eres tan dura?

—No lo soy. Te digo lo que hay.

—O sea, que a ti te fue fatal.

Se quedó sin habla.

Y tardó demasiado en reaccionar.

—Yo a ti te lo cuento... —repuso Luisa con un leve toque de timidez.

—Nunca me tomes como modelo, ejemplo o referencia. —Fue categórica—. De todas formas... —suspiró rindiéndose—, si te sirve de algo te diré que sí, que fue desastroso.

—¿Qué pasó?

—Pasó que él era un imbécil, y que yo caí. Creía que era amor, estaba dispuesta a dárselo todo... y se lo di. —Miró a Luisa y le cogió una mano con las suyas, para sentirla mientras se lo contaba—. De entrada fue doloroso, porque mentalmente estaba abierta pero fisiológicamente no. Pero lo peor ni siquiera fue eso, sino la vergüenza. No estaba preparada, tenía mucho sentido de culpa. Me tapé los ojos, ¿puedes creerlo? Me tapé los ojos para no verle desnudo, y que él me viera a mí tal cual... bueno, fue delirante. Me pasé los cinco minutos con los ojos cerrados y agarrotada. Porque solo fueron cinco minutos, o menos. Se lo hizo muy rápido. Después, y dado que lo quería, y mucho, sí, lo recuerdo todo con más gratitud, especialmente al terminar,

cuando nos quedamos en la cama, abrazados, quietos. Y las otras veces la cosa mejoró, aunque acabó muy rápido.

—¿Fue con aquel chico, Darío?

—No. Se llamaba Iñaki.

—¿Quién cortó?

—Él pasó de mí.

—Qué cerdo.

—No importa que no saliera bien. No hablamos de eso, sino del acto, de lo que representa para nosotras, de lo que significa dar ese paso y con quién. En el fondo es lo máximo, ¿entiendes? Significa dar y recibir, entregarte a alguien y acoger su propia entrega. Es una explosión de los sentidos, al cincuenta por ciento. No solo depende de ti, sino de que él no sea un cretino y colabore. Y créeme, a vuestra edad, la mayoría son cretinos.

—Jo, tía.

Olga ya no pudo retenerse más. La abrazó, con fuerza. Las dos lágrimas se detuvieron en sus pupilas. Abortó algo más que ese gesto.

No podía querer más a alguien con su misma sangre de lo que la quería a ella.

—Ahora olvídate de lo que te he dicho. —Suspiró con vehemencia—. Olvídate, sigue tu instinto y equivócate sola, como todo el mundo. Es tu derecho.

Soledad estaba radiante, muy guapa. Era la clásica mujer que causaba sensación en cualquier parte y llevase lo que llevase. Si encima se ponía espléndida para salir, con la ropa conjuntada, el maquillaje perfecto y el cabello como recién lavado por uno de esos champús milagrosos que anunciaban por televisión... El resultado era de impacto.

Echaron a andar juntos, sus primeros pasos.

—¡Bueno, por fin! —exclamó ella.

—Por fin —repitió él a modo de eco.

—Me ha costado convencerte, ¿eh?

—No digas eso, mujer. Te he llamado yo, ¿no?

—¡Después de que yo te llamara dos veces! —protestó airada.

Le lanzó una mirada de reojo. La palabra que mejor la definía era «potente». No tenía desperdicio. Cualquiera babearía por ella, y ella lo sabía. Jaime no entendía muy bien su fijación por él, porque ciertamente Soledad no había tirado la toalla.

Hasta el momento en que se preguntó: «¿Y por qué no?».

No iba a casarse con ella.

Solo salir, pasarlo bien, la promesa de una explosión sensual.

Necesitaba arrancarse a Olga de la cabeza.

—Va, cuenta, hombre importante.

—No hay mucho que contar. He estado muy liado con el trabajo.

—Sí, eso lo sé. Y es lo tuyo.

—En verano hay que hacer suplencias de los que se van de vacaciones, y no ha sido únicamente eso. Estas semanas pasadas parece como si las movidas se hubieran multiplicado.

—Y si no, tú eres de los que se las busca.

—No, mujer.

—Oye, que me parece bien —se justificó—. Es tu trabajo y te encanta, cosa que no todos pueden decir. Ya me gustaría a mí hacer algo como lo que haces tú, moverte por la calle, hacer preguntas, investigar...

—Luego hay que escribirlo.

—¡Ay, me encanta cómo escribes! —Le propinó un leve golpe con el codo—. A veces no entiendo ni media pero me encanta.

—Eres increíble.

—Sí, ¿verdad? —Le mostró una sonrisa de oreja a oreja—. Luego me explicarás una serie de cosas que no entiendo. A ver si tú me las aclaras, porque llevamos un verano...

—Medio mundo se ha vuelto loco y el otro medio ya lo estaba...

—¿Nosotros en qué parte encajamos? —Sole se echó a reír.

—Yo ya estaba loco.

—Yo también. —Se le colgó del brazo sin más—. Venga, ¿adónde me llevas a cenar?

—¿Qué te apetece?

—Me da lo mismo. Nunca he sido una bocas. Para mí la cena solo es una necesidad previa a un buen bailoteo o cualquier movida guapa.

—Entonces...

—Por la avenida hay muchos restaurantes, italianos, mexicanos, carne, pescado, hasta pakistaníes.

—Paso de orientales.

—Yo desde que estuve en México me he aficionado a las tortitas, los frijoles, los jalapeños, los nachos...

—Pues mexicano.

Otra docena de pasos. Jaime seguía lanzándole miradas de soslayo. Soledad se apoyaba ya en su brazo, con entrega, sin cortarse. Y era un peso agradable, equilibrado y excitante. Siguió el perfil de su nariz roma, los labios pintados de rojo magenta, los ojos negros. Pero lo que más le alcanzaba era el olor, un perfume de los que cabía calificar, cuanto menos, de subyugante. La falda supercorta, el ombligo al aire, el ajustado top marcando sus senos...

Era un anuncio.

Lo reclamaba a él.

—En serio, ¿qué ha sido de tu vida últimamente?

Estaban en un semáforo, aguardando reanudar el paso. Se miraron a los ojos. En los de ella vio promesas, quizá un grito. En el fondo todo el mundo

gritaba en silencio, al otro lado de su propia soledad.

Olga ya no estaba.

Y allí, a su lado, estallando como una granada en primavera, la dorada humedad del mejor antídoto esperaba.

—He pasado por una fase de reorganización —dijo sin comprometerse demasiado.

—Sí, sé a qué te refieres —convino ella—. Cuando crees tener algo serio y se desvanece te quedas... como desnudo.

—¿Y crees que es bueno que dos personas rebotadas salgan juntas?

—Yo no me siento rebotada. —Reanudaron el paso al ponerse el semáforo en verde—. Aunque me da que tú... mucha fachada, pero en el fondo eres más romántico que...

—¿Eso es malo?

—¡Es genial! Quedan pocos.

—¿Ya no se lleva el hombre hombre?

—Se lleva lo que se puede, cielo, pero a la larga los que ganáis siempre sois los mismos.

—¿Así que tú eres el premio?

—Pues mira, sí —asintió vehemente—. Pero no te me pongas cínico, ¿vale?

—Un cínico es un realista visto por un idealista.

—¿Qué has dicho? —Frunció el ceño intentando captar la sutileza.

—¿Y tú, no has salido con nadie durante este tiempo?

—Un par de memos que no me llegaban ni a la altura del tobillo, un ejecutivo macizo pero tonto del culo y un separado con más traumas en la cabeza y más heridas de guerra que cuerpo para soportarlas.

—Un asco.

—Y que lo digas. Está visto que una tía de veinticinco años ya empieza a tenerlo crudo hoy en día.

—Tú nunca tendrás problemas para vivir.

—¡Huy, vivir! ¡Lo dices en plan terminal!

—Es lo que hay. —Doblaron la última esquina y llegaron a la avenida, cerrada al tráfico, rebosante de terrazas y de gente que buscaba el frescor de la noche canicular—. ¿Tu ex...?

—¡Eh, eh! —le cortó—. No vamos a hablar de mi ex ni de tu ex, ¿vale? ¡Solo faltaría eso! ¡Es nuestra noche, chato! ¡Nuestra primera noche! ¡Y vamos a romperla! ¿O no?

Era lo más deseable que cualquier hombre podía necesitar, y más en su circunstancia. Un antídoto. Y era abierta, divertida, loca...

Entonces ¿por qué pensaba en Olga?

¿Por qué seguía viviendo del recuerdo de aquel beso, que ahora sentía como un único vestigio de su pasado con ella, igual que si con él hubiesen hecho el amor?

Se sintió furioso.

Hecho una mierda y furioso.

—Claro que sí. —Apretó las mandíbulas. Y repitió con mayor énfasis—: ¡Claro que sí!

«Romper la noche», como acababa de decir Sole. De cabeza.

Necesitaba justo aquello, una relación sin futuro, una terapia. Para enterrar el recuerdo póstumo de Almudena. Para borrar a Olga. Y sobre todo para olvidarse de sí mismo.

Se soltó del brazo de su compañera y se lo pasó por encima de los hombros.

—Allí está el mexicano —indicó ella apretándose contra él.

Las visitas al médico eran de rutina, pero las temía. Lo pasaba mal a lo largo de la semana, y al acercarse el día se sentía fatal, mareada, predispuesta a todo, con el humor por los suelos y una sensación de vacío que se extendía por su cuerpo y su ser hasta inutilizarla por completo. Aquella mañana, sin ir más lejos, había vomitado. En el trabajo tampoco estaban demasiado contentos con sus ausencias. Cualquier día la despedirían y entonces ¿qué? Bastante justa iba ya en todo.

Lo peor era ir sola.

No quería que Gloria la acompañase. Una vez, bueno, pero más, ya no. También ella tenía su vida, sin soportar cargas de los demás. Así que temía el día en que el médico pudiera decirle que la cosa iba a peor, porque entonces se hundiría.

Volvería sola a casa y se enfrentaría a la fase decisiva de...

—Bueno, bueno, bueno. Todo está perfecto, Olga.

—¿Qué?

—Como un toro —repitió el médico—. Aunque me preocupa que hayas perdido peso.

Estaba bien.

Prueba superada.

Sacó todo el aire retenido en sus pulmones y se dio cuenta de que había estado tan agarrotada que le dolía todo. Pero lo más extraño era que mientras escuchaba el veredicto del doctor, su cabeza no estuviese allí.

En fin, todo era extraño en su vida.

—Gracias. —Suspiró.

—No tienes por qué dárme las. Ojalá pudiera hacer más, cariño. Pero en serio, has perdido peso y eso sí que es preocupante. ¿No comes?

—Sí.

—Pues algo te ha sucedido.

—Bueno, algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—El chico que me contagié murió.

—Lo siento.

—Fui a verle y...

El doctor Tarradellas no dijo nada, aunque sus ojos se empequeñecieron un poco. Era un hombre mayor, de unos cincuenta años, afable y risueño. Inspiraba confianza y Olga se la tenía.

—No debes dejarte arrastrar por lo negativo —le recordó finalmente—. Tu predisposición ha de ayudarte tanto como la mejor de las terapias. Recuerda lo que te digo siempre: tu cabeza es la mejor medicina. No subestimes el poder de la mente.

—Intento ser optimista, ya me conoce. Pero a veces...

—A veces tocas fondo.

—Sí.

—¿Por qué fuiste a ver a ese muchacho?

—Me llamó. Quería pedirme perdón.

—No quisiera inmiscuirme en tu vida privada pero... ¿todavía le querías?

—No, eso no. Quería al que era antes, y murió cuando nos separamos.

—¿Te causó impresión verle?

—Mucha.

—No deberías haber...

—Lo sé —le interrumpió—. Aunque puede que también lo necesitare.

Se quedaron mirando el uno al otro antes de que el hombre recuperara su tono más profesional.

—Olga, yo no puedo hacer mucho más, pero tú sí. Cuídate, come, sal, diviértete. La vida no ha terminado. Actúa con naturalidad. No esquives la verdad, pero tampoco te sometas a ella y a su dictadura. Es esencial tu calidad de vida. Vivirás muchos años, créeme.

—Esto a veces te traiciona. —Olga se tocó la frente.

—En tu caso haz que prevalezca esto. —El médico se tocó el corazón—. ¿Sales con alguien?

—No.

—Hazlo.

—¿Así de fácil?

—Eres joven, muy atractiva, tienes algo especial y lo sabes. Úsalo.

—¿Quién va a querer salir conmigo?

—Inténtalo.

—Ya lo hice, y no funcionó.

—¿Era seropositivo?

—No.

—¿Sabía él que tú...?

—Sí.

—Escucha, cariño —el doctor Tarradellas buscó las palabras más adecuadas—, nadie sabe cuando uno va a morir, no todos llegamos a viejos. Ni siquiera tú tienes un reloj fijado de antemano.

—Pero tarde o temprano se me manifestarán los síntomas.

—Incluso en eso no hay reglas fijas. Puedes vivir unos años maravillosos. ¿Que nunca serán suficientes? De acuerdo. Pero maravillosos al fin y al cabo. Y siempre es mejor un tiempo feliz, por breve que sea, que un largo tiempo de desdicha. Tú no eres de las que se rinde.

—Si salgo con alguien y le digo que tengo el sida, echa a correr, y si no se lo digo, si dejo que se haga ilusiones, le estoy engañando.

—Siempre existe un término medio. Debes buscarlo. Ahí afuera —señaló la ventana—, no todo el mundo es idiota, ni está tan mal informado. ¿Quieres salir conmigo?

—No se atrevería. —Logró hacerla reír.

—¿Que no? —El médico alzó las cejas—. Mi esposa falleció el año pasado. Cáncer. Soy libre.

—Lo siento.

—Creí que me moría, que era el fin. Para mí no hubo nadie más. La conocí en la adolescencia, fue mi primer amor, y nos casamos cuando acabé la carrera. ¿Sabes qué es ser médico y no poder hacer nada por la persona a la que más amas? Y sin embargo yo sigo aquí, y he de vivir, ahora no solo por mí, sino también por ella. No puedo traicionar su memoria rindiéndome sin más.

Olga sostuvo su mirada.

Creía ver a Jaime en todo el mundo, incluso en el doctor Tarradellas.

—No estés sola en esto, cariño —pareció suplicarle.

—Está bien —aceptó sin saber qué más decir.

La visita tocaba a su fin. El resto fue un ritual. Levantarse, despedirse, salir de allí, abandonar el edificio, llegar hasta la calle batida por el sol del verano...

Caminó hasta la parada del autobús.

Mientras lo esperaba, semioculta por las restantes personas que se protegían bajo la marquesina del implacable calor, miró hacia la otra acera y tuvo uno de sus sobresaltos.

Uno, dos, tres segundos. Y luego nada.

No era él.

No era Jaime.

Pero resultaba asombroso que creyera verle en todas partes, sin sacárselo de la cabeza. Asombroso porque lo reconocía en un sinfín de hombres que pasaban cerca o lejos de ella. Asombroso porque cada vez que sucedía eso su corazón la traicionaba y se le disparaba con una batida de latidos demoledores que amenazaban con destrozarle el pecho. Y no solo era cuando creía reconocerlo. Lo peor eran sus noches, imaginándolo, soñándolo.

Tampoco a él podía odiarle.

Un hombre, a su lado, leía el periódico. El mismo periódico en el que escribía Jaime. Los días siguientes a su separación lo compró, sin faltar uno. Quería ver qué escribía, cómo, cuándo. Pero no hubo reportaje, ningún artículo. Nada.

Aún se preguntaba por qué.

Todavía no entendía...

Algo no encajaba, y ya era tarde para volver atrás. Aquella noche, cuando Gloria le cerró la puerta, tal vez lo que hizo en el fondo fue sellar su propio abismo.

Lo peor de pensar en Jaime era tener que reaccionar.

Enfrentarse al siguiente paso.

Se acercaba un autobús. La gente se arremolinó en la acera para tomarlo al asalto.

Veía muy poco a Sandro. Entre el trabajo, las vacaciones, y que su amigo vivía una perpetua luna de miel con Lidia, las distancias se hacían cada vez mayores. Quedaba el teléfono, aunque no fuese lo mismo.

—Estás cambiado —le dijo Jaime.

—¿No me digas que la buena vida ya está haciendo que me engorde? —se asustó.

—No, me refiero a cambiado de... bueno, no sé, la mirada, el ánimo.

—Mi madre me dijo el otro día que tenía luz en la cara.

—Pues será eso.

—Así que debo de parecer una lámpara —se burló de sí mismo.

—Lo cierto es que se te ve tan bien que es para darte de hostias.

Sandro soltó una carcajada. Se recuperó y bebió un sorbo de su granizado de limón.

—Lo cierto es que estoy genial —reconoció—. Lidia es única, y funcionamos muy bien, en todos los sentidos.

—Que dure. —Jaime alzó su vaso para brindar.

—Durará —dijo su amigo.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Antes salía con una chica y tenía la plena intuición de la temporalidad. Ahora es distinto. Siento que quiero envejecer con Lidia. No te digo que quiera, sino que lo siento, que es muy distinto.

—¿Hijos y todo eso?

—Hijos y todo eso.

—Quién te ha visto y quién te ve.

—Todos caemos, antes o después. Y pienso que este es el momento preciso para mí. He tenido suerte.

—Sí —admitió Jaime.

—¿Qué tal tú con Sole?

Era la pregunta del millón.

¿Qué tal él con Sole?

Le tocó a él encogerse de hombros.

—Es una tía ideal para pasarlo bien, sin problemas —dijo Sandro—. No creo que sea de las que quiera casarse.

—No, eso no, te lo aseguro. —Esbozó una sonrisa.

—Pero...

—Echo de menos a Olga.

—¿En serio?

—Sí, mucho.

—Así que sales con Sole como... terapia, sustitutivo, lo que sea.

—Más bien.

—Eso es una putada.

—Ya.

—Para ti, me refiero.

—Me parece que Sole lo sabe, aunque ella cree que sigo colgado de Almudena.

—¿Y es así?

—No, Almudena pasó, eso te lo aseguro. Ya está saliendo con uno, me lo dijo el otro día su prima.

—Jaime, ¿de verdad te habrías atado a una chica con las horas contadas, alguien a quien da miedo tocar, con la que no habrías podido hacer el amor sin tomar todas las precauciones del mundo...?

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—Le he dado muchas vueltas a eso —dijo—. Los pros, los contras...

—Los escasos pros y los muchos contras —lo interrumpió su amigo.

—Los pros, los contras —repitió Jaime—, y lo único que sé es que la echo de menos.

—¡Fue una especie de chute, confundiste trabajo con amor, o necesidad, o lo que fuera, porque te pilló después de lo de Almudena!

—Tú no la conociste. Era especial.

—De acuerdo, lo era, ¿y qué? ¡Por Dios, Jaime!

—Escucha —habló despacio—. Tú eras como yo hasta que encontraste a Lidia. Ahora resulta que tienes luz en la expresión, ya ves. ¿Qué puedo decir? Nada más verla sentí algo, y no me digas que era por saber que tenía el sida.

—Evitó que Sandro metiera baza—. Vulnerable o no por lo de Almudena, lo cierto es que se me metió aquí —se tocó la cabeza—, y luego se apoderó de esto —se tocó el pecho a la altura del corazón—. Hace un par de años me hubiera reído de mí mismo oyéndome hablar así de cursi, pero ahora no me importa. Me enamoré. —Miró a su amigo—. Me enamoré y la cagué. No supe hacerlo bien, desde el primer momento.

—Era una causa perdida. ¡Comenzó con una mentira! Si le dices que no tienes el sida, no se habría acercado a ti, y diciéndole la verdad la perdías después. Olvídala.

—No puedo.

—¿Y qué vas a hacer?

—¡No lo sé! —Se crispó un poco.

—Solo tienes dos caminos —Sandro habló con un punto de reflexión—: ir a verla y pedirle perdón, o comprender que es mucho mejor dejar las cosas como están y darte tiempo para olvidarla.

—Cuando Almudena me dejó pasé unos meses fatal. Ahora son peores. No voy a olvidarla. A ella no.

—Un día, dentro de muchos años, agradecerás que todo terminara así, y haber conocido a tu propia Lidia, con la que vivirás, tendrás hijos, nietos...

—¿Y quién piensa en eso ahora?

Sandro captó toda la amarga tristeza de su voz y de sus ojos.

—¿Llegaste a escribir ese reportaje?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no pude.

—¿Qué te dijeron en el periódico?

—Casi me echan. Ni siquiera le pasé mis notas a otro. Se canceló y punto. Desde entonces estoy en la cuerda floja, me dan las mierdas más asquerosas y me paso más tiempo en la redacción, haciendo de plumífero, que en la calle.

—¿Lo sabrá ella?

—Ni idea.

Sandro terminó su bebida. Miró la hora y arrugó el ceño.

—¿Quieres que vaya a verla? —se ofreció.

—¡No!

Se acercó a Jaime y le dio un suave puñetazo en el hombro.

—He de irme.

—Yo me quedo. Hace una noche muy agradable.

Sandro ya se había puesto en pie.

—¿Quieres que salgamos los cuatro, Lidia, Sole, tú y yo?

—¿Te imaginas a Sole y a Lidia juntas? —Jaime se estremeció.

—No, la verdad es que no.

—Venga, vete. Dale un beso a Lidia de mi parte.

—Ven a cenar, hombre.

—Lo haré, te lo juro, pero cuando esté de mejor humor.

—Nos llamamos.

—Chao, luminoso.

La última sonrisa los separó. Jaime vio cómo se alejaba, rumbo a su hogar, donde le esperaba su Lidia. Sintió envidia. Una envidia sana y humana. Imaginó que para todos existía un antes y un después del amor. Un vértice inequívoco en un punto crucial de toda vida.

Pasaron tres chicas por delante de la terraza del bar. Tendrían la misma edad que Olga, unos diecinueve años. Pero no eran Olga. Parecían más jóvenes, menos formadas, todavía con restos de adolescencia pegada a los gestos, las miradas o las risas. Tenían la vida por delante y el desparpajo por bandera. Nunca se habría fijado en una chica de menos de veintitrés o veinticuatro. Jamás habría creído que fuera posible sentir lo que sentía por alguien...

—Olga —pronunció su nombre en voz alta.

Cerró los ojos y sintió pánico.

Pánico por un futuro, por breve que fuera, sin ella.

Pánico porque su rostro, su imagen, su olor, su sabor, el tono de su voz o su risa se le perdía por el tubo del desagüe de su alma. Ya no podía retenerlo todo, se le desvanecía igual que una neblina sin forma.

Un recuerdo desdibujado.

Pensó en aquella carta, en lo que le dijo, en lo que ella debió de interpretar. Era su última baza. Y fracasó. Aquel día, cuando Gloria le cerró la puerta en las narices, estuvo a punto de romperla. Sin embargo, en el

vestíbulo de la escalera, al ver los buzones, cambió de idea. Y la introdujo en el del piso de Olga.

Su testamento.

La carta era su verdad.

Pero Olga no le había perdonado su mentira.

Cada vez que iba al médico y salía de la consulta sin mayores novedades se sentía bien, radiante. Era una especie de prórroga. Disponía de unas semanas, o meses, para mantener viva la esperanza. Y se aferraba a ella como el náufrago a la tabla solitaria en mitad del océano.

Esperanza.

La mejor de las palabras.

Fue lo primero que le preguntó Gloria al llegar a casa:

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Ninguna novedad. Estoy bien.

Su amiga soltó aire.

—¿Salimos a celebrarlo?

—¿Por qué no pedimos que nos traigan unas pizzas y lo hacemos aquí?

—Porque no es lo mismo —dijo Gloria—. Ahí fuera hay un mundo que apenas si ves más que para ir y volver del trabajo.

—Es que no me apetece, en serio.

Salía y se ponía enferma. El verano aún hacía estallar más los sentidos. Por todas partes veía parejas abrazándose, besándose, comiéndose... Y no podía evitarlo. Pensaba en sí misma, y en Jaime, y en lo que nunca podría ser.

Eso sin contar con Gloria.

Estaba en la fase más disparada de su relación con Ismael.

—Escucha, siéntate —le pidió a su compañera de piso.

—¡Huy, huy! —se inquietó ella.

Ni siquiera se había desnudado para ponerse cómoda. Se sentó a su lado en el sofá. Olga apagó el televisor, al que ya había quitado la voz al llegar su amiga.

—¿Qué pasa? —inquirió Gloria.

—Tendré que irme pronto de aquí, ¿verdad?

—¡No seas burra! ¿Por qué?

—Por Ismael.

—¿Qué tiene que ver Ismael contigo?

—No quiero ser un problema.

—Tú no eres un problema —se lo dijo de forma muy categórica—. Eres mi amiga.

—Ya, pero...

Gloria cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

—Nos oíste anoche, claro —repuso.

—Un... poco —mintió.

—Lo siento, cariño. —Le puso una mano encima de las suyas y se las presionó—. Le dije que no hiciera ruido, y que no gritara, porque cuando le viene se pone loco y... bueno, ¿qué voy a decirte si ya lo oíste?

—¡No seas tonta! —Olga expresó el dolor que sentía con la mirada—. ¿Qué quieres, ponerle un silenciador? ¡Solo faltaría que no pudierais expresar lo que sentís!

—Ya, pero...

—Gloria. —Ahora fue ella la que atrapó su mano, vehemente—. Haz el amor, grita, vive. ¡Me encanta saber que la vida sigue! ¡Lo necesito! Lo único que pasa es que anoche pensé que estabais ya en un punto en el que os hacía falta más intimidad.

—¿Qué te crees, que vamos a vivir juntos o algo así?

—¿No te lo has planteado?

—¡No, ni hablar, ni loca!

—Pues deberías.

—¿Por qué?

—Tú le quieres.

—Y él a mí, vale, ¿y qué?

—Cuando la gente se quiere hace planes.

—Los planes se hacen con calma, no en el arrebato de un polvo. Y te diré algo de sentido común: cuanto más mayestático es el polvo, peor. Entonces te da por tocar la luna y quedarte en ella. Pierdes la perspectiva. ¿Sabes la de parejas que se forman en pleno éxtasis sexual o después de él? —Se puso a hacer la payasa con intención—. «Te quiero, cástate conmigo», «Eres la mujer de mi vida, seamos novios», «Eres el hombre perfecto»... No, hija, no. De momento vamos bien, muy bien, pero aún no me veo yo...

—Pues parecía todo muy bonito.

—¡Lo es, por eso funciona bien así y no quiero estropearlo!

Olga sonrió.

Su expresión se revistió con una de aquellas luces de melancólica ternura al hacerlo.

—¡Dios, eres una romántica! —musitó Gloria al apreciarlo.

—Qué le voy a hacer.

Su amiga supo interpretar aquella sensación.

Tuvo que rendirse a la evidencia.

—Y le echas de menos.

Se hizo el silencio. Breve.

No habían hablado de él desde hacía...

—Sí.

—A pesar de todo.

—Sí.

—Se comportó como un cerdo, cariño —dijo Gloria despacio.

—Se comportó como un cerdo —asintió Olga—, pero no sé si era un cerdo. No le di ninguna oportunidad. Aquella noche...

Gloria bajó la cabeza.

—Puede que solo le viera unas pocas veces, pero me vi en sus ojos, percibí toda su esencia, y allí había algo. Ni siquiera escribió nada en el periódico.

Su compañera de piso continuó rehuyendo su mirada.

—Aquella noche vino a decirme algo —susurró Olga.

El silencio las envolvió, las arropó, las unió y separó. Fue sintomático. Gloria era una estatua de sal.

—¿Qué... sucede? —vaciló Olga.

Nada.

—¿Gloria?

Su amiga acabó levantando los ojos.

—Creía que lo estabas superando —manifestó.

—Sé que fue mi última oportunidad. ¿Cómo iba a superarlo así como así?

—¿Todo este tiempo...?

—No dejo de pensar en él.

Gloria bajó los párpados. Cuando volvió a levantarlos, dos líneas húmedas se habían formado en la parte inferior de sus ojos. Tragó saliva y ese fue el detonante. Las dos se desbordaron al unísono.

Después de traicionarse a sí misma, ya no pudo volver atrás.

—Gloria... —volvió a decir Olga.

—No, espera. —Suspiró como si se rindiera definitivamente y se levantó mientras se pasaba la mano por las mejillas—. Vuelvo enseguida.

Olga la vio abandonar la salita. No entendía nada.

Siguió sin entenderlo cuando su amiga regresó a los escasos segundos llevando algo en la mano.

Un sobre.

Un sobre vagamente percibido tiempo atrás, aquella misma noche...

Gloria se lo tendió. Ya no lloraba aunque sus ojos seguían enrojecidos. Su rostro formaba una ingrátida máscara en la que se entremezclaban muchos sentimientos, desde la rendición a la culpa.

—¿Qué es esto? —apenas susurró Olga.

—Lo encontré en el buzón al bajar al día siguiente.

—¿Es suyo?

—Lo llevaba en la mano cuando vino a verte. Tú estabas demasiado ofuscada pero yo...

Olga miró el sobre cerrado.

—¿Por qué no me lo diste entonces?

—Supongo que quise protegerte. —Volvió a sentir el azote de las lágrimas. Tuvo que sorberse la nariz—. Pensé que en tu estado no verías las cosas con objetividad.

—¡Pero era mi carta, mi decisión!

—Olga...

—¡No tenías derecho!

—Perdóname... —apenas si pudo ya contenerse Gloria—. Yo solo quería...

No acabó la frase. Se encogió de hombros y se vino abajo. Olga no pudo ni tocarla, porque las piernas no le respondían como para levantarse y el sobre le pesaba en las manos.

—Puede que ahora... más en frío... sepas mejor... qué hacer —farfulló Gloria antes de sumergir el rostro entre sus lágrimas.

Olga la miró a ella, y al sobre.

Esta vez sí logró abrazarse al cuerpo de su amiga, que continuaba de pie a su lado.

La cama no era un paraíso, ni la habitación el cielo.

Más bien, de pronto, se había convertido en un purgatorio acotado.

Tampoco ellos eran los mismos que creían ser, los que unos minutos antes, entre risas, se habían desnudado gritando y bebiendo, buscando fronteras y límites que ahora se desvanecían junto a sus últimas certezas.

La sorpresa les hería.

Y el desconcierto los empujaba a la realidad.

Jaime miraba el techo. Huía por sus pequeñas grietas, caminos abiertos en la pintura vieja. Soledad tenía los ojos fijos en la ventana, las estrellas que se vislumbraban al otro lado y la noche por encima de los techos de las casas que los envolvían. En algún lado sonaba una música triste.

Un *blues*.

Así que todo parecía estar en su contra.

Los pensamientos de Jaime acabó exteriorizándolos ella.

—Esto no funciona, ¿verdad?

—No —reconoció él.

—¿Es por mí?

—No seas tonta.

—Entonces no lo entiendo.

Soledad se incorporó de cara a él y se acodó para verlo un poco mejor. Jaime no hablaba.

—Dime algo.

Fue casi una súplica.

—No puedo decir nada. —Jaime se resistió a mirarla.

—Al comienzo...

Al comienzo había sido distinto. Los primeros días. Las primeras veces. Entonces se trataba de romper con todo, de darle la espalda a la misma vida y aislarse, vivir en una cápsula. Pero de eso hacía una eternidad, aunque solo hubiesen transcurrido dos semanas. O menos.

—¿Hay otra? —preguntó ella.

—No.

—¿La ha habido?

—Sí.

—¿Y no se trata de tu ex?

—No, no se trata de mi ex —reconoció Jaime.

—Vaya —suspiró Soledad.

De nuevo el silencio, la mirada en el laberinto del techo, saltando de una grieta a otra en busca de una salida imposible. Hacía calor.

Y el *blues* sonaba cada vez más lánguido y desesperado.

Una mujer le cantaba a su hombre, que estaba lejos.

—¿Es buena? —continuó Soledad.

—¿Qué quieres decir? —La miró por primera vez.

—Sexo.

—No llegué a tocarla.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Ella acusó el impacto, la nueva sorpresa. Estaba muy hermosa, con el pelo revuelto, la pátina de sudor moteando su piel tras el esfuerzo, los labios rosados y cálidos. Tanto como la intensidad de sus ojos.

—No te imagino enamorado en plan romántico, o viviendo un amor imposible. Tú no eres de esos.

—No era imposible.

—¿Qué pasó?

—Fui un estúpido.

—Querido —el tono fue de sorna—, eso es propio del noventa y nueve por ciento de los tíos.

—No seas feminista.

—Soy mujer —afirmó—. Si eso es ser feminista...

—¿Por qué cuando cortáis vosotras resulta que tenéis los ovarios bien puestos y cuando lo hacemos nosotros es porque somos idiotas?

—Cuestión de perspectiva. ¿Fuiste tú quien lo acabó o ella...?

—No, no fue eso.

—Entonces ¿la tuviste y la dejaste escapar?

—Sí.

—¿Y... la querías?

—Sí.

Soledad movió su mano libre. La puso en el pecho de Jaime. Contó los diez primeros latidos de su corazón y luego la retiró, aunque no abandonó su cuerpo. Le acarició el hombro, el brazo. Dejó un último dedo siguiendo una invisible senda en su piel.

—Sí, sí eres romántico —reconoció—. Supongo que es lo que me gustaba de ti.

Jaime se dio cuenta de que hablaba en pasado.

Por esa puerta recién abierta penetró un atisbo de aire renovado.

—¿De veras no pasó nada? —Ella mostró todo su asombro.

—No.

—¿Nada, nada?

—Un beso.

—¡Jesús! —Retiró la mano igual que si hubiese recibido una descarga—. ¡Pues cómo debía de ser la niña!

No quiso hablarle del sida. No tenía ningún derecho. Eso era cosa de Olga, de nadie más. Así que continuó callado, pareciendo un imbécil. Soledad le contempló unos segundos más, largos y densos.

Hasta que lanzó un prolongado suspiro y después se incorporó del todo.

Jaime siguió su silueta en la penumbra. La vio salir de la habitación, escuchó el sonido del baño, primero la puerta, luego la cisterna del inodoro. Soledad regresó en silencio, descalza, una madona blanca y pura recortada en el vacío. Era total, y sin embargo en sus ojos ya no flotó ni un ápice de deseo. Contempló su imagen sabiendo que era la última vez que la veía desnuda y todavía suya. Bastaba con llamarla... pero no lo hizo. Soledad se vistió despacio, la ropa interior, los pantalones holgados, la camiseta...

Cuando estuvo vestida por completo, incluidos los zapatos, regresó a su lado y se sentó en la cama. No estaba enfadada. En su rostro anidaba una sombra de pesar y un delicado toque de cariño. El resultado final era de una dulce tristeza. Le apartó una rebelde greña de cabello y dejó la mano en su áspera mejilla.

Se inclinó sobre él para darle un beso en la frente.

—Me habría gustado que saliera bien, ya ves —musitó sincera.

—Y a mí —quiso ser amable Jaime.

—Cuídate.

—Lo mismo.

Una segunda inclinación. El beso ahora fue en los labios.

El beso de un adiós que debía servir para recordarse toda una vida.

Soledad se levantó, caminó hasta la puerta y desde ella lo miró por última vez.

—Con esa chica, ¿todo está decidido? —preguntó.

—Creo que sí.

—No pierdes nada llamándola si significa tanto para ti. —Se mordió el labio inferior—. A mí, pasara lo que pasara, me gustaría que mi chico no se rindiera.

Dejó de verla al salir de su mundo y cerró los ojos incapaz de continuar manteniéndolos abiertos.

Cogió el sobre cuando se metió en la cama.

Silencio en la casa, silencio tras la ventana, silencio en la noche y en el alma.

Silencio.

Lo despegó con suavidad, sin romperlo, y extrajo la hoja de papel escrita a mano, por las dos caras, con una letra menuda aunque nerviosa, pulcra al comienzo y más furiosa al terminar. No parecía la letra de un periodista trabajando, sino la de un ser desmenuzándose palabra a palabra.

Pensó en un borrador previo.

Luego supo que no, que Jaime había escrito aquello con el corazón en un puño.

No supo lo que esperaba, aunque lo imaginaba movida por su instinto femenino. Tampoco estaba ya nerviosa. Eso pertenecía al pasado y a la incertidumbre. Lo peor habían sido aquellas semanas de silencio y vacío. Ahora tenía algo a lo que aferrarse. Algo con lo que vivir y morir o esperar y creer.

Olió el papel.

Luego empezó a leer, sin prisas, para no precipitarse y perderse el verdadero sentido de cada letra.

Olga, mi amor:

No sé ni cómo empezar esta carta, porque es lo más importante que he escrito en la vida. Y sé que en estas líneas me estoy jugando el presente y el futuro, la posibilidad de ser feliz, de volver a mi estúpido vacío anterior o, por el contrario, saber que todo es posible, incluso la felicidad en este mundo de locos en el que la mayoría pasamos sin más, sin conocer la verdad, sin conocer a alguien como tú.

¿Cómo empezar? Tal vez diciéndote la verdad. Pero antes prométeme que no dejarás de leer. ¿Lo harás? Piensa en el beso que me diste hace dos días. Él te dará la certeza de que la sinceridad es lo único que me queda.

Soy periodista. Aunque a veces también hago fotos cuando trabajo solo, lo cierto es que soy periodista. Hace unos días mi jefe de redacción me encargó un artículo «de fondo»

sobre el tema del sida, cómo estaba en la actualidad en España, cómo vivían los afectados, qué expectativas tenían, etcétera. No solo era un gran reportaje, sino que iba a ser mi primera portada en el dominical. Para mí, ser periodista lo es todo, o lo era todo antes de conocerte. Siempre quise serlo, viajar, llenarme de esa locura que me parecía mágica. Así que me empleé a fondo. Hice un buen trabajo documental y de campo, pero me faltaba algo. Y ese algo me lo diste tú.

Cuando leí tu anuncio me quedé... Era lo que estaba buscando, la parte íntima, la parte más esencial y humana. Era un anuncio terrible y hermoso a la vez, dramático pero enorme, un grito desesperado tanto como un canto a la vida. Me fascinó. Pensé en escribirte sin más, diciéndote para qué quería verte, pero entonces... idiota de mí, egoísta de mí, porque no pensé que en esta partida íbamos a ser dos, decidí jugar en tu campo. Ya sabes lo que sucedió: te escribí, me respondiste, y antes de vernos, un amigo mío, médico, me hizo un falso análisis para demostrar que yo tenía el sida. Necesitaba que fueras sincera conmigo, que pudieras llegar a creer que saldría bien, que me vieras como un candidato a compartir tu vida.

Sí, ya sabes el resto.

Aquella tarde, nada más verte, me enamoré de ti.

Después, mientras hablábamos, cuando me empecé a dar cuenta de lo que había hecho engañándote, comenzó mi calvario, mi cruz, mi noche en medio del día que tú representabas. Cuanto más me enamoraba de ti, más comprendía mi estupidez. Cuanto más caía en la red de tu magia y tu ternura, más cuenta me daba de mi odiosa imbecilidad. Comprendía que tú no merecías eso. Comprendía que tú ni tan solo merecías a alguien como yo. Fui un cerdo, y sigo siéndolo. Lo soy porque ahora, aunque te esté diciendo la verdad, también te pido que me perdones, y que aceptes seguir conmigo, porque te quiero. Y porque tú también me quieres a mí.

Olga, no necesito tiempo para pensar, ni un día, ni dos, ni tampoco una semana o un mes. Algo ha cambiado en mí desde que te conocí. Algo que ni sabía que existía porque jamás había vivido algo como esto. He cambiado. Lo sé. He cambiado hasta el punto de ofrecerte mi propia vida a cambio de tu tiempo, el que sea, no importa. Un año a tu lado valdrá por todo. Diez serán una eternidad. Lo que el tiempo nos regale será cuanto necesitemos. Me has cambiado tanto que le he dicho a mi jefe de redacción que no habrá reportaje sobre el sida. Ya no podría escribirlo. Tal vez me despidan, así que encima seremos pobres. Como ves, no puedo ofrecerte apenas nada, salvo una cosa: te haré reír. Juro que te haré reír, corazón.

Si no quieres volver a verme, lo entenderé. Estoy pidiendo lo máximo de ti cuando yo no te he dado nada, solo una esperanza incompleta. De entre todos los amores imposibles, fui a escogerte a ti —o más bien te escogió el destino—. De entre todas tus peores pesadillas, fui a aparecer yo. Y sin embargo creo que ya es inevitable, que no hay vuelta atrás. Has despertado en mí todos los secretos ocultos de un vacío en el que me sentía cómodo por ignorancia. Ahora sé que existes, y que existe el amor. ¿Y qué importa que yo no tenga el sida y tú sí? Eso no nos hace distintos. Piénsalo. Miles de parejas se casan o se

van a vivir juntas, enamoradas, y a los tres, cinco, siete años, se separan entre gritos y odios irreconciliables. Por lo menos sabemos que eso no nos pasará a nosotros, porque cada día será el primero. Cada día. Y nunca habrá un último día porque no vamos a permitir que llegue. Nunca tendremos fecha de caducidad para nuestro amor, aunque la muerte nos separe tarde o temprano. Yo estaré a tu lado. Tú me redimirás. Yo te cuidaré. Y tú me darás esa luz sin la que ahora mismo no sé si sabría vivir.

No sé qué nos pasó. Pero nos pasó. No sé qué sucedió. Pero sucedió. El amor es extraño.

Alguien llamado Nazim Hikmet escribió estas palabras que quiero transcribirte: «Has de vivir con toda seriedad, como una ardilla, por ejemplo; es decir, sin esperar nada fuera y más allá de vivir, es decir, toda tu tarea se resume en una palabra: vivir. Sucede, por ejemplo, que estamos muy enfermos; que hemos de soportar una difícil operación, que cabe la posibilidad de que no volvamos a levantarnos de la blanca mesa. Aunque sea imposible no sentir la tristeza de partir antes de tiempo, seguiremos riendo con el último chiste, mirando por la ventana para ver si el tiempo sigue lluvioso, esperando con impaciencia las últimas noticias de prensa». Me parece que en estas palabras está contenida la esencia de tu esperanza. Podemos sentir la tristeza de la vida, pero al mismo tiempo amarla, amar con intensidad esa tristeza. Y disfrutar de la vida.

Juntos.

No estés sola, corazón.

No sé qué más puedo decirte, salvo pedirte ese perdón, rogarte que lo hablemos despacio y suplicarte que confíes en mí.

Por si no lo sabías ya, debajo de mi capa de falsa dureza y cinismo periodístico, hay un romántico que tú has hecho aflorar como el corcho en el agua. Así que te he escrito un poema, un poema que habla de la película que vimos, de nuestro poco de abril y algo de mayo, y del septiembre que quiero compartir contigo.

Ojalá sea la llave de tu corazón:

En abril volveré a medir la distancia de mis sueños. O en los mayos de mi espera, los septiembres de mi suerte, y todos los meses que me lleven a ti, o ellos me acerquen en el tiempo para volver a ser uno, probar, soñar y saber, sentir las quimeras de esos sueños. Esperanzas. Un poco de abril, algo de mayo, todo septiembre. Abril para despertar, mayo para saber, septiembre para vivir eternamente. Abril para encontrarnos, mayo para amarnos, septiembre para estar juntos eternamente.

Eso es todo. Te quiero. No deseo perder ni un segundo. ¿Querrás darme una oportunidad?

JAIME

Jonathan alzó levemente los ojos por encima de las gafas cuando él metió la cabeza por el hueco de su puerta.

—¿Querías verme? —preguntó Jaime.

—Sí, pasa, un segundo y acabo esto.

No fue un segundo. Fue un minuto. Las manos del jefe de redacción teclearon con rapidez sin dejar de mirar la pantalla del ordenador. Jaime se sentó en una de las sillas por si acaso y contempló la pared que tenía enfrente, llena de fotografías en las que se veía a Jonathan con distintas personalidades del mundo de la política, el arte o incluso la ciencia, porque en una de ellas compartía sonrisas con unos astronautas. No faltaban una docena de premios y menciones, honores para un profesional que había sabido construirse una reputación a base de honestidad, lealtad y, por encima de todo, amor por su trabajo.

—Bueno —alargó la *e* y golpeó la tecla que ponía el punto final a su escrito. Tal vez el editorial del periódico del día siguiente.

Jonathan se enfrentó a su visitante.

Y, como siempre, fue directo.

—¿Cómo estás?

—¿Yo? Bien, ¿por qué?

—Has estado unas semanas... ido, ausente.

Jaime bajó los ojos.

—Pensaba que después de lo del sida se te había acabado la cuerda, y el crédito —continuó el jefe de redacción sin que su tono resultase amenazante. Al contrario—. Sin embargo...

Recuperó la horizontalidad de su mirada para enfrentarse a su superior.

—Esto es muy bueno.

Jaime parpadeó una sola vez, cogido a contrapié. Acompañando sus palabras, Jonathan golpeó con su dedo índice unas cuartillas impresas del ordenador. Jaime reconoció en ellas el texto del reportaje previsto para uno de los dominicales siguientes y que había entregado la tarde anterior.

Jonathan nunca cometía el error de dar elogios.

—Gracias —dijo sinceramente él.

—Es más que bueno —aseguró el jefe de redacción—. Aquí aparecen los rasgos que te hicieron entrar en este periódico y que estabas a punto de perder o parecías haber perdido. Hay emotividad, intensidad, es directo, diría incluso que bello, y expresa lo justo con las palabras precisas.

—No creía que hablar de la extinción de las ballenas...

—No importa de qué hables —le recordó Jonathan—. Da igual de qué escribas mientras lo sientas. Y esto lo has sentido.

Ballenas muertas por la locura humana. Personas muertas por la locura humana. Qué más daba.

Lo había escrito pensando en Olga.

—¿Vas a decirme qué te ha sucedido estas semanas?

—Me enamoré.

—Sabes que los problemas personales han de quedarse en la puerta, Jaime, y más en este trabajo.

—Ella tenía el sida.

El hombre se echó hacia atrás en su sillón, igual que si las palabras de su reportero lo hubiesen golpeado.

Se tomó unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Así que fue eso?

—Lo siento.

—¿Cómo acabó?

—No lo sé. No he vuelto a verla.

El nuevo silencio fue más ominoso. Sus miradas chocaron, se entremezclaron y se diluyeron en el fondo de aquella dimensión irreal, igual que si se precipitaran a una sima abierta por sus palabras.

Hasta que uno recuperó su seria dignidad profesional y el otro la estabilidad.

—¿Crees que podrás seguir siendo este? —Jonathan golpeó por segunda vez las cuartillas impresas.

Jaime las miró.

—Sí —suspiró.

—Entonces muy bien: adelante. Y bienvenido de nuevo a esta casa.

Se levantó al dar por terminada la conversación y alcanzó la puerta con dos pasos. No llegó ni siquiera a abrirla porque la voz del jefe de redacción le detuvo de pronto.

—¿Serías capaz de escribir ahora ese artículo sobre el sida?

Jaime frunció el ceño y no supo qué decir.

—¿Por qué no lo hablas con ella? —sugirió Jonathan—. Después de lo de las ballenas sé que sería un gran reportaje. Y necesario.

Hablarlo con ella.

Logró esbozar una sonrisa.

—Te diré algo —convino lleno de paz.

Su superior también esbozó una sonrisa.

Fue lo último que vio de él antes de salir de su despacho y regresar a su mesa.

Se sentó y se quedó mirando la pantalla del ordenador. Un entramado de escaleras virtuales se extendía y se extendía sin ir a ninguna parte, llenando el espacio hasta la saciedad. Cuando el rectángulo quedaba saturado, desaparecían y volvía a iniciarse el ritual. Los demás tenían salvapantallas más originales pero a él le motivaba más el del laberinto. Un nudo gordiano que no se deshacía con un golpe de espada.

Pensaba en el reportaje acerca del sida.

Y en Olga.

El septiembre real estaba allí. Día uno.

Miró el teléfono y en ese mismo instante su zumbido le arrancó de su abstracción.

—¿Sí?

—Jaime, soy Sandro.

—Ah, hola.

—Tienes el móvil desconectado.

—No me había dado cuenta, ¿pasa algo?

—El sábado a cenar a casa.

—Vale.

—Si tienes algún plan...

—No, no.

—Digo que si tienes algún plan puedes traerlo.

—No tengo ningún plan.

—Escucha —la voz de Sandro tenía un tono jovial—, iba a darte la sorpresa el sábado pero... bueno, así le traes algo a Lidia y la pones contenta.

—No me digas que os casáis.

—Mejor que eso, hombre: está embarazada.

Fue un impacto.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Pero ¿ha sido premeditado? Quiero decir si...

—No, falló la píldora, pero ¿sabes qué? Ya está. Estamos... en una nube.

—Tío, me dejas...

—Eso mismo: serás su tío, ¿qué tal?

No supo qué decirle. No era necesario. La voz de Sandro era un canto.

Como si la vida hubiera dado un súbito y repentino salto hacia delante.

—He de felicitarte, claro.

—¡A ver!

—Entonces, el sábado, ¿qué hago? ¿Os llevo ya pañales?

—A las nueve. —Su amigo se echó a reír—. Y si te portas bien dejaré que le des un beso a Lidia, donjuán. Ahora he de colgar.

—Vale, hasta el sábado.

Los dos cortaron la comunicación al mismo tiempo.

La pantalla del ordenador seguía trenzando aquellas escaleras infinitas.

Jaime comenzó a sonreír. Las piezas de la vida encajaban. Sandro y Lidia. Y pronto serían tres. Todo giraba en torno a lo mismo, el acomodo de cada cual en el entorno y en sí mismo.

Jonathan tenía razón.

Sentía la suficiente paz como para...

Septiembre.

Miró la hora. Todavía tenía que acabar un artículo. Cuanto antes pusiese la directa, antes podría largarse zumbando.

Olga se daba cuenta de que todo era distinto.

Primero de septiembre.

Todo el mundo había vuelto a la ciudad. Al menos los que estaban de vacaciones. El resto, el que no se movía, seguía allí. Pero entre unos y otros, la sensación de que el verano podía darse por concluido era general. Más tráfico en las calles, más bullicio en las aceras, más colas en la parada del autobús, menos alegría, más caras serias con síndrome posvacacional. Y pronto aparecerían los autocares cargados de niños para dar el toque de salida al curso escolar.

Un verano más.

Un verano perdido.

O tal vez ganado. Ahora ya no estaba segura de nada.

Ya se sabía la carta de memoria, y en especial el poema. También conocía todas las respuestas posibles a las preguntas imaginables.

A pesar de todo no corría. Caminaba. No quería llegar congestionada y sin aliento, sudorosa o con las mejillas arrojadas por la tensión. Bastante había hecho con esperar todo el día, hasta tomar la decisión más importante de su vida.

Sin olvidar que prefería encontrárselo en casa.

Bueno, no, la decisión ya la había tomado la noche anterior, al concluir la primera lectura de la carta.

Se orientó, comprobó las señas, tuvo que preguntar. Cuando entró en la calle, miró los edificios y su corazón latió un poco más rápido. El número que buscaba se encontraba justo a la mitad, en la acera de la izquierda. Se detuvo en el portal y contó hasta tres antes de pulsar el timbre del interfono.

Esperó.

Un segundo, cinco, diez.

Volvió a intentarlo.

Nada.

Se apartó de la acera y se mordió el labio inferior. ¿Cómo curaba una persona herida su alma en verano?

Tres meses daban para mucho.

Miró arriba y abajo de la calle, como temiendo verlo acompañado por otra.

—Un poco de abril, algo de mayo, todo septiembre —susurró para sí misma—. Abril para despertar, mayo para saber, septiembre para vivir eternamente. Abril para encontrarnos, mayo para amarnos, septiembre para estar juntos eternamente...

Se sentó en el portal dispuesta a esperar.

Por lo menos hasta que se hiciera de noche.

Jaime abonó la carrera al taxista y se quedó en la acera con la cabeza levantada, mirando a las alturas.

Sin pretenderlo, escuchó la breve ráfaga de la conversación que dejaron a su paso un hombre y una mujer.

—Odio septiembre. Cada año igual. Once meses para las malditas vacaciones...

—Es un mes estúpido, sí. Como un puente entre el verano que se va y la Navidad que llega...

Los contempló por detrás. Treinta y pico ambos, normales, cotidianos. Gente como cualquier otra. Gente para la cual septiembre solo existía como parte de un todo.

El mes número nueve.

Recordó que John Lennon adoraba el número nueve.

—No importa vivir algo de abril, ni un poco de mayo. Lo que importa es vivir todo septiembre —musitó para sí mismo.

Llegó hasta el cuadro de timbres adosado a la puerta de la calle y pulsó el del piso de Olga y su compañera. Cerró los ojos esperando escuchar la voz de una o de otra.

Pero no se produjo ningún sonido.

Lo intentó por segunda vez.

Su cabeza se llenó de malos presagios. Olga enferma, en el hospital. Olga viviendo de nuevo en casa de sus padres para que la cuidaran llegado el momento. Olga saliendo con otro, el número dos de la lista de los que contestaron a su anuncio.

Se apartó de la puerta y volvió a mirar hacia arriba.

Después caminó hacia la otra acera, y no se detuvo hasta llegar a la esquina donde, una eternidad antes, ella se le había aparecido. Se recostó en su ángulo y se quedó mirando el edificio, la ventana, el portal.

Quince minutos, media hora, una hora.

Salieron algunas personas. Entraron otras. Una de estas últimas era una mujer sensual, llamativa, maquillada y no precisamente muy delgada, con una impresionante mata de cabello rojizo que parecía ondear como una bandera.

Reconoció a Gloria, aunque estaba muy cambiada.

Aun así, no se movió de donde estaba.

Continuó esperando.

Olga caminó por la calle mirando el suelo, sin levantar la cabeza. Veía las puntas de los pies entrando y saliendo de su pequeña parcela visual, paso a paso. Acera, bordillo, calzada, bordillo, acera, con monocorde repetición. Solo eso. El mundo no existía más allá de sí misma. El mundo era oscuro como la noche, y estaba lleno de misterios.

¿Dónde estaba él?

¿Qué haría ahora ella?

Quedaba un mañana, una nueva esperanza.

Ya no hacía calor, pero tampoco frío. Ella tenía el corazón caliente y las manos heladas. Gloria ya estaría en casa. Cenarían, hablarían. De su Ismael y de Jaime. Después se abrazarían y recordarían que eran las mejores amigas posibles.

Le leería el poema.

«Gloria, el mundo es de los locos que creen», le diría a su compañera.

Llegaba a su calle. Última calzada, último semáforo. El tramo final.

Levantó la cabeza al escuchar un frenazo.

Entonces lo vio.

De espaldas, en su esquina, esperando, mirando.

Olga se detuvo.

No corrió, no se precipitó. Su corazón sí, enloquecido. Ella no. Prefirió acompasar su respiración y avanzar de nuevo paso a paso. Despacio.

Hasta detenerse tan cerca de Jaime que con solo extender su mano ya le hubiera tocado.

—Hola —dijo.

No lo sobresaltó. Era como si la esperase. Se volvió por completo tras una breve fracción de segundo de sorpresa y quedaron frente a frente.

Las sonrisas de septiembre eran hermosas.

El beso llegó antes que las palabras.

Suave, dulce, prolongado.

Las palabras llegaron antes que sus primeros pasos.

—Te quiero —dijo él.

—Es suficiente —dijo ella.

Y sus primeros pasos llegaron antes que el futuro.

Nadie reparó en ellos cuando echaron a andar cogidos de la mano. Tal vez todos los que estaban cerca en aquellos momentos vivieran su propio mes sin apenas darse cuenta de que así era. Enero para los recién nacidos, febrero para los niños, marzo o abril para los adolescentes, junio para los jóvenes, julio y agosto para la primera madurez, octubre para la segunda, noviembre y diciembre para la vejez.

Ellos tenían un largo septiembre.

Hasta que el tiempo los alcanzase.



JORDI SIERRA i FABRA nació en Barcelona en 1947. Aunque a los ocho años ya tenía claro que quería ser escritor, empezó su carrera profesional como comentarista musical. Sus primeros libros giraron en torno a la historia de la música, pero pronto empezó a destacar como autor de literatura infantil y juvenil. A día de hoy ha publicado más de 400 libros y ha vendido más de 10 millones de ejemplares solo en España, donde es uno de los autores más queridos por el público juvenil. Su obra ha llegado a Europa, América y Asia, y ha recibido docenas de premios. Creó la Fundació Jordi Sierra i Fabra (Barcelona) y la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra para Latinoamérica (Medellín, Colombia), en las que trabaja para promover la lectura y ayudar a jóvenes autores a cumplir sus sueños.